lunes de revolución

LRL
LUNES

ALFABetiZAR

L
R
nes
RU

● director: guillermo cabrera infante
● sub-director: pablo armando fernández
● director artístico: raúl martínez
● No. 128, octubre 23 de 1961
● portada: [illegible]

La literatura y el laboratorio

La literatura no se hace, por supuesto, en el laboratorio. Es mucho más probable que se haga en la calle, la fábrica: Sartre escribía en un rincón del Café de Flore, Faulkner escribió "Mientras yo agonizo" sobre una carretilla antes de entrar al trabajo, Hemingway comenzó muchos cuentos, "Los asesinos" entre ellos, en el lobby de hotel. Pero una hoja en blanco puede ser a menudo una retorta y el artista no sabe decir que no a la tentación: Mayakovski tenía seguro su contenido socialista, que era su mundo, y estaba tentado por la experimentación y experimentó hasta con los espacios gráficos —no muy lejos por cierto de Stephan Mallarmé. En este LUNES hay mucha experimentación y así, en el quehacer, la presentamos a los lectores.

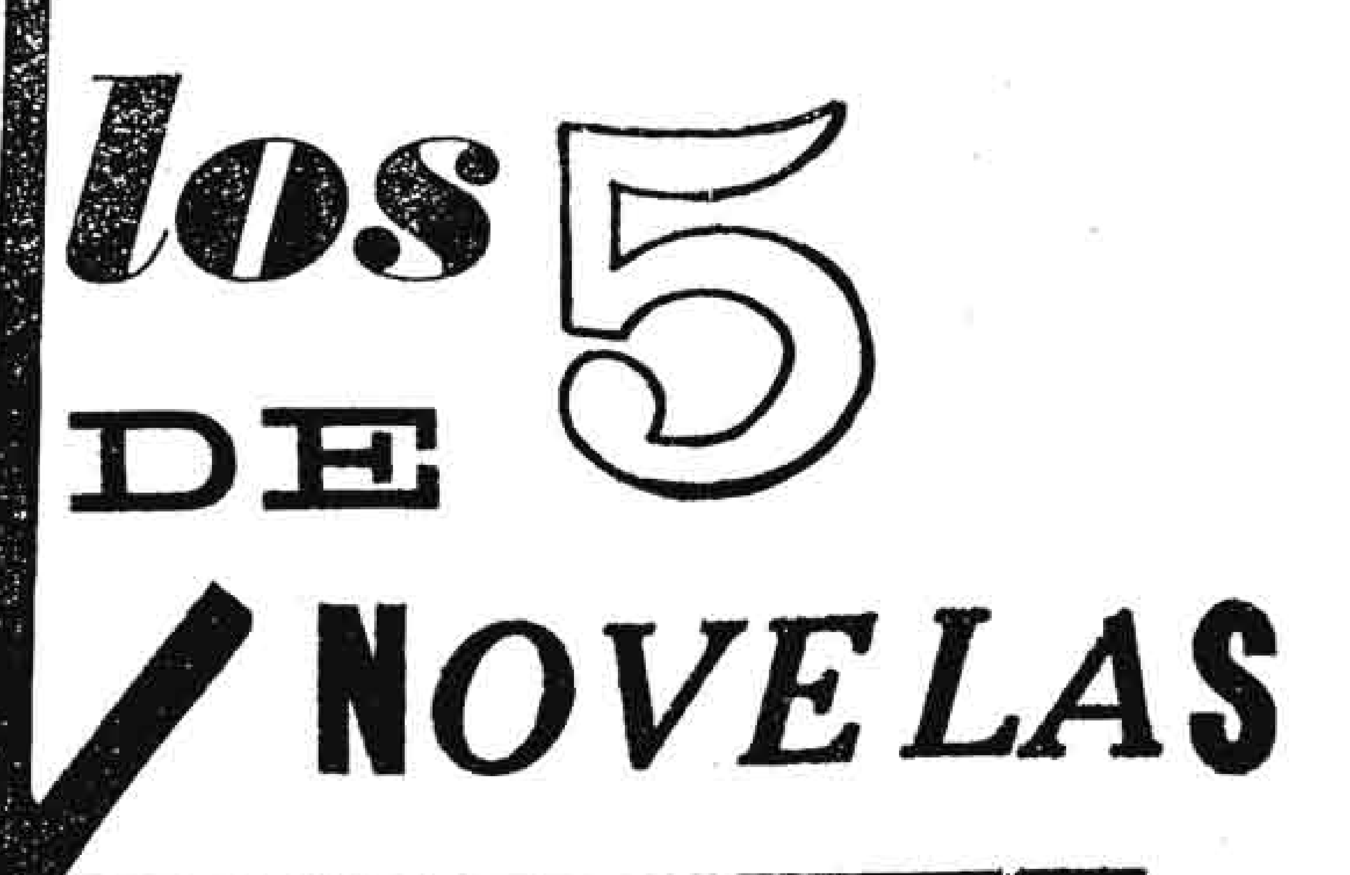
Primero vienen los cinco capítulos —o partes— de cinco novelas diferentes: su publicación no es sólo un experimento, sino una novedad como tal. En muchas de las novelas no sólo se experimenta con la forma y el lenguaje sino también con la realidad cubana. "A partir de cero" es una de nuestras invenciones favoritas: la arena de los autores noveles. Esta vez esta terra nova da paso a la experimentación y tanto las breves viñetas de la señora Andi como la larga fábula de la señorita Tamayo son ensayos primeros. Nicolás Dorr tiene 14 años, pero no es un principiante: LUNES ya había publicado su pieza "Las Pericas" —estrenada antes, como "El Palacio", en la Sala Arlequín. Ahora publicamos "El Palacio de los Cartones" con una nota introductoria que hace innecesaria cualquier otra palabra que se pueda decir aquí. Bruno Schulz es una introducción al idioma español de uno de los grandes escritores de nuestro tiempo: nunca antes se habían traducido las extrañas, nuevas —y por tanto experimentales— páginas de este escritor polaco.

Esto es todo. Todo es experimento. Vuestra lectura —y el elogio o el rechazo que viene con la lectura— también.

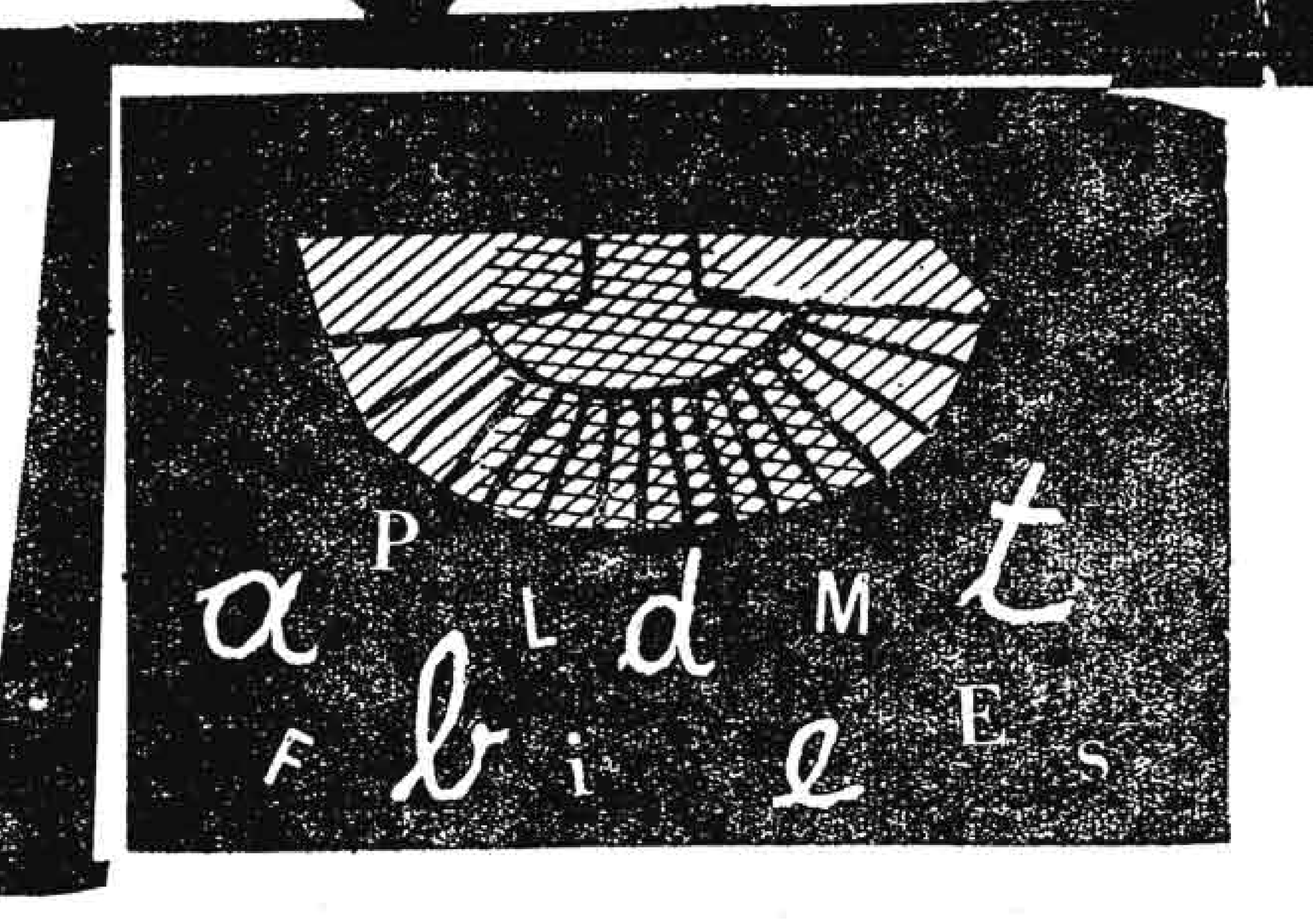


OBRA EN CONSTRUCCION

5 CAPITULOS



DE 5 NOVELAS



UN LUGAR EN LA TIERRA

ANTON ARRUFAT

El presente fragmento es el comienzo de la novela. La obra no está dividida en capítulos, sino como en pequeñas viñetas que se van entretejiendo hasta revelar la vida completa de un barrio. El personaje principal representa o quiere representar a la juventud cubana antes de la Revolución, perdida, rebelde y confusa.

Mi familia tuvo dinero, alguna vez. Los vecinos del barrio de Santa Lucía lo contaban y se referían a nosotros con respeto y admiración envidiosa. Mi abuelo fue el dueño de la mayor peletería de la calle de Enramada y del Teatro Heredia, donde cantó una temporada la famosa Esperanza Iris. Todavía se conserva el edificio, transformado en una tienda de ropas. Cuando mi tío Francisco me llevaba a pasear por el pueblo, entrábamos al patio de la tienda, donde habían estado las lunetas del antiguo teatro, veíamos los restos de los palcos, las galerías y el escenario al fondo, convertidos en depósitos, llenos de cajas de ropas y camisetas. Dos veces, dos, fue mi abuelo presidente del Club San Carlos, ese que está frente al parque, el de las columnas blancas y el gran cuadro de Maceo a caballo, rodeado de mambises, fusiles, banderas y sombreros de yarey, durante la invasión de la isla en los tiempos de la guerra de independencia, donde los socios sacaban los sillones a la acera por las noches y se sentaban a tomar el fresco, conversar y fumar, y si uno pasa por la calle tiene que darles las buenas noches, y se oyen las fichas del dominó, se ve a los camareros pasar con bandejas de limonadas y bebidas por el salón donde una vez entré a buscar a mi padre porque mamá estaba enferma. Mi tío siempre hablaba de que a mi abuelo habían querido postularlo para alcalde de la ciudad, pero que él rechazó el honroso ofrecimiento. Esto me lo contó por primera vez cuando me regaló una fotografía del abuelo sentado en un sillón de mimbre, de lado, con sombrero, y apoyado en un bastón de caña. En el dedo tenía una sortija con un brillante. Y mi tío me explicó que el sombrero se lo había puesto para que no le vieran la cabeza calva y que todos en la familia salían calvos al abuelo. Y que él empezó a quedarse calvo a los veinte años y que hacía veinticinco que estaba calvo como una bola de billar. Y se echó a reír de mi tío Felipe que una vez quiso comprarse un bisoñé en La Habana, y tuvieron que hacerlo desistir de esa empresa descabellada... Y poniéndome mi tío la mano en la cabeza me dijo, de lo más dramático: "Tú también serás calvo". Me quedé muy asustado y a cada rato me paraba frente al espejo de la sala, levantándome el pelo para ver cuándo comenzaría a ponerme calvo como mi padre y mis tíos. Desde aquel momento he tenido mucho cuidado al peinarme, pero la calvicie fue algo fatal, como mi tío me predijo y no tuvo cura, a pesar del limón que me recomendaba, diciéndome: "Este poco pelo que me queda se lo debo al limón", y se halaba una de las mechas que le quedaban. Todas las mañanas al levantarse se ponía limón en la cabeza.

Cuando yo nací ya mi abuelo había muerto y la familia no tenía nada. La fortuna la despilfarraron mi padre y mis dos tíos, implacablemente. El abogado de la casa, Correoso, se quedó con lo poco que faltaba. Mi padre nunca hablaba de eso. Pero mi tío Francisco no tenía otro tema de conversación. Una vez me llevó a pasear en tranvía por Vista Alegre, el barrio de los ricos. "Vamos a bajarnos aquí", me dijo de pronto. Estábamos parados frente a la casa de Correoso, había una tarja en la verja que yo leí por indicación de mi tío. Era una casa muy linda, pintada de blanco con las puertas azules, con jardines, una fuente y ventanas de cristales. Mi tío la señaló con el índice, rencoroso: "La construyó con nuestro dinero". Caminamos unos pasos por la acera, mi tío se agachó, recogió una piedra del suelo y la lanzó contra los cristales de una de las ventanas, que se rompieron ruidosamente. Se oyeron voces dentro de la casa y corrimos hasta la avenida por donde bajaba un tranvía tocando la campanilla. Lo cogimos casi andando. Mi tío tenía la cara encendida, me puso la mano en el muslo, me dió unos golpecitos y comenzó a reír. Yo también me reí y saqué

la cabeza por la ventanilla, pero no pude ver nada, porque el tranvía doblaba la esquina en ese momento.

Yo no le hacía mucho caso a las cosas que me contaba mi tío Francisco, porque hablaba mucho, decía disparates de vez en cuando y me aturdía con su vozarrón. Pero era muy bueno conmigo. Me sacaba a pasear y me compraba mandarinas. Cuando comenzaba el período de las elecciones, mi tío iba de casa en casa pidiendo la cédula electoral para "su concejal", como él decía poniéndose la mano en el pecho. Siempre su concejal salía electo y mi tío continuaba con su puesto de oficial de juzgado.

Mi padre trabajaba de comisionista, vendiendo telas y confecciones por la provincia, y mi madre cosía para la calle cuando faltaba el dinero. Eso sí, fui siempre a buenas escuelas. Estudié en el Colegio Dolores, de los jesuítas. Por eso dicen que hablo a veces como hablan los curas, sin darme cuenta. Cuando era niño me agarraba los pantalones para subir las escaleras del colegio, como hacían los curas con la sotana. Luego me dió por sacar procesiones en casa. Ahorré los quilos que me daba mi padre para la merienda y compré una imagen de barro de la Virgen de Fátima. Todos los viernes la sacaba por el patio en la tabla de planchar. En una latica metía un pedazo de carbón encendido de la cocina, le echaba azúcar prieta y la agitaba en el aire como si fuera un incensario. Mi madre y la criadita Caridad tenían que arrodillarse al paso de la procesión.

Frente a nosotros vivía don Prudencio, en una mansión de quince cuartos, con un pozo en el patio y una enredadera marchita, solo, vestido de negro, desde que murió su mujer de un ataque al corazón. Fue (entonces) la primera vez que vi a un muerto. Don Pancho se asomó por una de las cuatro ventanas de su casa, gritando que su mujer estaba muerta. Mi madre entró en la casa y yo fui tras ella. Don Pancho iba delante, lloriqueando, con una velita en la mano y una imagen de la Milagrosa. Cuando entré al cuarto, la mujer estaba en la cama, con un ropón blanco, entre las sábanas revueltas, con las manos crispadas, los ojos muy abiertos y la boca. Mi madre le amarró en seguida un pañuelo en la cara. Nunca la había visto tan decidida y enérgica. Hacía los movimientos precisos, como una máquina. Don Pancho no atinaba a hacer nada práctico. Colocó la velita y la imagen en la coqueta junto a un frasco de perfume. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a besarle los pies a la muerta. Entraron otras vecinas, Doña Carmen, Adis, la maestra de piano. Don Pancho salió del cuarto. Adis me dijo que me fuera y cerró la puerta. Pero yo vi todo lo que le hacían a la muerta porque la puerta no la cerraron bien. La lavaron, la vistieron con un túnico de seda, le pintaron los labios y las mejillas y la peinaron. Peinaron sus cabellos que estaban soltando el tinte color caoba y se veían amarillentos en la raíz... Varias veces soñé con ella y tuve miedo. Recordaba sus muslos flojos, sus partes casi sin vellos, los pies descalzos y la velita que temblaba delante de la imagen...

Doña Carmen era una española gorda, sudorosa, con las uñas sucias y en chancleta todo el día. Sin embargo, era la única en el barrio que tenía realmente dinero. Ella se encargaba de proclamarlo a los cuatro vientos. Nunca nadie la oyó decirlo, pero los hechos hablaban por ella con una evidencia aplastante. Comían bien, tenían dos criadas y las hijas gastaban vestidos. Mi padre afirmaba que era una pobre asturiana, viuda, fuera de su país y que necesitaba del dinero más que nadie para sentirse segura entre extraños. Su marido le había dejado una buena renta en bienes raíces. En medio del patio de losetas rojas de su casa habían plantada una seiba inmensa con un reloj de hojalata en un nudo del tronco.

—El reloj marca las hojas que caen— me dijo doña Carmen.

—Déjeme estar aquí un ratico para verlo.

—Todo el tiempo que quieras.

Pero cayeron dos hojas y el reloj pareció no enterarse. Ursula se acercó y me dijo:

—No seas bobo. Es un chiste de la vieja.

Cinco hijas tenía la asturiana. Los sábados se bañaban en grandes tinas esmaltadas con agua de jazmines y alcohol. Querían conservarse jóvenes y hermosas. Las paredes de la casa estaban plagadas de sus fotografías: el bautizo, la primera comunión, los paseos, los quince años, la boda. Doña Carmen las fue casando una por una con lo mejorcito de la colonia española. Sentía un odio ancestral por los mulatos. No podía ni olerlos. Les huía a los cubanos de ojos verdes porque afirmaba que todos eran mulatos. Ninguna de sus hijas les falló. Todas se casaron y bien casadas. ¡Tuvo suerte la española! Era una mujer dominante, absorbente. Educó a sus hijas en la sumisión. Sé que ellas se sentían libres, como se siente libre alguien dentro de un cerco de hierro. Ursula era la mayor y fue la última en casarse. Entré en su cuarto una mañana y la vi cuando se bañaba en la tina, echándose agua con una jícara. No me dijo que me fuera. Nos miramos los dos en silencio. Ella continuó enjabonándose la cabeza. Se incorporó lentamente en la tina hasta que sus pechos aparecieron fuera del agua untados de espuma. Yo la miraba lleno de curiosidad y sentía mi cuerpo temblar. Ella sonreía y los ojos le brillaban extrañamente. De repente, sin que nada me hiciera esperarlo, me dijo: "Vete". Su voz era autoritaria, y a la vez había algo en ella de complicidad...

Al poco tiempo se casó con el dueño de El Baturro, esa bodega que está en la calle Aguilera y tiene pintado en la pared un baturro montado en una mula, con sus pantalones de pana negra, la camisa blanca, la banda roja en la cintura y la gaita y otras cosas que no recuerdo y que ahora veo como una mancha azul donde parecen nadar el baturro con su mula... La boda se celebró en la iglesia de Santa Lucía. Yo no pude ir porque no tenía ningún traje presentable. Pero mi madre se puso su traje negro y un sombrerito. Mi padre y yo nos quedamos en casa. Idelina y mi madre fueron juntas a la iglesia. Agustín también fue. Cuando mi madre se marchó, me quedé sentado en los escalones del portal. Mi padre vino y se sentó a mi lado.

—¿Quieres que demos una vuelta?— me preguntó.

—No. Estoy bien aquí.

Nos quedamos los dos mirando la gente pasar. Algunos conocidos nos saludaron.

—Hace días que no viene el tío Francisco.

—Estará preparándose para la campaña electoral.

—¿Te dijo algo de mí?

—No, papá.

—Temí que estuviera disgustado conmigo después de la discusión de aquella tarde. Creo que fui duro con él.

—¿Por qué mi tío despilfarró la herencia?

Fuimos los tres. Viajamos, emprendimos negocios disparatados... En fin, se acabó hasta el último centavo. Eramos jóvenes. No sabíamos el valor del dinero. Cuando a uno no le ha costado el sudor de la frente ganar la plata, se echa por la ventana tranquilamente. Botamos el dinero y no teníamos profesión, ni oficio. Ninguno estudió nada útil. Perdimos el tiempo. Hijo, hay que estudiar. El que no tiene un oficio se muere de hambre o pasa mil humillaciones. Mi padre me decía: "Hagan

lo que quieran. Siempre tendrán dinero". Y ya ves. Ni dinero ni na...

...ubo un silencio. Mi padre sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Qué te gustaría a ti estudiar?

—No sé. Creo que arquitectura.

—Es una carrera muy larga— dijo y entró en la casa.

Cuando mi madre regresó de la iglesia nos sirvió la comida. Vino hablando de la boda: las flores, la novia, la alfombra, los vestidos de la concurrencia.

—¡Doña Carmen parecía un tarugo mal envuelto!— exclamó colocando un tenedor en la mesa.

Oímos la música de la fiesta. Doña Carmen había contratado una orquesta. Después de comer fui a ver la fiesta por la ventana. La gente bailaba. Mi amigo Agustín tenía puesto el traje de ir a misa los domingos. Bailaba con una muchacha, de lo más estirado. Estaba tan serio que me daba risa mirarlo. Cuando pasaban junto a mí, sin que la muchacha lo viera, me hacía señas indecentes. Vi a Ursula un momento, al entrar en la máquina con su esposo, un hombre corpulento, de bigote. Doña Carmen, llorosa, las hermanas y los invitados los despidieron en la puerta entre risas, llantos y abrazos. Agustín se me acercó y me dijo bajito, sonriendo maliciosamente:

—¡Cómo va a gozar el gallego ése!

Después de casadas las hijas se quedaban a vivir con la madre. Doña Carmen ponía esa condición. Los novios sabían desde que entraban en la casa que debían quedarse después de casados a vivir con la suegra. Doña Carmen mandaba a reparar los cuartos de soltera de sus hijas, los pintaban, compraban el juego de cuarto, lo disponía todo de tal manera que el novio no tenía nada que hacer, simplemente traerse su maleta. Cuando se casó Ursula ya no cabían en la casa y hubo que construir en el traspatio dos habitaciones. La casa crecía hacia el fondo. Los nietos de doña Carmen nacían e iban teniendo sus cuartos. En el traspatio había un palomar. Yo solía mirar las palomas arrullarse y las espantaba con saña cuando se hacían el amor delante de mí.

Uno no sabe por qué se pone a recordar. Varias veces he tratado de poner orden a mis recuerdos, de saber a qué responde la vida que se vive, si hay algo en el fondo de todo esto, sí, de esto, de estos días y más días que caen sobre uno y le traen la felicidad o la desdicha. Escribo así, "caen", porque siempre me he sentido un poco impotente. Los días parecían golpearme o azotar mis cabellos como una lluvia de fuego. (Hay momentos en que uno se pone retórico). Mi infancia se desarrolló en el culto al triunfo, al enriquecimiento. No había otro modo de vivir que haciéndose rico. ¡Dinero, dinero y más dinero! Mi tío Francisco corría de un lado para otro, detrás del concejal para ganar dinero, hacían trucos con las boletas electorales, utilizaban las cédulas de los muertos, engañaban de lo lindo, y el concejal aspiraba, con su traje de dril cien, la corbata roja y el tabaco en la boca, escupiendo sin cesar, aspiraba a ser alcalde y senador y presidente de la República, y mi tío corría tras él y el concejal no le daba nunca nada en que pudiera destacarse y mi tío escribía los discursos y el concejal recogía los aplausos y ganaba la consideración de todos por su brillante inteligencia y todo era una gran mentira, algo insoportable y repugnante. Yo no soportaba a mi tío cuando corría detrás del concejal, y sonreía de todas sus gracias pujadas y el concejal le daba palmadas en los hombros y estrechaba la mano de todos con una sonrisa afectada y no sabía quiénes eran los que le estrechaban la mano. "¿Quién es? No lo recuerdo". Y la gente votaba por él y mi tío le conseguía más de cien votos entre sus amigos y familiares y mi madre tenía que ir a votar para ayudar a mi tío y mi padre también...

¡Dinero, dinero y más dinero! ¿Cómo hacernos ricos, Dios mío? Mi padre salía todas las mañanas temprano con su maleta y vendía y vendía y ganaba poco de comisión y peleaba en casa por cualquier cosa y mi madre sacaba las cuentas y todo lo apuntaba hasta el centavo de sal y el dinero nunca alcanzaba y apagábamos la luz temprano para ahorrar y los fines de mes no podíamos salir a ningún lado y nos sentábamos en el portal a ver la gente pasar, vestidos de limpio y con los bolsillos vacíos.

Y todos añorábamos un paraíso terrenal donde ganar dinero, donde alcanzar todas las cosas que nos hacían falta, cuanto habíamos soñado en nuestra pobreza. De esa pobreza que no es pobreza porque se come todos los días y no hay que salir a mendigar a la calle, pero que es pobreza porque no puede uno hacer algo distinto, comprarse una bicicleta. Salirse, saltar la cadena de frustraciones, injurias y cuentas... Y yo iba al cine con mi amigo Agustín, a un cine de barrio, de a peseta, y no podía tomar la soda de limón que me gustaba tanto y que vendían en el cafesito, frente al cine... Y veíamos las películas de El Spirit y de los gangsters de Chicago y de cómo la gente se enriquecía fácilmente en los Estados Unidos y pensábamos que nosotros también podríamos hacerlo y así nos fuimos formando la maldita idea de que debíamos irnos para allá, donde la gente vivía como la gente, con máquinas y radios y apartamentos y tenían trabajo y ganaban dinero con lo que fuera. ¡Dinero, dinero y más dinero! "No me alcanza el dinero", "No tengo dinero para eso", "No puedo hacerlo", "Tenemos que ahorrar este mes", "Hay que comprar más leche", "Hay que comprar el uniforme de la escuela", "Hay que comprar... comprar... comprar y no alcanza, no alcanza. Soñábamos con los pesos, creíamos verlos en todas partes. Salíamos a la calle buscando monedas en las cunetas, por las esquinas, en los portales, en las escaleras. Cuando se bajaba alguien del tranvía mirábamos en el asiento vacío con la esperanza de encontrarnos una peseta, y yo pasaba la mano en la luneta del cine antes de sentarme a ver la película por si acaso encontraba aunque fuera un centavito. Era la necesidad de encontrar algo, fuera lo que fuera, algo que facilitara nuestra vida, que nos la hiciera más tolerable, más llevadera como solía decir mi madre en el colmo de la desesperación. Cuando llegué a darme cuenta de que los Reyes Magos no existían, la mañana que me encontré mi mismo velocípedo repintado, comprendí que nada sobrenatural podía ya salvarnos. Estábamos abandonados a nuestras propias fuerzas, tan pobres. Recuerdo que cuando leí en la escuela el cuento del Rey Midas me hice una varita de madera con un palo de escoba y caminaba por toda la casa tocando los muebles y los objetos, después de hacer exorcismos, para que se transformaran en oro.

Y doña Carmen podía comprar la lámpara de cristales verdes que mi madre vió en una tienda de la calle Enramada y nos dijo que le gustaba mucho y quería comprarla y comenzó a guardar unos centavos en la gaveta del armario y doña Carmen fue un día y también le gustó la lámpara y la compró y la puso en la sala de su casa e invitó a mi madre para que la viera, y así, sin malicia, porque ella también tenía derecho a gustarle la lámpara y su bolsa estaba repleta de pesitos y con pesitos se compran las lámparas y no tenía más que abrir la bolsa, con sus dedos sucios y regordetes, y la lámpara estaba allí, en la sala de su casa. Nosotros no podíamos, pero ella sí podía. El verbo poder no se conjugaba en nuestra familia: poder, poderío, poderoso. Esas palabras tenían tanto sentido para nosotros que ya no tenían ninguno. Doña Carmen lo hizo sin malicia, naturalmente, como el que se toma un vaso de agua. Sin crueldad, señores, sin crueldad, porque lo peor de la gente es que es cruel sin saberlo. Doña Carmen encendía la lámpara y mi madre desde el portal de casa, la veía, la lámpara, la lamparita, la que nunca tuvo. La española apestosa, con las uñas sucias se asomaba a la ventana y le preguntaba a mi madre qué tal la lámpara. ¿Le gusta, le gusta, le gusta? Ella afirmaba con la cabeza y no tenía por qué mentir. Doña Carmen la atormentaba sin saber que estaba atormentándola. A nadie se podía acusar. Nadie era culpable en el fondo de lo que hacía ni sabía por qué lo hacía así y no de otra manera. Doña Carmen, con los cachetes colorados se hinchaba en la ventana como un inmenso globo, sonriente, pegado contra los barrotes, rebosante de dicha, el viento agitaba su bata blanca como si de un momento a otro fuera a elevarse de la tierra. Mi madre, desde su ventana, comenzaba a achicarse, mirando la lámpara de cristales verdes encendida, se encogía hasta el punto de convertirse en una enanita que señalaba la lámpara con el dedo, dando saltitos como la mona del circo Montalvo. Yo, para salvarla de ese estado, corría a cerrar la ventana.

Ana Rosa nació cuando Agustín tenía ocho años. Era una niña fea, que le sudaba la parte superior del labio y lloraba y comía como una puerca. Su mismo hermano se burlaba de ella. Yo la pellizcaba cuando nadie me veía. Idelina anhelaba que su hija fuera pianista y ofreciera conciertos en el Teatro Oriente, delante de cientos de personas que la aplaudirían estremecidas y convulsas. Pero Ana Rosa no acertaba con las notas. Lo confundía todo. Adis le pegaba en las manos si se equivocaba, y como siempre se equivocaba, tenía las manos enrojecidas. Cuando estaba en su casa y tomaba las lecciones, me acercaba al piano para verla: sus deditos golpeaban torpemente el teclado, entreabría la boca, inclinaba sobre el libro de música, hasta que un grito de Adis la sacaba de su esforzada atención: "Así no. Empieza otra vez". Y otra vez y otra vez la pobre Ana Rosa, tratando de burlar al destino.

—No aprenderá nunca— decía Adis a Leonila, su madre.

—Trata.

—Imposible. No ha nacido para tocar el piano.

—Debes insistir.

—Se están gastando el dinero por gusto.

—Y a ti ¿qué te importa eso?

Y comenzaban a discutir. Vivían al lado de nosotros en una casa ruinosa. Leonila era una mulata de sesenta años, vencida, encorvada. Se movía temblando como una muñeca de alambre. Pero cuando discutía con su hija los ojos le brillaban. Toda la vida se le agolpaba en ellos de pronto.

—¡No le digas nada a Idelina!

—Es mi deber. La niña no aprende, no adelanta.

—Nunca, nunca saldremos de aquí. La casa se me caerá encima. ¡Mal rayo me parta! Necesitamos ese dinero. Cada cual vive como puede aunque sea engañando al prójimo. ¿Quiere que la hija aprenda piano? ¡Que pague! Eres una idiota, una idiota absoluta. Estoy cansada de barrer las garrapatas de Boby. Me paso el día trajinando como si el tiempo no hubiera pasado. Nunca podré sentarme a descansar hasta el día que me muera. ¡No se abre la tierra y me traga!

Y Leonila seguía peleando un rato más. Adis se ponía a tocar el piano y Boby aullaba encerrado en el último cuarto. Parecía que iba a rompérsele la garganta. Era un ladrido raja-

do, metálico y desolado como si alguien lo flagelara con un látigo. Boby, el perro viejo, derrengado, con las uñas enormes y amarillentas que sonaban al caminar como castañuelas diminutas. No lo podía soportar cuando ladraba en la noche, enfermo de cólico. No cerraba los ojos oyendo al perro y me escondía en el cuarto de mis padres, acostándome entre ellos, porque desde allí no escuchaba los ladridos y perdía el miedo.

Con muchos sacrificios compraron el piano a Ana Rosa. Idelina empeñó su anillo de boda. Pagaron con eso la entrada y la primera mensualidad. Luego vino el cobrador como un fantasma a tocar a la puerta todos los días primeros de mes, sin falta. Mi padre no quería esa amenaza. Prefería pasarse sin las cosas que nos hacían falta. Cuando fue imprescindible comprar el refrigerador, ahorraron dos años, sacando cuentas y discutiendo, temerosos de que ocurriera una desgracia y se vieran forzados a gastar el dinero, y lo pagaron al contado. "Hemos dado una demostración de voluntad", dijo mi padre abriendo la puerta del refrigerador. Mi madre fue a la gaveta del armario y sacó el dinero, lo contó delante del vendedor y se lo entregó.

—¡Si la porra machadista no hubiera matado a mi hijo! Yo tenía todas mis esperanzas puestas en él. Llamaron a la puerta y preguntaron por mí. Se abrió la portezuela de la máquina y lo dejaron caer tinto en sangre delante de mis ojos. "Aquí está su hijo para que no se meta más en política". ¿Cómo pude seguir viviendo después? Nadie muere cuando debía morir. ¡Adis, Adis, no toques más el piano! El perro aulla demasiado. ¡Cállate, maldito animal! Tú también debías haberte muerto hace tiempo...

—Está bien, mamá. Voy a dar una vuelta.

Y Leonila continuaba barriendo el patio y murmurando.

Mi madre se atrevió una vez a comprar un radio a plazos. Una tarde pasó por la calle un vendedor ambulante con uno bajo el brazo. Yo estaba jugando en el portal y la llamé y le dije que un hombre estaba voceando un radio. "¡Ven pronto antes de que doña Carmen abra la bolsa!", le grité. Mi madre vino desde la cocina secándose las manos en el delantal. Y lo compró. Sí, se atrevió a comprarlo a pesar de la voluntad de mi padre. Fue la única vez que mi madre hizo su gusto. Ella no veía más que por los ojos de mi padre. Vivía en una sumisión completa. Fue al armario, sacó cinco pesos para pagar la entrada y el vendedor colocó el radio en la mesita de la sala. El radio era bastante grande con un ojo mágico para sintonizar las estaciones correctamente. Nos sentamos frente a él. Mi madre me miró. Los ojos le resplandecían. Y como el que cumple un ceremonial, le dio vuelta al botón y encendió el aparato. "¿Qué hora es?", me preguntó nerviosamente. Las cuatro, le contesté. "Va a empezar la novela". Y no tuvo que ir más a casa de Idelina a escuchar la novela de las cuatro, ni la de las tres, ni la de las nueve, ni ninguna novela de todas esas novelas que ella escuchaba diariamente. No fue más a casa de doña Carmen, desde el día en que la gorda sudorosa y apestosa se apareció en el barrio con la lámpara de cristales verdes. Sentados en los sillones de granadillo, frente al receptor que funcionaba perfectamente, escuchamos que la puerta de la calle se abría y volvimos los ojos y la figura de mi padre se recortó en la luz con la maleta en la mano. Vi en los ojos de ella un poco de miedo.

—¿Cómo lo compraron?— y colocó la maleta en el suelo.

—Pasó un vendedor y pagamos la entrada— dije yo.

Mi padre recogió la maleta y entró en el cuarto sin decir más nada. Era su costumbre esperar a que estuviéramos sentados a la mesa para hablar. Todos nuestros problemas se ventilaban y resolvían a la hora de comer. Siempre creí que mi padre imitaba al abuelo. Mi tío Francisco me había contado que a la mesa del abuelo se sentaban quince personas, entre los familiares y los criados. Ante ellos el abuelo daba consejos, contaba anécdotas, repartía reglas prácticas para la vida, sermoneaba y pronunciaba sus frases favoritas. "Esta comida es para maromeros", cuando quería referirse a la cantidad y otra que pronunciaba secándose la boca con la servilleta y mirando al techo: "¿Qué será de mí hoy?". Todos quedaban en suspenso esperando la revelación de algo espantoso, que nunca se decía. ¿No guardaba mi padre esa imagen en su corazón? ¿El deseo de influir y dirigir la vida de los miembros de su familia? Uno ignora hasta qué punto imita a sus padres, sin quererlo, fatalmente. La sombra de los padres se cierne sobre los hijos, oprimiéndolos. Es como si hubieran vivido la parte de vida que le tocaba a ellos. ¿Hay algo más atroz que conocer de antemano nuestra propia vida?

Sentada a la mesa la mano le temblaba al tomar la sopa. Esperaba. Mi padre era un estratega. Algo había en él de teatral sin remedio. Sabía escoger el momento oportuno para producir el efecto deseado. Lo imaginaba con una bomba de tiempo en el bolsillo que depositaba en la mesa cuidadosamente, ante nuestro estupor. Mi madre y yo la veíamos sobre el mantel blanco, oíamos el tic tac del reloj. De un momento a otro, de un momento a otro, ahora, ahora antes de esta cucharada... cuando estoy picando el bistec... Sí, ocurrirá y no hay nada peor que esperarlo. Se siente desobedecido, anulado su poder de padre de familia. Su cólera fue enorme. Tronó desde su vieja silla como un antiguo profeta, agitando el tenedor en sus manos crispadas como el símbolo del poder que nosotros desobedecimos. Las palabras parecían rebotar contra las paredes, caer en los platos, chocar contra los vasos y hacerlos temblar. La mesa parecía que iba a hundirse despedazada bajo sus manotazos. Nos vimos amenazados por el cobrador implacable, escondidos detrás de la puerta sin abrir, perseguidos por la policía, encarnecidos y humillados, contemplando cómo se llevaban el radio... Se levantó de la mesa sin comer, tropezó con una silla, profirió una maldición como un rugido y salió a la calle. Antes de que se fuera, mi madre había empezado a llorar en silencio. Pero su furia no duró mucho tiempo. ¿No era una manifestación más de su debilidad? Mi padre necesitaba gritar, hacer grandes y dramáticos gestos, hacerse obedecer. Después se sentía más tranquilo y aceptaba los hechos consumados, sin intentar modificarlos en nada. El radio quedó en la mesita y se pagaron los plazos mensualmente. Eso sí, bajo un aguacero de recriminaciones e insultos. ¿Hasta dónde mi madre conocía su debilidad? Ella era sincera en su temor. Amaba su figura colérica, ceñuda, falsamente autoritaria. Nunca se le hubiera ocurrido cogerle la barbilla y decirle: "¿Estás disgustado?" La figura de mi padre hubiera rodado al suelo hecha polvo por el humor. Pero mi madre lo tomaba en toda su imponente gravedad sin descubrir que la estatua ecuestre de mi padre, con el sable en alto, era de merengue. ¿Qué hubiera sido de mi madre entonces? Se hubiera muerto de tristeza.

—¿Y cuándo hablará don Rafael del Junco?— preguntaba Idelina deteniendo el sillón donde estaba sentada.

—Mamá Dolores debe saber el secreto— repuso mi madre.

—Me muero de curiosidad. Siempre se acaba en el momento preciso. Deberían de pasarla también los domingos.

—¿Y qué pasará cuando se sepa el secreto?

—Morirá alguien, Regina. Siempre las novelas terminan bien, imagínate tú.

—Hace tres meses que empezó y no tiene para cuándo acabar.

—Pero la gente no obra así en la vida real. ¡Qué va! En las novelas las cosas son más complicadas. Los personajes lo complican todo. Deberían de sentarse y aclararlo todo de una vez, uno delante de otros. Pero siempre se van cuando van a decir algo importante y entra el locutor. Y una así, inclinada, con la oreja parada, pendiente: "Queridos radiooyentes escuchen mañana un nuevo capítulo de "El derecho de nacer".

Mi madre seguía las novelas radiales con verdadera atención, sufría y lloraba, y a veces apagaba el aparato de un tirón. Yo también me aficioné a escuchar los episodios de los Tres Villalobos, a las doce del día, al regresar de la escuela. Yo quería imitar a los Tres Villalobos, esos hermanos que hacen el bien a todo el mundo, pero nunca me compraron el caballo para salir al campo y unirme a ellos y hacer el bien a todo el mundo. A las cinco escuchaba los episodios de Alibabá y los cuarenta ladrones, que parecían cuatrocientos. En la tapia del fondo dibujé la entrada de la cueva y estuve a punto de romperla para que fuera de verdad. Me resigné a abrir un agujero y a mirar el patio del vecino, donde un niño paralítico jugaba con su niñera negra, metido en un aparato ortopédico. Cuando caía al suelo, la niñera lo ponía en pie de nuevo como si fuera un muñeco de cuerda.

Mi madre me enseñó a leer. Entré en el Colegio Dolores en segundo grado. Tenía cinco años. ¿Por qué en el Colegio Dolores y no en otro más económico, en alguna escuela pública? Si mi familia había tenido dinero ¿por qué no aparentar que lo seguía teniendo? Mis uniformes estaban limpios, mi madre los lavaba y planchaba. Nadie debe humillarnos; todos somos iguales. La igualdad se consigue concurriendo a un colegio caro con el uniforme limpio, bien planchado. Y tenía que cuidarme el pantalón y la camisa azul y la corbata negra... Cuando llegaba de la escuela mi madre me desvestía rápidamente y colgaba el pantalón y la camisa para protegerlos de una catástrofe. Yo no podía jugar libremente en el patio como mis compañeros que se revolcaban y peleaban, se rompían las ropas a empellones y no tenían cuidado al tomar el refresco, pero mi madre me advertía que tuviera cuidado y yo vivía mirándome el uniforme, sentándome con cuidado y bebiendo el refresco como una señorita sentada en la cafetería de la calle Enramada. Me daba pena ir a casa con el uniforme sucio y ajado y que ella tuviera que pasarse la tarde lavándolos en la batea y almidonándolos. Si el uniforme no se seca a tiempo, si llueve mañana no puedes ir a la escuela como los otros... Y todas esas cosas que pasan cuando uno necesita que no pase nada. ¿No iban los otros con sus uniformes planchados? Los otros, siempre los otros, jadeando detrás de los otros, mirando cómo se visten, qué zapatos se compran, a dónde van los fines de semana. Y debemos ser como ellos y tener los mismos zapatos y camisas e ir al mismo lugar porque si no uno se siente desgraciado y quisiera morirse. "Hay que ir a la cafetería Novedades los sábados por la tarde porque allí van todos y tienes que reunirte con lo mejor"... Sí, hay que aprender a escoger los amigos, investigar el estado de sus fortunas, cuántos criados tienen, si comen por las noches, si hay perros finos en la casa, si la madre se acuesta con el chofer porque dicen que hacer eso es elegante: demuestra, de paso, que se tiene automóvil privado. Las casas de Vista Alegre resplandecían ante mis ojos como palacios fantásticos, llenos de tesoros como en los episodios radiales de Alibabá y los cuarenta ladrones: ábrete sésamo, ábrete sésamo...



ELLA CANTABA BOLEROS

GUILLERMO CABRERA INFANTE

"Ella cantaba boleros", forma parte de una novela en preparación, "La noche es un hueco sin borde", en la que es la constante narrativa de una sarta de incidentes que ocurrieron en la noche del pasado, en La Habana.

Yo conocí a La Estrella cuando se llamaba Estrella Rodríguez y no era famosa y nadie pensaba que se iba a morir y ninguno de los que la conocían la iba a llorar si se moría y mucho menos escribir de ella si se moría o escribir elogios de ella estando viva, porque entonces la gente no la podía ver ni en pintura. Yo soy fotógrafo y mi trabajo por esa época era de tiraplanchas de los cantantes y la gente de la farándula y la vida nocturna, y yo andaba siempre por los cabarets y nite-clubs y eso, haciendo fotografías y eso. Me pasaba toda la noche en eso, toda la noche y toda la madrugada y también toda la mañana. A veces no tenía nada qué hacer, había terminado mi guardia en el periódico y, a las tres o las cuatro de la mañana, me iba para El Sierra o para Las Vegas o al Nacional y por ahí, a conversar con un animador amigo mío o a mirar a las coristas o a oir las cantantes y a envenenarme con el humo y el olor rancio del aire acondicionado y la bebida y eso. Yo no andaba muy bien por ese tiempo, pero yo no lo sabía, así que me sentía de lo más bien en el ambiente y me ponía enseguida en onda. Así que así era yo y no había quién me cambiara, porque pasaba el tiempo y me ponía viejo y los días pasaban y se convertían en fecha y los años se convertían en efemérides al pasar y yo seguía así, quedándome con las noches, metiendo las noches en un vaso con hielo o en un negativo o en el recuerdo.

Una de estas noches yo llegué a Las Vegas y me encontré con toda esta gente que no había quién las cambiara y una voz zambullida en la oscuridad me dijo, Fotógrafo, siéntate aquí y toma algo, que yo pago, y era nada menos que Vítor Perla. Vítor tiene una revista que se dedica a poner muchachitas medio encueras y a decir Una modelo con un futuro que salta a la vista o las poderosas razones de Tania Talporcual o La BB cubana dice que es Brigitte la que se parece a ella y cosas parecidas, que no sé de dónde sacan porque deben tener un almacén de m en el cerebro para poder decir tantas cosas de una chiquita que ayer nada más era manejadora o criadita o trabajaba en Muralla y hoy está luchando con todo lo que tiene para destacarse. Ya ven, ya estoy hablando como ellos. Pues bueno, este Vítor no sólo publica las fotos de estos pollitos y reportajes de cómo vive en su casa de Acapulco María Antonieta Pons o cómo sale del baño Olga Chaviano y a poner su chiste bobo por aquí y por allá y juegos de palabras con canciones o con gente conocida y esas cosas, como preguntar, ¿Usted conoce la Canción Pedro?, y responder, Es esa que dice, Pedro qué es lo que pasa que nos estamos alejando tanto, y cosas así o elaborar bromas pesadas y cargárselas a un tipo calvo, cantante, que anda siempre por Radiocentro y que se llama Catalejo, bromas como decir que Catalejo cogió una soga y se paró en una esquina y vió que venía un hombre y le dijo, por favor, amigo, usted quiere aguantar aquí, que estamos haciendo unas mediciones, y entonces doblar la esquina y a media cuadra, sin que el otro lo viera, darle el otro extremo de la soga a otro tipo y decirle lo mismo y tenerlos a los dos quince o veinte minutos aguantando la soga, mientras los amigos de Catalejo se mueren de risa en el bar Alaska. Cosas así. Bueno pues este Perla, al que le dicen la Bella Perla, no porque sea loca ni cosa parecida, sino porque es una bella perla, también se dedica a dar su chantaje bobo aquí o allá con eso de A que ustedes no saben a quién vimos anoche en un conocido antro del vicio con tremendo bacilón, lo de bacilón queriendo decir que el tipo estaba enmariguanado, y al día siguiente. Anoche vimos a G. C. O. Estaba muy alegre, más alegre de la cuenta, y al tercer día publica. La policía debía cerrar un antro del vicio que está muy cerca, demasiado cerca de la Embajada Americana, y al cuarto día va un genízaro de Perla y le da su picada boba al tipo por no decir su nombre completo y cualquiera que vea a Vítor por el antro del vicio que está demasiado cerca de la Embajada Americana no lo verá por la caja contadora, porque Vítor Perla es mucho más vivo, y más fino vaya, que todo eso, sino que lo verá, si tiene ojos para atravesar la puerta a la izquierda de la entrada que dice

Administración, sonriéndole al dueño o al administrador, sonriendo no sólo porque Vítor es muy sociable, sino porque piensa que mañana en el banco en que él mete su dinero hay una cuenta que va a engordar sola. Y de eso vive Vítor y unos cuantos más como Vítor y se sonríen y te pagan un trago y son buena gente y todo —se pueden permitir el lujo de ser buena gente. Pero por alguna razón misteriosa (y si yo fuera un redactor de chismes en vez de las eses de misterioso pondría dos signos de peso) Vítor había caído en desgracia, fue por eso que me asombré de que todavía tuviera tan buen humor. Mentira, lo primero que me asombró es que todavía estuviera en Cuba y me dije, Este m todavía flota, y se lo dije. Bueno, quiero decir que le dije, Gallego, eres un corcho español, y él sin perder la calma me contestó muerto de risa, Sí, pero tengo que tener algún plomo clavao adentro, porque ando medio escorao. Y nos pusimos a hablar y él me contó muchas cosas, me contó casi todas sus desgracias, pero no las voy a repetir aquí porque él me las contó en confidencia y yo soy un hombre y no voy a andar chismeando. Además, los problemas de Vítor son sus problemas y si él los resuelve, mejor para él y si no pues, Uruguay, Vítor Perla. La cuestión es que me cansé de oirle contar sus desgracias y como tenía la boca torcida y eso, y no tenía gana de ver una boca tan fea, cambié de conversación y empezamos a hablar de otras cosas, como mujeres y eso, y de pronto me dijo, Te voy a presentar a Irene, y no sé de dónde sacó una rubita chiquitica, preciosa, que se parecía a Marilyn Monroe si a Marilyn Monroe la hubieran cogido los indios jíbaros y hubieran perdido su tiempo poniéndole chiquitica no la cabeza sino el cuerpo y todo lo demás, y cuando digo todo lo demás quiero decir todo lo demás. Así que sacó a Irene por un brazo como si la pescara del mar de la oscuridad y me dijo, mejor dicho, le dijo, Irene, te presento al mejor fotográfo del mundo, pero lo dijo queriendo decir que yo trabajaba en el periódico El Mundo, y la rubita se rió con ganas levantando los labios y enseñando los dientes como si se levantara el vestido y enseñara los muslos y tenía los dientes más bonitos que yo he visto en la oscuridad: unos dientes parejos, bien formados, perfectos y sensuales como unos muslos, y nos pusimos a hablar y a cada rato ella enseñaba sus dientes sin ningún pudor y me gustaban tanto que por poco le pido que me dejara tocarle los dientes, y nos sentamos a hablar en una mesa y eso y Vítor llamó al camarero y nos pusimos a beber, y al poco rato yo le había pisado, con mucha delicadeza, como sin querer, un pie a la rubita y casi no me di cuenta que se lo había pisado por lo chiquito que lo tenía, pero ella se sonrió cuando yo le pedí perdón y al poco rato le había cogido una mano, que se viera que era con querer y la mano se me perdió en mi mano y la estuve buscando como una hora por entre las manchas amarillas del hipo que yo muy charlesboyerescamente hacía pasar por manchas de nicotina y eso, y ya después, cuando encontré su mano y la acaricié sin pedirle perdón yo la estaba llamando Irenita que era el nombre que más le pegaba y nos besamos y eso, y cuando vine a ver, ya Vítor se había levantado, muy discreto él y así estuvimos allí un rato tocándonos, apretados, allí sumergidos en la oscuridad besándonos, olvidados de todo, de que el show se había acabado, de que la orquesta estaba tocando para bailar, de que la gente bailaba y bailaba y bailaba y se cansaba de bailar y de que los músicos empaquetaban sus instrumentos y se iban y de que nosotros nos quedábamos solos allí, ahora profundamente en la oscuridad, no ya en la penumbra vaga como dice Blanca Rosa Gil, sino en la penumbra profunda, en la oscuridad cincuenta, cien, ciento cincuenta metros por debajo de la superficie de la luz nadando en la oscuridad, mojados, besándonos, olvidados, besos y besos y besos, olvidándonos, sin cuerpo, solamente con bocas y con dientes y con lengua solamente y la encía ocasional, perdidos entre la baba de los besos, ahora silentes, silenciosos, húmedos, oliendo a saliva sin siquiera sentirlo, hinchados, besándonos, besándonos, chico, idos del mundo, absolutamente en órbita. De pronto, ya nos íbamos. Fue entonces cuando la vi a ella por primera vez.

Era una mulata enorme, gorda gorda, de brazos como muslos y de muslos que parecían dos troncos sosteniendo el tanque de agua que era su cuerpo. Le dije a Irenita, le pregunté a Irenita, le dije, Quién es la gorda, porque la mujer parecía dominar absolutamente el chowcito— y ahora tengo que explicar qué es el chowcito. El chowcito era el grupo de gente que se reunía a descargar en la barra, pegados a la vitrola, después que terminaba el último show y que descargando se negaban a reconocer que afuera era de día y que todo el mundo estaba ya trabajando hace rato o entrando al trabajo ahora mismo, todo el mundo menos este mundo de la gente que se sumergía en las noches y nadaba en cualquier hueco oscuro, aunque fuera artificial, en este mundo de los hombres rana de la noche. Pues allí en el centro del chowcito estaba ahora la gorda vestida con un vestido barato, de una tela carmelita cobarde que se confundía con el chocolate de su piel chocolate y unas sandalias viejas, malucas, y un vaso en la mano, moviéndose al compás de la música, moviendo las caderas, todo su cuerpo de una manera bella, no obscena, pero sí sexual y bellamente, meneándose a ritmo, canturreando por entre los labios aporreados, sus labios gordos y morados, a ritmo, agitando el vaso a ritmo, rítmicamente, bellamente, artísticamente ahora y el efecto total era de una belleza tan distinta, tan horrible, tan nueva que lamenté no haber llevado la cámara para haber retratado aquel elefante que bailaba ballet, aquel hipopótamo en punta, aquel edificio movido por la música y le dije a Irenita, antes de preguntarle el nombre, interrumpiéndome cuando preguntaba el nombre, al preguntarle el nombre, Es la salvaje belleza de la vida, sin que me oyera naturalmente, sin que me entendiera si me había oído, naturalmente y le dije, le pregunté, le dije, Quién es, tú. Ella me dijo con un tono muy desagradable, Es la caguama que canta, la única tortuga que canta boleros, y se rió y Vítor pasó entonces por mi lado del lado de la oscuridad y me dijo bajito al oído, Ten cuidado que es la prima de Moby Dick, la Ballena Negra, y me alegré de estar alegre, de haber tomado dos o tres tragos, porque pude agarrar a Vítor por su brazo de dril cien y decirle, Gallego dé m, eres un discriminador de m, eres un racista de m, c: eres un c, y él me dijo, Te lo paso porque estás borracho, no me dijo más que eso y se metió como quien pasa entre unas cortinas de terciopelo negro en la oscuridad del fondo. Me acerqué y le pregunté que quién era ella y me dijo, La Estrella, y yo le dije, No, no, su nombre, y ella me dijo, La Estrella, yo soy la Estrella, niño, y soltó una carcajada profunda de barítono o como se llame la voz de mujer que corresponda al bajo pero que suena a borítono, contralto o cosa así, y me dijo sonriendo, Me llamo Estrella, Estrella Rodríguez para servirle, me dijo y me dijo, Es negra, negra negra, totalmente negra, y empezamos a hablar y pensé que qué país más aburrido sería éste si no hubiera existido el padre Las Casas y le dije, Te bendigo, cura, por haber traído negros del Africa como esclavos para aliviar la esclavitud de los indios que de todas maneras ya se estaban acabando, y le dije, Cura te bendigo, has salvado este país, y le dije esta vez a Estrella, La Estrella yo la amo a usted, y ella se rió a carcajadas y me dijo, Estás completamente borracho, yo protesté y le dije, No, borracho no estoy, le dije, estoy sobrio, y ella me interrumpió, Estás borracho como c, me dijo y yo le dije, Usted es una dama y las damas no dicen malas palabras, y ella me dijo, Yo no soy una dama, yo soy una artista c, y yo la interrumpí y le dije, Usted es La Estrella, bromeando le dije y ella me dijo, Pero estás borracho, y yo le dije, Estoy como una botella, le dije, estoy lleno de alcohol, pero no estoy borracho, y le pregunté, Están borrachas las botellas, y ella dijo, No, qué va, y se rió de nuevo, y yo le dije, Pero por sobre todas las cosas, la amo La Estrella, me gusta usted más que todos los demás aparatos juntos, la prefiero La Estrella a la montaña rusa, al avión del amor, a los caballitos, y ella se rió de nuevo a carcajadas, se bamboleó y finalmente se golpeó uno de los muslos infinitos con una de sus manos interminables y el chasquido rebotó en las paredes como si el cañonazo de las nueve se disparara, por la mañana, en el bar aquel, y entonces ella me preguntó, Con la pasión, y yo le dije, Con pasión y con locura y con amor, y ella

me dijo, No, no, yo decía que sí con mi pasión, y se llevó las manos a la cabeza queriendo decir con su pelo, y yo le dije, A usted entera, y pareció de pronto la criatura más feliz sobre la tierra. Fue entonces que yo le hice la gran, única, imposible proposición a La Estrella. Me acerqué y muy bajito, al oído, le dije, La Estrella quiero hacerle una proposición deshonesta, le dije, La Estrella vamos a tomar algo, y me dijo, En-can-ta-da, y se bebió de un trago el trago que tenía en la mano, tiró dos pasillos de chachachá para llegar al mostrador y le dijo al cantinero, Muñecón, de lo mío, y yo le pregunté, Qué es de lo mismo, y ella me respondió, No, de lo mismo no, **de lo mío**, que no es lo mismo que de lo mismo, y se rió y dijo, Lo mío es lo que toma La Estrella y nadie más puede tomarlo, te enteraste, y se volvió a reír a carcajadas que sacudían sus enormes senos como un motor viejo sacude cancaneando los guardafangos de un camión viejo.

Entonces una manito me agarró por un brazo y era Irenita, Te vas a quedar toda la noche, me preguntó, ahí con la gorda, y yo no le contesté, y volvió a preguntarme, Te quedas con la gorda, y le dije, Sí, nada más que sí, y no dijo nada pero me clavó las uñas en la mano y entonces La Estrella se rió a carcajadas, muy superior, segura de ella misma y me cogió la mano y me dijo, Déjala, las gatas están mejor en el tejado, y le dijo a Irenita, Esta niña, vamos, súbete en una silla, y todo el mundo se rió, hasta Irenita, que se rió por compromiso, por no quedar mal, por no hacer el ridículo, y que enseñó dos huecos de las muelas que le faltaban detrás de los colmillos de arriba cuando se reía.

En el chowcito siempre había show después que se acababa el show y ahora había una rumbera bailando al son de la victrola y se paró ahora y le dijo a un camarero que pasaba, Papi, ponle reflectores y estamos campana, y el camarero fue y quitó el chucho una vez y otra y otra más, pero como la música se iba cada vez que se apagaba la vitrola, la rumbera se quedaba en el aire y daba unos pasillos raros, largos, con su cuerpo tremendo y alargaba una pierna sepia, tierra ahora, chocolate ahora, tabaco ahora, azúcar prieta ahora, canela ahora, café ahora, café con leche ahora, miel ahora, brillante por el sudor, tersa por el baile, en este momento dejando que la falda subiese por las rodillas redondas y pulidas y sepia y canela y tabaco y café y miel, sobre los muslos largos, llenos, elásticos y perfectos y su cara se echaba hacia atrás, arriba, a un lado, al otro, izquierda y derecha, atrás de nuevo, atrás siempre, atrás golpeando en la nuca, en la espalda escota y radiante y tabaco, atrás y alante, moviendo las manos, los brazos, los hombros de una piel increíble erotismo, increíblemente sensual, increíble siempre, moviéndolos por sobre los senos, al frente, sobre los senos llenos y duros, sueltos evidentemente, parados evidentemente, evidentemente suaves: la rumbera sin nada de bajo, Olivia, se llamaba, se llama todavía por Brasil, ya sin pareja, suelta, libre ahora, con la cara de una niña terriblemente pervertida increíblemente inocente también, inventando el movimiento, el baile, la rumba ahora frente a mis ojos: todo el movimiento, toda Africa, todas las hembras, todo el baile, toda la vida: frente a mis ojos y yo sin una maldita cámara, y detrás, de mí La Estrella que lo veía todo y decía, Te gusta, te gusta, y se levantó del trono de su banqueta y cuando la rumbera no había acabado todavía, fue hasta el tocadiscos, hasta el chucho, diciendo, Tanta novelería, lo apagó, lo arrancó casi con furia, como echando espuma de malas palabras por la boca y dijo, Se acabó, ahora viene la música. Y sin música, quiero decir sin orquesta, sin acompañante, comenzó a cantar una canción desconocida, nueva, que salía de su pecho, de sus dos enormes tetas, de su barriga de barril, de aquel cuerpo monstruoso, y apenas me dejó acordarme del cuento de la ballena que cantó en la ópera, porque ponía algo más que el falso, azucarado, sentimental, fingido sentimiento en la canción, nada de la bobería amelcochada, del sentimiento comercialmente fabricado del feeling, sino verdadero sentimiento y su voz salía suave, pastosa, líquida, con aceite ahora, una voz coloidal que fluía de todo su cuerpo como el plasma de su voz y de pronto me estremecí. Hacía tiempo que algo no me conmovía de esta manera y comencé a sonreírme en alta voz, porque acababa de reconocer la canción, a reírme, a soltar casi carcajadas porque era Noche de ronda y pensé, Agustín no has inventado nada, no has compuesto nada, esta mujer te está inventando tu canción ahora: ven mañana y recógela y cópiala y ponla a tu nombre de nuevo: Noche de ronda está naciendo esta noche. Agustín, mi viejo, se j el m. Todos aplaudimos.

La Estrella cantó más. Parecía incansable. Una vez le pidieron que cantara La Pachanga y ella, detenida, un pie delante del otro, los rollos sucesivos de sus brazos sobre el gran oleaje de rollos de su cadera, golpeando el suelo con una sandalia que era una lancha naufragando debajo del oceano de rollo de sus piernas, golpeando, haciendo sonar el bote contra el suelo, repetidamente, echando la cara sudada, la jeta de animal salvaje, de jabalí pelón, los bigotes goteando sudor, echando por delante toda la fealdad de su cara, los ojos ahora más pequeños, más malvados, más ocultos bajo las cejas que no existían más que como dos viseras de grasa donde se dibuja con un chocolate más oscuro las líneas de las cejas de maquillaje, toda su cara por delante del cuerpo infinito, respondió, La Estrella no canta más que boleros, dijo y añadió, Canciones dulces, con sentimiento, del corazón a los labios y de la boca a tu oreja, nena, para que lo sepas, y comenzó a cantar, Nosotros, inventando al malogrado Pedrito Junco, convirtiendo su canción plañidera en una verdadera canción, en una canción vigorosa, llena de una nostalgia poderosa y veraz. Cantó más La Estrella, cantó hasta las ocho de la mañana, sin que nosotros supiéramos que eran las ocho de la mañana hasta que los camareros empezaron a recogerlo todo y uno de ellos, el cajero dijo, Lo sentimos, familia, y quería decir de veras familia, no decía la palabra por decirla, decir familia y decir otra cosa bien diferente de familia, sino que quería decir familia de verdad, dijo, Familia, tenemos que cerrar. Pero antes, un poco antes, antes de eso, un guitarrista, un buen guitarrista, un tipo flaquito, chupado, un mulatico sencillo y noble, que no tenía trabajo porque era muy modesto y muy natural y muy bueno, pero un gran guitarrista, que sabía cómo sacar meledías extrañas de una canción de moda por barata y comercial que fuese, que sabía pescar sentimiento del fondo de la guitarra, que de entre las cuerdas podía extraerle la semilla a cualquier canción, a cualquier melodía, a cualquier ritmo, a ese que le falta una pierna y tiene una pata de palo y una gardenia en el ojal, siempre, al que decíamos, cariñosamente, en broma, el Niño Nené, imitando a los niños cantaores de flamenco, el Niño Sabicas o el Niño de Utrera o el Niño de Parma, el Niño Nené, dijo, pidió, Déjame acompañarte en un bolero, Estrella, y La Estrella le respondió muy altanera, llevándose la mano al pecho y dándose dos o tres palmadas sobre las tetas enormes, No, Niñito, no, le dijo, La Estrella canta siempre sola: a ella le sobra la música. Después fue que cantó Mala noche, haciendo su famosa parodia de Elvira Ríos, en que todos nos moríamos de risa y después fue que cantó Noche y día y después fue que el cajero nos pidió que nos fuéramos. Y como ya la noche se había acabado, nos fuimos.

La Estrella me pidió que la llevara a su casa. Me dijo que la esperara un momento que iba a buscar una cosa y lo que hizo fue recoger un paquete, y cuando salimos, que montamos en mi máquina que es un carrito de esos deportivos, inglés, ella que aun no había podido acomodarse bien, metiendo sus trescientas libras en el asiento en que no cabía uno de sus muslos solo, me dijo, dejando el paquete en el medio, Son unos zapatos que me regalaron, y la miré y me di cuenta de que era pobre como c y que debía de estarse comiendo un cable más largo que el cable del cable trasatlántico, y arrancamos. Ella vivía con un matrimonio de actores, quiero decir con un actor que se llamaba Alex Bayer. El tipo este no se llamaba así realmente, sino Alberto Pérez o Juan García o cosa así, pero él se puso eso de Alex Bayer, porque Alex es un nombre que esta gente siempre usa y el Bayer lo sacó de la Casa Bayer, esa que fabrica calmantes, el caso es que a este tipo no le decían, alguna la gente, la gente de la cafetería Radiocentro, por ejemplo, sus amigos no le decían Alex Bayer de la manera que él pronunciaba A-leks Bay-er cuando terminaba un programa, sino que le decían, le dicen todavía, le decían Alex Aspirina, Alex OK, Alex Mejoral y cosas por el estilo, y todo el mundo sabía que es m, de manera que vivía con un médico, en su casa como un matrimonio reconocido y salían a todas partes juntos, iban al teatro juntos, iban al cine juntos, iban a la playa juntos, a toditas las partes junticos, y allí en su casa ella, La Estrella, vivía en su casa, era su cocinera, su criada y les hacía la comidita y les tendía la camita y les preparaba el bañito, etcétera, y si ella cantaba era por gusto, por el puro placer de cantar, y ella cantaba porque le daba la gana, por el gusto de hacerlo en Las Vegas y en el Bar Celeste o en el Café Ñico o por cualquiera de los cafés o los bares o los clubes que hay alrededor de La Rampa. De manera que yo la llevaba a ella en mi carro, yo muy orondo en la mañana por las mismas razones pero al revés que otras gentes se hubieran sentido muy apenadas o muy molestas o simplemente incómodas de llevar aquella negra enorme allí en el carrito, exhibiéndola en la mañana con toda la gente a tu alrededor, con todo el mundo yendo al trabajo, trabajando, caminando, cogiendo las guaguas, llenando las calles, inundándolo todo: las avenidas, las calzadas, las calles, los callejones, abejeando por entre los edificios como zunzunes constantes, así. Yo la llevaba hasta la casa de ellos, donde ella trabajaba, ella, La Estrella, que era allí la cocinera, la criada, la sirvienta de este matrimonio particulár. Llegamos.

Era en una calle apartada del Vedado, con la gente descansando todavía, durmiendo todavía, soñando todavía y roncando, y todavía estaba apagando el motor, dejando una velocidad puesta, sacando un pie del cloche, mirando las agujas nerviosas cómo regresaban al punto muerto de descanso, viendo el reflejo de mi cara gastada, en los cristales de los relojes prematuramente envejecida, vencida por la noche cuando sentí su mano sobre mi muslo: ella puso sus cinco chorizos sobre mi muslo, casi sus cinco salamis que adornan un jamón sobre mi muslo, su mano sobre mi muslo y vi que me cubría todo el muslo y pensé, La bella y la bestia, y pensando en la bella y la bestia me sonreí y fue entonces que ella me dijo, Sube, que estoy sola, me dijo, Alex y su médico de cabecera, me dijo y se rió con su risa que parecía capaz de sacar del sueño, de las pesadillas o de la muerte o de lo que fuese a todo el vecindario, me dijo, no están: se fueron a la playa, de wikén, sube que vamos a estar solos, me dijo. No vi nada en eso, no vi ninguna alusión a nada, nada sexual, nada de nada, pero le dije igualmente, No, tengo que irme, le dije, Tengo que trabajar, tengo que dormir, y ella no dijo nada, nada más que dijo, Está bien, y se bajó del carro, mejor dicho, inició la operación de salir del carro y media hora más tarde, saliendo yo de un pestañazo, oí que me dijo, ya en la acera, poniendo el otro pie en la acera, al agacharse amenazadoramente sobre el carrito a recoger su paquete con zapatos, se le cayó uno de los zapatos y no eran zapatos de mujer, sino unos zapatos de hombre, unos zapatos viejos de muchacho, al recogerlos de nuevo me dijo, Tú sabes, yo tengo un hijo, no como una excusa, ni como una explicación, sino como información simplemente, me dijo, Tú sabes. Es bobo, tú sabes, pero lo quiero más, me dijo y se fue.



DE SOBREMESA

AMBROSIO FORNET

Capítulo de la novela "El Inválido", en preparación

Resultaba chocante ver que la vajilla de diario y el mantel de hule habían sido escondidos como algo vergonzoso. Herminia colocó la dulcera sobre la mesa y su madre dijo:

—Si no te lo comes todo, no hay postre —Y se volvió hacia la señora Amalia, con un guiño—: Le encantan los cascos de guayaba.

El señor Bernal tenía una uña casi negra en la mano derecha; los ojos tropezaban con ella, pero a él no parecía importarle. Durante todo el almuerzo habló hasta por los codos; en una de esas se le hincharon de pronto los carrillos, se dobló sobre la mesa y un cuesco de aceituna cayó al borde del plato haciendo **tiin-pac**.

—¿Se te fue por el camino viejo? —rió su padre.

Pero enseguida comprendió que la cosa era seria: el señor Bernal, con la cara encendida y los ojos aguados, parecía estar soplando un trombón. Su padre le manoteó la espalda y le ofreció un vaso de cerveza que el señor Bernal rehusó cabeceando: las arqueadas le impedían beber. Al cabo de interminables pujos y carraspeos, exhaló un silbidito.

—¡Por poco me ahogo!

Al principio, la señora Amalia parecía sentirse incómoda: mascaba con demasiada naturalidad. Pero cuando atacó el pollo lo hizo a mano limpia.

—Ustedes perdonen —dijo—. Si no es así, no se le coge el gusto.

—Muy bien dicho, Amalia —asintió su padre—. Al pollo, sin etiquetas.

El señor Bernal mencionó a un amigo, pero su esposa lo interrumpió.

—Por favor, Enrique: no se hable en la mesa de política.

—¿Han visto —dijo su madre— qué llovíznita esta?

El señor Bernal, que estaba trinchando una pechuga, paseó una mirada boba alrededor de la mesa, la detuvo en él y le apuntó con el tenedor.

—¿Y Gabrielito? ¿Eh? ¿Y Gabrielito?

El sintió que se crispaba, pero sonrió, mordió un trozo de yuca y no dijo nada.

—Trabajo le cuesta masticar —comentó su padre.

Su madre se volvió hacia la señora Amalia.

—El pepino no le gusta; la berenjena no le gusta; el aguacate no le gusta... ¡Es caprichoso...!

Su padre lo miró fijamente durante unos segundos, se encogió de hombros, chistó un ¡Juh! —que le dolió como una punzada en el pecho— y tras una pausa:

—Me gusta ver comer con apetito —gruñó.

Ya no le cupo duda: en aquel momento, su padre lo despreciaba.

El señor Bernal se enjuagó la boca con un buche de cerveza y resopló.

—Lo mismo digo. Ver comer bien, da ganas de comer.

—¡Ay, Dios mío! Gabrielito, ¿tomaste la pastilla?

Le respondió con un gruñido: **no me hables, voy resbalando tan suave, tan suavemente, que...** Pero en realidad no estaba dormido, sino flotando en una corriente tibia. La dicha debía de ser algo así: sentirse flotar a la deriva en una corriente tibia... Herminia se acercaba a la ventana. Apretó los párpados y oyó a su madre decir que una hora de siesta equivalía a cinco de sueño nocturno. La señora Amalia dijo que una amiga suya había engordado veinte libras con un tratamiento a base de insulina. De así que era —mostró el dedo meñique—, se puso tan hermosona que casi en seguida la pidieron y se casó. Su madre contó de una recién casada que había engordado tanto que los vestidos de soltera le quedaban estrechos y daba pena verla. La señora Amalia, lo ocurrido a un pariente que no había guardado nunca un solo día de cama: había muerto de un infarto cardíaco presenciando una pelea de gallos.

—Fue un golpe terrible —afirmó.

Ella misma se sofocaba un poco cuando subía escaleras; uno de sus sobrinitos era asmático de nacimiento. Su madre dejó escapar un gritico y preguntó si los ataques le daban de noche solamente. La señora Amalia creía que sí. Quiso saber si era alérgico al polvo. La señora Amalia creía que sí, la miró recelosa y añadió que en todo caso lo habían visto los mejores especialistas de La Habana y estaba bajo tratamiento. Pero su madre ya no la escuchaba; había llamado a Herminia —"¡Hombre! ¿Se habrá muerto?", saltó la voz de su padre—, que en aquel momento pasaba junto al catre sosteniendo una bandeja que extendió primero a la señora Amalia, luego al señor Bernal y a su padre por último. Este apuró el café en dos sorbos y encendió su breva con tal impaciencia que ni siquiera le ofreció fuego a su huésped.

—No, nunca —le decía su madre a la señora Amalia—. Desde que dejé el café, adiós palpitaciones. Ven acá, Herminia, ¿recuerdas a aquel niño asmático que...?

Herminia lo recordaba. Se ponía lívido, pasaba las noches en vela, el pecho le sona-

ba como un pito; a veces enloquecía y había que sujetarlo de pies y manos. Los tratamientos más modernos no dieron resultado; en vano le dieron a tomar cocimientos de caujani y de yagruma. Hasta que vino una vecina que dijo que ella lo curaba o se quitaba el nombre. Los padres del pobrecito le dijeron que lo ponían en sus manos y a Dios se lo encomendaban. Era sencillo: se cogía un moco de guanajo y se soleaba durante un par de horas; luego se asaba a fuego lento en una teja; cuando estuviera bien asado, se machacaba y diluíase el polvo en una tisana caliente que debía tomar el enfermo media hora antes de acostarse.

—Remedio santo, concluyó Herminia, haciendo la señal de la cruz.

Esa radical curación resultó, a lo que parecía, tan extraordinaria para la señora Amalia, que abría mucho los ojos y permanecía con la boca entreabierta. Su madre trató de restarle importancia.

—¡La ciencia ignora tantas cosas todavía!

La señora Amalia carraspeó y, sonriendo con los labios apretados, dijo:

—Aaah, sí.

—Anotaré la re... la re... —Su madre abrió la boca, echó hacia atrás la cabeza y estornudó—.

—¡Jesús te ampare!

—...la receta para que te la lleves. Gracias. Perdona, estoy un poco...

Fue entonces cuando se llevó la mano a la frente y exclamó: "¡Ay, Dios mío! Gabrielito, ¿tomaste la pastilla?"

Herminia cerraba la ventana y se volvía a mirarlo. Si le notaba el temblor de los párpados, le haría cosquillas para demostrarle que a ella no la engañaba; pero pasó de largo, arrastrando sus piernas varicosas. Entonces se abandonó a la corriente y a medida que las voces se apagaban empezó a sentir detrás de un recodo, en un parquecito con setos de marpacífico, a Tim McCoy y e olor a maní tostado de una matinée. Herminia y él están clavados en la luneta y miran, impotentes, cómo los caballos se desbocan y arrastran la diligencia hacia el abismo. De pronto, una musiquita recorre el árido paisaje; ellos gritan y aplauden: Tim McCoy ha visto la polvareda y sin pensarlo más espolea su caballo e impide el despeñamiento cuando ya los delanteros de la cuadriga se encabritan bufando ante el precipicio. Herminia aparecía también junto a cocimientos de llantén y santiguaderas con manojos de albahaca; junto a la lámpara de flecos morados, el baúl de los disfraces y la vitrina coja. ¡Qué blanda sensación, conocer el sitio de las cosas y amarlas! Algunas eran como gatos: vivían con uno y eran siempre extrañas; otras se entregaban en un momento inesperado, como la nieve, aquella tarde en que se aburría en la antesala del hotel, hojeando revistas y prospectos turísticos. Sus padres no regresarían hasta la medianoche. Había nevado y ni siquiera se asomaba a la calle. ¿Iba a comer con los demás excursionistas, que se creían con derechos sobre él? ¿O tendría valor para salir? El espejo de su habitación se lo infundió, al devolverle aquella imagen con sobretodo, bufanda, y un aire resuelto: se quedó contemplándose y pensó que indudablemente tenía un rostro varonil. En la calle lo fueron empujando a la boca de un Metro. La nieve —como el día en que creyó haberla visto por primera vez—, se había derretido y empantanaba las aceras. En un pretil se conservaba un montoncito que iba goteando lentamente. El día en que creyó verla por primera vez, su madre lo había hecho saltar de la cama y correr hacia la ventana que daba a la calle. Era cierto: nevaba. La ventisca azotaba el cristal de la ventana y los copos se deshacían en un polvillo blanco. Frotó el cristal y vió un tejado cubierto. Como si el invierno fuera el tiempo de la desplumadura de los ángeles... ¡De modo que así era la nieve! Tenían razón: era digna de verse. Y, no obstante, algo desagradable le ocurría. Quizá fue por culpa del vaho que despedían los radiadores, quizás por haber deseado tanto verla... Lo cierto fue que al imaginar lo de los ángeles, se dio cuenta: tendría que esforzarse por aparentar entusiasmo ante sus padres, que aguardaban con impaciencia... Y al fingir el primer arrebato de admiración experimentó un desgarramiento, como ante el cadáver del abuelo cuando se percató de estar llorando ajeno por completo al dolor. Salió en una estación húmeda y sombría y subió a la calle. Le pareció que la atmósfera, a pesar de la niebla que flotaba en torno a los faroles, tenía algo luminoso y cálido. A lo largo de la acera la gente chocaba entre sí, murmurando una excusa sin volver la cabeza. Más allá había una marquesina bordeada de luces que se perseguían en una carrera sin fin, fotografías de mujeres en taparrabos y de actrices de perfil simétrico. Un portero acudía a abrir la puerta y hacía una reverencia al paso de los parroquianos: vestía un hermoso uniforme de entorchados grises. Y un poco más allá, al cruzar una calle, la descubrió. En aquella plazoleta la veía realmente por primera vez. Unos árboles desgajados la cercaban; al fondo, hileras de ventanas cuya luz amarillecía en contraste con la blancura de la plazoleta. De una taberna salió un hombrecillo que pasó junto a él sin dejar de hablar consigo mismo. En la esquina opuesta una viejita, embozada en un chal, exprimía de su acordeón las notas de una canción que él conocía: afirmaba que caían aguaceros de violetas... Una recóndita sensación de bienestar lo dominaba. El mundo era blanco, sinfónico y se había detenido en el punto preciso en que todo, todo, era posible: que llovieran violetas, que nevaran plumas de ángeles, que él llegara a ser un hombre como su padre, que el abuelo saliera de su tumba y le perdonara haberlo odiado tanto...

En la plazoleta retumbó una voz que sonó en su cráneo como un martillazo: su padre había pegado un puñetazo en el brazo del sillón y se inclinaba hacia adelante. La señora Amalia lo miraba sorprendida; su madre se había llevado un dedo a los labios.

—¡Psch...! ¡Baja el diapasón! Las paredes tienen oídos.

El señor Bernal se encogía de hombros y arqueaba las cejas.

—¡Pero con una sola provincia no hacemos nada! —arguyó.

Del sillón se elevaba un humo gris que iba haciéndose más azul, más gris, más azul, hasta desvanecerse. La mano de su padre erró el cenicero y un montoncito de ceniza cayó al suelo sin que su padre aparentemente lo advirtiera. Dijo algo inaudible —hablaba sin quitarse el tabaco de la boca—, y el señor Bernal descruzó las piernas y sacó el pecho.

—Desde el punto de vista militar...

Sobre el respaldo del sillón la humareda se hacía cada vez más espesa. Su madre simulaba quitarse hilachas de la falda y lanzaba vistazos en dirección a la puerta. El señor Bernal seguía su perorata, mientras la uña negra cruzaba frente a él como una mosca.

—...así que seamos realistas —concluyó.

—¿No se te olvida nada?

—Bueno, esa es la situación de conjunto; los detalles...

—Precisamente —le interrumpió su padre, recalcando la palabra—: ¡los detalles!

Las señoras cambiaron una mirada mientras su padre extendía la mano sobre el cenicero; los golpecitos que seguía dando en el tabaco con el dedo, cuando ya la ceniza había caído, denotaban una moral de victoria. A excepción de éste todo gesto quedó, por un instante, reducido a la inmovilidad de una vieja fotografía familiar. Era un silencio tan hondo que él ya empezaba a ver al acróbata disponiéndose a dar el salto mortal, cuando el señor Bernal agitó en el aire la uña negra y exclamó:

—A ver, a ver, ¿qué detalles son ésos?

—Por lo pronto —repuso su padre, ahuecando la voz— éste: guerra de guerrillas—. Y chasqueó la lengua, como diciendo: responde a eso, si puedes.

Ahora el señor Bernal, con la cabeza ladeada y los brazos abiertos, parecía un crucificado.

—¡Pero, bueno, Gabriel! ¿Tú crees que estamos en Birmania? Un ejército moderno...

La señora Amalia cruzó a su madre con una mirada feroz, pero su madre obserbaba el efecto decorativo de los cajigales que había en el florero; luego suspiró y quedó como embelesada.

—...en menos de lo que canta un gallo! —concluyó el señor Bernal.

—En otras palabras: que nos dejan solos. Como en el 68. Como en el 95. Ahora, ¿qué quieren ustedes que hagamos? ¿Otra invasión?

—¡Estos orientales! —exclamó el señor Bernal, cabeceando—. ¿Otra invasión? ¡Esos tiempos se acabaron!

—Pues entonces —gritó su padre— ¡más valdría que nos partiera un rayo! —Y al cabo de una pausa, comentó gravemente—: Así descansaríamos, por lo menos...

Su madre parpadeó y persignándose:

—¡Dios nos ampare! —dijo. Y aprovechó para secretear al oído de la señora Amalia, que fue abriendo la boca con un ronquido.

—¡Ave María Purísima! ¡Qué horror! Mira, mira como me pongo... —y extendió un brazo para mostrar cómo se erizaba, añadiendo—: Si hay un Dios en el cielo... —y algo más que no alcanzó a oír porque su madre había estirado el cuello en dirección a él y parecía observarlo.

Permaneció inmóvil, con los ojos entornados. Los flecos de la lámpara adquirían así un tinte lila y, como en la visión de un miope, parecían unidos. Había creído siempre que sin espejuelos los miopes sólo verían manchas. Por el contrario, de noche las farolas les parecían ojos de moscas iluminados y las luces de colores flotaban como globos ante sus ojos. "¿Como cuando se aplasta un tubito de pintura?" No, no. "Es distinto" —pudo haberle respondido. Y no hubiera importado: era distinto. Aquellos globos suspendidos en el vacío —Alberto le había propuesto que pensara en las calles mojadas por la lluvia— como la letra entre triángulos y svásticas, pertenecían a un mundo al que tampoco tenía acceso él, a uno de esos mundos a los que nunca tendría acceso él.

Los Bernal seguían atentamente el cuchicheo que su madre sólo interrumpía a ratos con un: "Que lo diga Gabriel", y reanudaba sin esperar siquiera el "Así es, así como lo oyen", que constituía la invariable respuesta de su padre. El plácido runrún de la llovizna se había desvanecido. Por las persianas entornadas que enmarcaban a contraluz la cabeza del señor Bernal, envuelta en humo, se filtraba el resplandor de un mediodía imperturbable.



CORTANDO POR LO SANO

EDMUNDO DESNOES

De "No hay problema", la novela que Ediciones R pondrá a la venta el mes próximo, es el presente capítulo. La novela nos muestra muchas cosas, pero sobre todo ésta: hasta qué punto en Cuba sí había problemas. Este capítulo nos muestra algo más todavía: la actitud de un joven que había encontrado una respuesta lúcida para aquella realidad problemática.

La una de la tarde. Sebastián comenzó a buscar —le molestaba pedir información— el horario de los vuelos. Con el sobresalto de la llegada de Nancy el almuerzo le pesaba en el estómago como un saco de arena. Descubrió la pizarra, sacó el cable del bolsillo y vio que el vuelo 305 no llegaba hasta dentro de otra hora.

Se acercó al puesto de revistas y compró Bohemia. Acababa de salir esa mañana. Encontró un banco vacío junto al mostrador de la National Airlines y se sentó en una esquina.

Todos los aeropuertos eran iguales. Sebastián sentía que el más ligero cambio en la presión lo arrancaría del suelo. Aunque él no se iba, todas las sensaciones de sus viajes anteriores rondaban su pensamiento. Hojeaba la revista y el olor de la tinta le subía a la cara.

El espía que burló al ejército de los EE.UU., Los enemigos, La extraña vida ciega de las cavernas cubanas, Hace ciento veinte años que Colt inventó el revólver, El tarzán de la Costa Azul, El detector de mentiras quiso sentarme en la silla eléctrica, el contrabando de carne humana, Conquistando el interior del corazón...

Sebastián se detuvo a mirar las fotos de la operación. Aquel pecho de niña abierto por el bisturí le angustiaba pero siguió mirando.

Los gritos de un billetero interrumpieron a Sebastián. Los números que pregonaba terminaban con la centena de los vuelos que salían esa tarde. Dos mujeres de mediana edad, con sombreros, llamaron al billetero.

Sebastián trató de reconstruir a Nancy. No podía recordar sus facciones, pero estaba seguro de que la reconocería enseguida que pisara tierra. La imagen era borrosa —sus ojos apenas se distinguían cuando reía. Recordó detalles inútiles para identificarla. Detalles como el vello rubio de sus brazos y los gestos de la cabeza.

La farándula pasa, Desfile: varias páginas de Bohemia estaban dedicadas a destacar el cuerpo de actrices y modelos. Miró a la vedette impresa con tinta verde en el papel poroso. Tenía una mano en la cadera y la mejilla apoyada sobre un dedo de la otra mano. "Es una bella modelo de nuestra televisión —¿quién lo discute?— la que presentamos hoy. Su nombre:" Los muslos eran inmensos, seguro que pasaba la mayoría del tiempo sentada. Tenía las pantorrillas delgadas y los hombros estrechos. La sensualidad era todo. Atractivas pero atrofiadas por el sexo. La mirada de la vedette trigueña era la misma mirada de Norma.

Nancy tenía las piernas largas —sus músculos tersos temblaban debajo de una piel bronceada. Llegaría envuelta en olores sintéticos, extraños... estaba harto de todo lo que le rodeaba. El altavoz anunció la salida de un vuelo.

Los pasajeros se demoraron abrochánpuerta de salida. Sebastián alzó la vista y encontró a las mujeres ridículas. No estaba acostumbrado a ver en La Habana mujeres con sombreros. Además, la cabeza era algo noble y siempre debía ir descubierta.

Comenzó a leer la revista.

El altavoz anunció la llegada del vuelo 305. El corazón aceleró súbitamente sus latidos y Sebastián esperó unos minutos antes de ponerse de pie.

PLEASE FASTEN YOUR SEATBELTS
FAVOR ABROCHARSE EL CINTURON
NO SMOKING NO FUMAR

Los pasajeros se demoraban abrochándose los cinturones de seguridad. Imperceptiblemente la excitación del arribo les oprimió el pecho. Algunos reaccionaron hablando animadamente, los demás parecían perdidos en sus pensamientos. Francisco Rueda apagó el cigarrillo. Su padre se revolvería en la tumba si supiera que estaba fumando cigarrillos en lugar de tabacos. Sólo que Francisco estaba seguro: nunca volvería a ver a su padre porque los muertos estaban muertos para siempre. Este pensamiento lo entristeció y al mismo tiempo le dio fuerzas. Su padre estaba definitivamente muerto; había que vivir hacia adelante. Miró al otro lado del pasillo y una mujer vestida de negro le sonrió. Su esposo había muerto en Filadelfia y regresaba sola a Cuba. Le había contado su historia a Francisco: ella y su esposo habían trabajado en el Norte como esclavos y ahora que tenían un dinerito ahorrado él se había muerto de un ataque al corazón.

En el aeropuerto de Miami le advirtieron a Francisco que el Servicio de Inteligencia Militar le revisaría las maletas tan pronto como pisara el aeropuerto de Rancho Boyeros. Era demasiado tarde para cambiar los planes. No podía quedarse. Llevaba un mensaje personal de Fidel Castro para los líderes de la resistencia en La Habana. Francisco sonrió y sus ojos negros de canario se encendieron. Si la viuda supiera lo que llevaba en la maleta de lona se reuniría con su esposo...

Antes de pesar el equipaje la viuda notó que Francisco cargaba una sola maleta. "Mi hijo", lo llamó para explicarle que tenía exceso de equipaje. No quería darle todo ese dinero a la compañía de aviación. Francisco aprovechó la oportunidad para entregarle su maletín a cambio de dos maletas donde la señora admitió cargaba la plancha y otros objetos pesados. Dentro del forro del maletín, cosido con puntadas gordas, estaba la carta de Fidel y otros papeles comprometedores. Francisco estaba sorprendido de que la viuda quisiera ahorrar

dinero si su esposo ya estaba muerto. Bueno, por lo menos su avaricia ayudaba al Veintiséis.

Francisco sintió que las entrañas se le encogían cuando vio la llanura moteada de palmas reales. Quizás nadie lo esperaba en el aeropuerto. Miró la pista de aterrizaje. Una falsa alarma. Todo pudo haber sido una falsa alarma. Francisco se esforzó por controlar el miedo. A su lado iba sentada una norteamericana alta. Los yanquis eran los únicos que estaban seguros en Cuba. Francisco maldijo a Batista por haber puesto el país a los pies de los norteamericanos para mantenerse en el poder. ¿Cómo podían pensar que Batista era bueno para Cuba? ¿Cómo podían creer en la democracia y ayudar a Batista? Su indignación contra los que vendían y compraban la Isla lo distrajo y su temor cedió: llegando de Miami nadie sospecharía que era un emisario de Fidel. Tenía una carta del banco para probar que regresaba de pasar en Miami sus vacaciones. A pesar de haber renunciado se la dieron. El padre de Sebastián era noble... los canallas estaban en los rascacielos de Nueva York. Ahora se levantaría y se acostaría con la revolución. Algún día los bancos serían cubanos.

Nancy miró a Francisco varias veces, por impaciencia más que por interés. Francisco permaneció callado y ella no intentó iniciar una conversación por temor a que le recomendara un médico para abortos como le ocurrió en su viaje anterior.

Sebastián se parecía a muchos jóvenes de su barrio y sin embargo vivía en otro mundo. ¿Y si era un depravado sexual? Estoy pensando como la hija de un burgués, se recriminó. No pasaría nada. De ahora en adelante ella recogería piedras preciosas en un estuche de terciopelo. No volvería a entregarse a ningún hombre. Era lo único que la vida podía ofrecer: momentos preciosos. En una ciudad donde todo el mundo brincaba y saltaba gritando en un idioma extraño un hombre acababa de invitarla a pasarse unos días en su casa. Sentía curiosidad y miedo.

Su hermana se casó con Andrew pero primero ella había sido su amante. Su hermana era dos años más joven. Era mucho más atractiva que Nancy. Para demostrarlo le había robado un hombre. Nancy se acostó con Andrew el día antes del matrimonio con su hermana. El insistió en una despedida y ella accedió. No sacaba en claro si lo había hecho por un deseo o por traicionar a su hermana.

Cuando el avión tocó la pista y saltó como un torpe animal prehistórico, Francisco cerró los ojos. No hablaría aunque lo torturasen, aunque le sacaran los ojos.

Francisco sonrió y dejó a Nancy salir primero al pasillo. Quería estar lo más lejos posible de la viuda con su maletín cuando pasaran por los inspectores de la aduana. Notó que Nancy le llevaba casi una cabeza. "Una yegua de carrera", murmuró en español. Las mujeres norteamericanas se acostaban con cualquiera. Francisco recordó, sin embargo, que nunca se había acostado con ninguna durante los meses que vivió en Nueva York.

Los ciudadanos cubanos pasaron primero por Inmigración y Francisco exhaló cuando el inspector de aduana le pegó el sello al maletín.

Por unos minutos el maletín fue lo único que había en el mundo. Afuera, la viuda se lo devolvió y tomó sus dos pesadas maletas.

—Dios te lo pague, mi hijito. Tú no sabes el favor que le has hecho a esta pobre vieja.

Francisco reconoció a Sebastián y se acercó para saludarlo. Se sentía eufórico:

—¿Cómo está el periodista internacional? ¿Venía alguien importante conmigo en el avión?

—No, espero a una amiga. Hasta hace unos días no me enteré de que estabas en el Norte. —Sebastián cambió el tema para no tener que hablarle de Nancy—. Le pregunté a mi padre, él se piensa retirar ahora, y me dijo que tú también dejabas el banco...

—Sí, fui a Miami para visitar al Coloso del Norte —Francisco interrumpió a Sebastián antes de que le preguntase sobre su nuevo trabajo—. Me alegro de estar de vuelta. No comprendo a los gringos; el pobre Martí debe haberla pasado más mal que el diablo en Nueva York. Imagínate vivir todos esos años por allá. ¿Cuántos fueron?

—Más de diez... Yo tampoco los comprendo y eso que mi madre es americana. Para empezar, muy poca gente sabe lo que significa ser cubano.

—Eso es verdad, sabemos que somos cubanos pero no hacemos nada por ayudar a nuestro país. Siempre pensamos que todo lo que hacen los extranjeros es mejor.. Las mujeres americanas lucen muy bien en el cine pero por la calle son unas flacas infumables.

—¿Dónde vas a trabajar ahora?

—Te tengo que contar muchas cosas... otro día te las cuento. ¿Cuándo puedo verte? Tengo algunas cosas muy interesantes que explicarte.

—Cuando quieras. Si te puedo ayudar en algo...

—Dame tu teléfono, perdí mi libreta de direcciones —Francisco anotó el teléfono substituyendo cada número por otro en código—. A lo mejor podemos reunirnos la semana que viene.

Francisco estaba otra vez intranquilo. El entusiasmo por haber burlado a las autoridades había pasado y temía que descubrieran lo que llevaba en el maletín. Decidió que lo mejor era abandonar el aeropuerto lo antes posible. Podían arrestarlo todavía. Cada rostro le parecía el rostro de un agente secreto.

El maletín cayó sobre el cubrecama blanco con flores desteñidas. El hermano de Francisco se viró en su cama al otro extremo del cuarto. Los zapatos estaban en el suelo y la camisa colgaba del respaldar de la silla. Al voltearse en la cama Regino aplastó una revista doblada. Se alzó en la cama apoyándose sobre los pies y los codos. Extrajo la revista y la puso sobre la silla.

—La buena vida, ¡eh! —exclamó Francisco—. Trabajas en el ministerio hasta la una y luego te pasas la tarde leyendo novelitas de relajo.

—El que puede, puede —contestó Regino todavía embotado por el sueño—. Además, no era una novelita de relajo, estaba leyendo Bohemia.

—Quita esa maleta de la cama inmediatamente, Francisco —gritó la madre desde la puerta—. No ves que está llena de microbios.

—Acabo de llegar y ya empiezas a protestar —dijo Francisco levantando la maleta y poniéndola con cuidado al pie de la cama.

—Mira cómo has puesto la sobrecama; tú no te das cuenta, pero tu madre es la que tiene que lavar toda la ropa sucia en esta casa.

—Lo siento, vieja, de verdad que lo hice sin darme cuenta, es que estoy cansado del viaje. ¿Por qué no pones a Sonia a lavar en lugar de criarla como si fuera la hija de un banquero?

—No te metas en las cosas de tu hermana, eso es asunto mío. Si yo quiero que ella no trabaje, ella no tiene que trabajar. Tu hermana es una señorita y yo no quiero que se le echen a perder las manos. Yo ya soy vieja y eso no importa.

—¿Tú sabes lo que estaba haciendo Sonia hace unos minutos? —dijo Regino mirando a Francisco desde la cama—. Estaba paseándose y haciendo una serie de monadas delante del espejo, como si fuera una actriz de televisión o algo por el estilo. Dice que ella va a ser una bailarina como Sonia Calero.

—No te metas en las cosas de tu hermana. Déjala tranquila.

La madre caminó hasta la cama de Francisco y sacudió el cubrecama con la mano abierta. Inclinada sobre la cama el vestido azul estampado se alzó por detrás hasta los muslos. Francisco se acercó para ayudarla y le vio las várices moradas.

Regino tropezó con el sillón de la sala en que se mecía el tío Ricardo. La televisión estaba apagada pero Ricardo miraba con fijeza el elefante gris de porcelana con las orejas ribeteadas de oro. Sonia lo había colocado con el rabo hacia la puerta: "Así trae buena suerte".

—¡Concho! —gritó Regino y sentándose junto a la televisión se agarró el pie desnudo con ambas manos.

—¿Te diste muy duro? —preguntó el tío meciéndose ahora más despacio.

—Claro que me dí duro, ¿no lo ves? —dijo Regino buscándose la sangre en el rasguño—. Te pasas el día mécete que mécete en medio de la sala. Ya le has cogido el rabo al gato como veinte veces.

—Si no me mezo me aburro —dijo el tío Ricardo echándose fresco con el abanico de la farmacia que tenía una fotografía en colores de dos cachorros con la lengua afuera, las orejas caídas y los ojos húmedos.

—Me alegro, me alegro —Sonia salió de su habitación gritando—. Eso te pasa por criticarme tanto. Dios te castigó.

—El que te va a castigar soy yo —dijo Regino levantándose y caminando hacia el baño.

Regino regresó a la habitación que compartía con su hermano. La madre estaba sentada en la cama hablando con Francisco.

—¿Qué comías allá en el Norte? Allá sí que no tenías quién te cocinara...

—Yo comía cualquier cosa, vieja. Hay un restaurante cubano, pero es muy caro. Comí allí un día, pero casi siempre comía por la calle un par de perros calientes o una hamburguesa de ésas con pan.

—Esta noche te voy a preparar un buen bisté de hígado con mucha cebollita picada como a ti te gusta. También tengo arroz con frijoles colorados.

Regino cogió el maletín de Francisco y se lo llevó hasta su cama.

—Vamos a ver lo que trajiste aquí que yo pueda cogerme. ¿No te has comprado ninguna camisa de esas que venden en el Norte con bastantes colorines?

—Deja la maleta esa que lo único que me compré fue un par de zapatos que me hacían falta y un abridor de latas automático para la vieja.

De un solo movimiento Regino abrió el zipper y Francisco se puso de pie:

—Deja la maleta ésa... no ves que ahí no hay nada para ti. No tuve tiempo de comprarle nada a nadie... —no debí haber dicho eso, pensó Francisco temiendo que descubrieran sus actividades revolucionarias—. Además, todo el dinero que tenía me lo gasté en el viaje.

—Míralo que nervioso está. Seguro que te compraste un traje o algo.

—Vamos, está bueno ya, ya —dijo Francisco arrebatando el maletín abierto a su hermano—. No me registres más las cosas que no me gusta. Yo nunca me meto a buscar nada en tu lado del escaparate... No me importa tanto que me cojas las cosas como que no me las pidas primero. Pídemelas primero.

—Yo creo que tú no fuiste a Miami de vacaciones. Vieja, yo creo que Francisco anda metido a revolucionario. Seguro que trae ahí propaganda subversiva o algo. Míralo qué colorado está.

—Eso mismo —exclamó Francisco para neutralizar a su hermano tirándolo a relajo—. Tú no sabes lo que traigo aquí. Traigo fósforo vivo para un sabotaje muy importante.

—Mi hijo, no te metas en esas cosas —dijo la madre buscando con los ojos una respuesta en la cara de Francisco.

—Estoy jugando, mamá.

—Mentira, no está jugando nada —repitió Regino—. No está jugando nada. Seguro que lleva ahí en la maleta documentos revolucionarios. ¿No viste cómo se puso?

—Dime la verdad, mi hijo.

Francisco miró a su madre y después a su hermano. Regino quería y odiaba a su hermano y ahora deseaba herirlo.

—No me mires así, no —dijo Regino—; tú no ves que yo soy tu hermano. Si se enteran me botan del ministerio. Yo no estoy con Batista, pero tampoco estoy en contra de Batista.

—Ya está bueno de hacerse el chivo loco —dijo Francisco bajando la voz—. Yo estoy con Fidel Castro, yo creo que aquí hay que cortar por lo sano.

—Pero, Francisco, tú no te das cuenta de las cosas —dijo asustada la madre—. Eres muy joven todavía. Piensa todo lo que quieras, pero no te metas en política. Tu padre también estaba en contra de la politiquería, como él decía, la politiquería.

—Sí, pero nunca hizo nada. Aquí hay que tomar las armas contra Batista.

—No digas barbaridades, mi hijo, tú puedes estar con Fidel Castro sin tener que jugarte la vida —dijo la madre agitando las manos en el aire—. Tu padre nunca se metió en política. Respeta la memoria de tu padre.

—Vas a matar a la vieja —dijo Regino mirando al suelo—. Si no te importa lo que me pueda pasar a mí, por lo menos piensa en tu madre...

—Ustedes hablan tanto porque se sienten culpables. Todos nos sentimos culpables de Batista.

—Yo no me siento culpable de nada —dijo Regino cogiendo la revista de la silla y comenzando a hojearla sin verla.

—Ya yo he pensado bastante... Si alguien le pone un dedo encima a mi madre o a ti que eres mi hermano aunque seas un jutía, entonces sí que van a ver. Entonces sí que no espero ni nada...

Francisco comprendió que había dejado que sus sentimientos se desbordaran:

—No va a pasar nada, no le va a pasar nada a nadie. Nadie me va a coger. Solos no valemos nada. Lo que ustedes tienen que hacer es no hablar de esto.

—Mi hermano, yo estoy contigo —dijo Regino dejando caer la revista en el suelo—. No pienses que yo no me doy cuenta de las cosas. Es verdad lo que tú dices: yo soy un botellero en el ministerio. ¿Qué quieres que haga en el ministerio si eso es una cueva de ladrones? Lo único que yo hago es cobrar mi sueldo. Hay días que me paso la mañana en el café pensando que estoy botando mi tiempo, que no estoy aprendiendo nada y que cualquier día de éstos soy un viejo ya. No creas que soy bobo, Francisco, yo me doy cuenta de las cosas.

—Ustedes lo que tienen que hacer es no buscarse que los metan en la cárcel o los maten —insistió la madre cerrando los ojos—. Ustedes pueden atacar a Batista sin sacar demasiado la cabeza. Nadie se los va a agradecer después. Tu familia es la única que nunca te abandonará, Francisco.

—Déjalos, Irene, déjalos que hagan lo que quieran —dijo el tío entrando en la habitación—. Yo soy viejo pero yo sé que hay cosas más importantes que no morirse, como dicen por ahí, que no morirse. Yo he llegado a viejo, bueno, ¿y qué? Yo quiero mucho a este país, yo nunca he salido de Cuba. En época de Menocal...

—Cállate la boca, viejo chocho. Lo único que faltaba ahora era que tú también te pusieras de parte de Francisco. Vete para la sala. Mira, vete para la sala a mecerte en el sillón y no te metas en lo que no te importa. Son mis hijos y yo no tengo marido y encima de eso no quiero quedarme sin hijos...

El tío Ricardo se quedó parado en medio de la habitación sin decir una palabra. Se acercó a su cuñada y comenzó a echarle fresco con el abanico de cartón.

—Ojalá que los vecinos no hayan oído la discusión —dijo Francisco mirando hacia la sala—. Si hasta tío Ricardo la oyó y eso que es medio sordo, seguro que los vecinos lo oyeron todo.

—Los vecinos no están ahí en la casa —dijo Sonia que había entrado en la habitación y estaba parada junto a la puerta—. Eusebia salió con el niño a la clínica. No sé qué cosa tiene Tatico. Al lado no hay nadie.

—Mira, vieja, mira el abrelatas que te traje, es un tiro —dijo Francisco sacando una caja del maletín—. Esto lo pones en la pared con tornillos y nada más tienes que darle vueltas a esta palanca para abrir cualquier lata.

—Quita, quita —dijo la madre al tío Ricardo y se sentó en la cama con el regalo de Francisco—. Mira que los hijos la hacen a una sufrir, mira que he sufrido por ti. Desde chiquito, desde que naciste no he dejado de preocuparme. Cuando tuviste la tosferina no salí del cuarto casi ni para ir al baño. Estuve a tu lado junto a la cama todo el tiempo.

—Yo lo sé, vieja, yo lo sé. No me lo tienes que decir. Ya yo soy un hombre y tengo...

—Tú eres un niño todavía.

—Un niño medio calvo —dijo Regino mirándole la frente abultada a su hermano.

—No hablemos más de eso, vieja, yo me voy a cuidar. Te lo prometo. Pero no me pidas que no haga lo que yo creo que tengo que hacer.

—Te voy a decir una cosa, si es así, entonces tú no puedes impedir que tu madre también se arriesgue. Yo también puedo ayudar. Yo puedo ayudarte y acompañarte si hay algún peligro. Nadie sospecharía de una vieja como yo.

—No es para tanto —dijo Francisco mordiéndose la boca por dentro para no emocionarse—. No es para tanto. Hablemos de otra cosa.

—¿Y a mí qué me trajiste? —preguntó Sonia bajando la cabeza.

—Tráele un vaso de agua a tu madre y ya veremos si tengo algo para ti —dijo Francisco recogiendo de nuevo el maletín del suelo.

—Cuando vayas a la cocina, Sonia —dijo la madre alisándose las arrugas de la saya—, vacía la palangana de la nevera que ya debe estar botándose. Pasa la frazada un poco si se ha mojado el piso.

Francisco le dio a Sonia una diminuta cámara japonesa que había comprado en un bazar de Miami.

—Qué gracioso, si parece una cámara de verdad —dijo Sonia abriendo el estuche de la cámara—. Parece una cámara de muñecas.

—¿Eso es de verdad o de mentiras? —preguntó Regino.

—Yo no sé, me dijeron que tomaba fotos con este rollito —Francisco le pasó a Regino un paquetico envuelto en papel de aluminio.

—Pero si la cámara es más pequeña que una caja de fósforos —comentó la madre.

—No debí haberla comprado —dijo Francisco—. Es una estupidez, pero no sé por qué me hizo gracia.

—Mañana voy a la playa y me voy a retratar en trusa —dijo Sonia extendiendo la mano para que Regino le pasara los rollos de película.

—Si sigues así vas a acabar metiéndote a mamboleta —dijo Regino—. Y de ahí a querida de algún político barrigón no hay más que un paso...

—No le hables así a tu hermana —dijo la madre—. ¿Dónde tú te has creído que estás?

—Las mujeres siempre son vanidosas, eso no es nada —interrumpió Francisco—. Cuando las cosas cambien en Cuba ella podrá trabajar en un ministerio sin tener que irse de fiesta con el jefe.

—No le hablen así a su hermana, ¿no ven que tiene sólo dieciséis años?

—Eso de que las cosas van a cambiar habrá que verlo. Eso habrá que verlo —dijo Regino.

—Si tienes paciencia lo verás.

—Está bien, no vamos a volver a discutir, tú sabes que yo te llevo. Yo soy un botellero pero tú sabes que puedes contar conmigo. Para algo somos hermano. La vieja y yo estamos contigo para lo que sea.

En esta novela se contraponen dos mundos: el del escepticismo y el de la fe en los valores humanos. Son los propios hombres sin fe los que conspiran contra ellos mismos, lo cual es visto con horror y asco por un modesto joyero —el protagonista de este relato.



LA CONSPIRACION

VIRGILIO PIÑERA

Era mi día libre. Nos levantamos a las diez. Sin embargo, había despertado a mi mujer hacía un buen rato. Tenía unas ganas locas de conversar. Hablé hasta por los codos. De vez en cuando ella bostezaba y se arrebujaba en la frazada. Yo hacía caso omiso de sus mudas protestas, y volvía a la carga. Ella me contestaba por monosílabos. Acabé por enfurecerme, la increpé. Sin razón de mi parte. El único defecto de Julia es ser dormilona. Terminé por pedirle perdón.

—¿Qué mosca te ha picado? —me dijo—. Debes tener problemas. Pareces un orador de barrio.

No volví a despegar los labios. Empecé a afeitarme. Es un buen pretexto para no hablar. A su vez, ella se enfureció. Tiró tazas y platos. Derramó el café, dijo que yo no tenía sentido del humor. Para tranquilizarla le dije que sí, que estaba muy nervioso, que los hermanos Rosenfeld... Se afligió mucho, me pidió perdón. Perdones mutuos, formalidades, todo vuelve a entrar en el orden.

Nos llevamos bien. Bien, dentro de lo posible, ya que tenemos un defecto en común. No sabemos escucharnos. Julia no entiende lo que yo le cuento, me quedo en ayunas con lo que ella me dice. Con todo, vamos tirando, y hasta nos queremos sinceramente. Las cosas marchan. Va para quince años que estamos juntos. Después de todo, no tiene mayor importancia el hecho que no nos entendamos. A despecho de la incomprensibilidad tenemos paciencia para escucharnos. Bien mirado, nuestras charlas son maravillosas: yo le hablo de joyas y ella me cuenta de gallinas. Adora las gallinas. Además, no juega a la canasta, ni sabe que yo la juego. Me estremezco de sólo pensar que podría llegar el día en que engendráramos un hijo en medio de las vicisitudes de un partido de canasta.

Sé que exagero, pero todo se deforma y ennegrece cuando uno tiene la mala suerte de tratar a gente como Ramón. No me gusta ocultar mis emociones a fin de pasar por exquisito. Creo que lo mejor de estas páginas será la ingenuidad que ponga en ellas. Mi origen y mi vida es lo bastante humilde como para poder pasarme de los tiquismiquis del genio. Si no salgo de mi asombro por lo que vi la otra noche en el Club 86, debo probarlo. Más todavía: debo decir que estoy asombrado en grado superlativo. Por supuesto, voy a encontrarme con docenas de avisados, que no se asombrarán de mis asombros. ¿Y qué me importan ellos?

Serían las doce cuando salí de casa. Dejé a Julia en el ómnibus. Se molestó porque me negué a ir de tiendas. Me dijo que prácticamente vivíamos separados. Un año después, era otra mujer; en el momento de separarnos por toda una eternidad su cara reflejaba la más viva satisfacción. Dicho sea de paso: mi mujer, modelo de ama de casa, molde de vulgaridad, ha sido una ardiente partidaria del abandono de la Tierra. Todo esto forma parte de los contrasentidos que nos llevaron a la gran catástrofe. Según la opinión de los conspiradores a la gran solución.

El día se anunciaba fresco. Parece que el calor nos daría una tregua. Decidí caminar unas cuadras. Me gustaba mi ciudad, a pesar de sus millones de habitantes y de sus presiones. Seguí calle abajo. Alguien me había dicho en cierta ocasión que la ciudad sería muy acogedora sin sus habitantes. Ciertamente, hay en este mundo cumbres de tontería. Entré en Gatos: había gran liquidación. Compré unas medias para Julia. Ya la gente se surtía para el invierno. Viendo esta actividad pre-invernal pensé que las cosas seguían un curso normal. Respiré. Este mundo se permite algunas locuras, pero mal que le pese acaba por volver al orden. Me comí un dulce, me tomé un helado, puse un disco y hasta me saqué unas fotos en la retratadora automática. A esto se llama tregua. Pero, ¿había combate? No, no precisamente en esos momentos, pero sí en pocos minutos más. Los pocos que me faltaban para salir de nuevo a la calle y encontrarme con Henry.

Henry es un gordito atildado. De buena familia, pero con una ruina que le sale por todos los poros. Resuella por la herida. Aunque esta ruina es vieja de veinte años, él la sigue llorando. Con todo esto, un snob sin gloria y sin pena... Vive en un modesto departamento en medio de los añicos de la hecatombe financiera de un padre suicida. A ratos nos vemos por asuntos de joyas. Sus contactos con el gran mundo le permiten, de vez en cuando, colocar, aquí un brillante, allá una esmeralda... Adora las piedras pero se encarga de decir que las odia. En suma, un monumento desplomado que sueña en reunir sus fragmentos. En cierta ocasión me dijo que toda esa gente bien, con mucha plata, debería arruinarse de la noche a la mañana. De ahí su idea fija. La mejor noticia que se pueda dar a Henry es decirle que tal millonario se declaró en quiebra. Esta clase de sensaciones lo rejuvenece espiritualmente. Por supuesto, sabe las cosas más inauditas de todos ellos. Me cuenta que Laura Faggioni, que preside la Liga de Acción Católica, es tratante de blancas, y que su hijo Oscar, el sacerdote, es comunista, lo cual, aunque Henry lo cree a pie juntillas (parece que tiene muy buena información al respecto), no le impide tomar el té con la buena de Laura y confesar sus pecados a Oscar.

Henry estaba de buen humor. Había de por medio un problemático viaje. Creo que sólo proyecto de viaje, pero un proyecto de viaje que no es menos excitante que el viaje mismo. Habló del viaje hasta por los codos. De paso me contó que el viejo Toto era el hazmerreír de la gente de sociedad. Se había sabido que este caquéctico de ochenta años era el hijo de la cocinera de una amiga de Laura. Reconozco que era una conversación de comadres, pero, al menos, Henry hablaba, Henry en caliente, al rojo vivo, diciendo tonterías, y hasta miserable pero hablador. Lo invité a darse un trago en Pyramide. Se alegró con la invitación. Es un lugar podrido pero de buen tono. Cuesta un ojo de la cara. Estaba dispuesto que me costara los dos ojos con tal de que Henry me arrullara y consolara con sus chismes. ¡Bendito Henry! El también abandonó la Tierra, pero me consta que lo hizo para no desmentir su raza de snob. Si los snobs estuvieron de acuerdo con la conspiración, a Henry sólo le quedó acatar y resignarse. Digo "resignarse", pues hasta el último momento se lamentó de la horrible soledad en que iba a sumirse.

Pyramide estaba casi desierto. Si abre sus puertas entre doce y una de la tarde es sólo por mantener una costumbre elegante. Se supone que sea la hora de los que pasan su vida sin hacer nada. De noche es otro cantar: una "boite" para la soledad en compañía, para no entenderse, con gritos sobrehumanos, y, sobre todo, con esa falsa comunicación de lo nocturno —lo nocturno con el salón resplandeciendo de luces, doblemente nocturno, metidos hasta el cuello en su negra tinta, dispuestos a la confesión de lo incomunicable.

No, entre doce y una de la tarde Pyramide no es simulador. Es la misma soledad, pero sin afeites, el mismo aturdimiento sin ostentación. Es un salón de condenados a muerte voluntaria.

—¿Te has vuelto loco o te has vuelto rico? —me dijo Henry—. Pyramide es para millonarios. Son muy contadas las ocasiones que tengo de visitarlo. Desde que murió la vieja Mina, habitué de Pyramide, no sé qué gusto tienen los cocktails a esta hora. Has de saber, querido, que a esta hora sólo se debe tomar el cocktail. Aquí, en Pyramide, Mina y yo los hemos tomado durante diez años.

—Pero, al menos Henry, ustedes conversaban de algo.

—Conversábamos hasta por los codos, querido. Ella lo suyo y yo lo mío; ella, más que yo, tenía todo el derecho, el que paga puede más que el que es pagado. La vieja cotorra desembuchaba lo suyo hasta extenuarse, el corazón endurecido parecía salírsele del pecho. De vez en cuando yo hacía mi recitativo poca cosa, pero en fin de cuentas qué más da escuchar o hablar. Oírla, venía a ser como si yo mismo estuviera hablando. De pronto, ese reloj dorado que estás viendo encima de tu cabeza, daba la una. Desbandada general. La vieja me plantaba bonitamente.

—¿Y nunca jugaron canasta, aquí, en Pyramide?

El asombro se reflejó en la redonda cara de Henry. Miró a todos lados como si alguien pudiera escucharnos.

—¿Cómo, cómo, querido? ¿Qué dices? ¿Canasta en Pyramide? ¿Canasta? Pyramide es de buen tono. Mira —y me señaló con un dedo rígido un aviso luminoso: "Pyramide: cocktails solamente". Si la pobre Mina te escuchara, se volvería a morir. ¡Canasta! ¿Qué mosca te ha picado? No, la canasta es estéril, como el crimen. Además, Mina había superado la canasta. Eso queda para el pueblo y sus vulgares pasatiempos.

—¡Cómo! —y a mi vez caí en terribles asombros. Henry, ¿hay gente que no juega a la canasta?

—Bueno, querido, te diré... No hay que exagerar. Todo el mundo sabe jugar a la canasta, pero cierta gente ya *no* la juega.

—¿Qué hacen entonces? Porque no puedo imaginar que se la pasen hablando todo el santo día.

Aquí Henry se dobló de risa. Se tragó el cocktail. Sacó su pañuelo, limpió los lentes, me miró con ojos de piedad.

—A quién se le ocurre, a quién sino a ti, pedazo de joyero, que se pueda hablar todo el día. Sólo se conversa entre doce y una de la tarde. Después, se camina o no se camina, se hace cuanto a uno le salga de adentro, pero no se habla. En cuanto a la canasta, —yo te hablo de mi mundo, no tengo por qué estar enterado de lo que hacen los otros mundos— se jugó hasta el año antepasado.

—Henry, diez mil jugadores en el Club 86...

—Lo sé, lo sé... Pero no te hagas ilusiones, muy pronto van a dejar de jugar canasta. Nos imitarán. Siempre es así: la masa va contra los elegidos con el solo propósito de imitarlos. Pues pasamos diez años sin hablarnos mecidos por la canasta; pero una noche, en casa de Cora, los nuevos tiempos entraron de golpe por la puerta del salón. Hubo que recibirlos. Recuerdo que Cora tiró las cartas sobre la mesa y empezó a encogerse, a replegarse, terminando por echarse las faldas sobre la cabeza. Con las rodillas pegadas en la frente parecía un feto en el vientre materno. Dijo que se sentía cómoda. Entonces se puso de moda el encogimiento. Al día siguiente, Cora volvió a recibir a sus encogidos. Dirás que todo eso es un solemne disparate. Esa gente comenzó a encogerse, su única preocupación era ocupar el menor espacio posible. Es largo de contar, y dicho así no más, aquí en Pyramide, suena a falso. Por otra parte, me faltan palabras para desenredar toda la madeja. La madeja es mucho más larga que las palabras. En fin, algo sórdido, turbio y doloroso. Claro, nos tomó de sorpresa, aunque sospecho que todo eso salió de lo anterior, no logro explicármelo. Hay cosas que terminan por embrollarse tanto que perdemos el hilo. Lo cierto es que Cora se encogió, y con ella hay un ejército de encogidos. Quisiera explicarte en qué consiste este encogimiento, pero ese reloj dará la una, y estaríamos en las mismas. Si el encogimiento es inexplicable, la explicación sobre el encogimiento resulta más inexplicable.

—Perdona —le interrumpí— acabas de decirme que todo eso salió de lo anterior. Lo anterior, ¿es la canasta?

—Sí y no... Porque también hay lo anterior a la canasta, que, por otra parte, ya uno no sabe lo que ha sido. Es por eso que la madeja resulta tan complicada. Pero no tiene mayor importancia. Lo portentoso es que desembocáramos en el encogimiento. Y bien pensado, tenía que ser así. Ya con la canasta las cosas marchaban bastante mal. Mina, que tenía mucho de pájaro agorero, no se cansaba de decir que llegaríamos a males mayores. Porque tienes que saber que Mina odiaba la canasta muda. Fue así que dejaron de invitarla, hablaba todo el tiempo, y se revolvía como leona herida cuando le decían que la canasta era un pretexto para no perder el contacto, que cada cual con sus pensamientos, si es que los tenía todavía... Menos mal que a tiempo se encogió del todo. El último año de su vida fue una prueba terrible. Ya sólo contaba conmigo.

De pronto enmudeció, se puso a mirar el gran reloj dorado. Yo, que estaba atando cabos, iba a hacerle unas cuantas preguntas, pero comprendí que Henry se había puesto melancólico. Le pregunté si tendríamos tiempo para un tercer cocktail.

—Es la una pasada, —me contestó— y ya sabes que después de la una no se habla más. ¿No te gustaría caminar unas cuadras?

Dejamos Pyramide. Para cambiar el tema le dije que me consiguiera un buen cliente para un collar de esmeraldas; que de acuerdo con el precio de ese collar la comisión sería muy jugosa.

—Mira, Henry, una magnífica oportunidad de juntar la plata para tu viaje.

—Dios te oiga, —me contestó con cierta sorna— Dios te oiga. Necesito viajar como los otros... y lanzó una sonora carcajada.

Le pregunté qué países pensaba visitar. Se hizo el loco, me habló de otra cosa. En seguida me preguntó si podía perder una hora más.

—Y dos también —le dije—. Es mi día libre.

—Me gustaría que vieras una piedra antigua, propiedad de Cora. No digo que tenga gran valor en el mercado actual. Tiene más bien un valor histórico. Sabes, es ese tipo de joya que ninguna mujer a la moda colgaría de su cuello o metería en su dedo, pero que vista en una vitrina nos procura un momento placentero. No, no está a la venta, pero a lo mejor desaparece de golpe. Créeme, vale la pena.

La secretaria, mientras nos llevaba hacia el dormitorio de Cora, le dijo a Henry que la señora estaba de muy buen humor. Añadió que el médico acababa de decirle que muy pronto se arreglarían las cosas...

Abrió una puerta, fuimos anunciados. Allí estaba la famosa Cora Lasa, de la que tanto hablaban las crónicas de sociedad, sentada en un sillón en el centro del dormitorio. Parecía un maniquí con sus grandes ojos abiertos, pálida e inmóvil.

—Estoy muy contenta, Henry —dijo mascullando las palabras—. El doctor acaba de decirme que podremos empezar la semana entrante. Quisiera que estos días se hicieran polvo.

—¿Cuál de los viajes te harán hacer, querida Cora? —le preguntó Henry mientras besaba su mano.

—Empezaremos con el viaje de los diez días. Es poca cosa, pero el doctor me ha dicho que muy pronto haremos largos cruceros.

—¿Sabes, Cora, que Edmundo ha sido autorizado por su médico para el viaje de los seis meses?

—¡Oh, Henry, qué maravilla! Sólo un hombre como Edmundo puede hacer tales hazañas. ¡Dios mío, seis meses de respiro, seis meses, Henry, sin pensar, te das cuenta, viaja que te viaja... Dicen que no se ve nada. ¿Estás enterado de algo? ¿Te ha contado Edmundo? Me prometió venir después de su último viaje, pero supe a los pocos días que había embarcado de nuevo. No veo las santas horas de empezar. Dice el doctor que no bien se ha puesto el pie en ese barco, uno deja de ser uno. Porque, mira, Henry, hasta ahora uno tenía que viajar con uno mismo, y es por eso que el viaje resultaba un fracaso. Si habré viajado en mi vida. Nunca pude dejar a Cora Lasa plantada en el muelle. ¡Maldita Cora Lasa! Pero ahora, Henry las cosas han cambiado. Estoy dispuesta a pagar lo que sea con tal que Cora Lasa se quede en tierra.

Se echó a reír como una loca, se desencogió, se dignó echarme una ojeada. Henry me presentó. Me sentía molesto. Esa conversación en clave me sacaba de mis casillas. Decidí pisar terreno más firme. Miré a Henry y le di a entender que me moría por ver la famosa joya. Henry no se dió por enterado. Entonces Cora me dijo:

—Usted debe viajar con frecuencia. Se le nota desencogido del todo. Su cara refleja felicidad. ¿Es que piensa arrebatarle a Edmundo el primer lugar?

—No creo, señora. Edmundo es el rey de los viajeros.

—¡No te lo decía, Henry! —gritó Cora, agitando las manos y estirándose como una gata —Edmundo es el rey de los viajeros.

Llegué al límite de mi paciencia. Hacer el papel de tonto a sabiendas es un juego elegante, pero superfluo. Soy comerciante, me gusta la evidencia. Me tiré a fondo:

—Señora, tendré el placer, si usted lo permite, de volver a esta casa después que se cumpla su primer viaje de diez días. Será apasionante escuchar de sus propios labios el relato de sus aventuras.

Cora se quedó hecha una pieza. Giró sus ojos hacia arriba y hacia abajo. Miró a Henry, me miró estupefacta.

—¿Contar? ¿Relatar? ¿Aventuras? No entiendo, caballero. Henry, ¿entiendes algo? Precisamente, espero no tener nada que contar.

—Bueno —le dije con sorna que pasó inadvertida— quiero decir que usted me contará que no hay nada que contar de ese viaje...

—Si no fuera así ni lo intentaría, —contestó—. Mire, es muy claro: no viajo para ver, sino que viajo para no ver... —Soltó una risotada, se dirigió a Henry— ¿No te parece, querido, una linda leyenda para nuestro escudo?

Henry se deshizo en elogios, multiplicó las alabanzas al ingenio de Cora. De esas alabanzas saldría el dinero de Cora para el viaje de Henry. La tensión había desaparecido. Volví a la carga.

—Comprendo sus ansias de viajar. No se puede vivir encogido todo el tiempo.

—Al principio fue un alivio —dijo entre grandes suspiros—. No jugar canasta y mantenerse encogida me pareció el colmo de la felicidad. Agotados los parties, los amigos, el marido, los hijos, los amantes, los perritos, los chismes. Ya no tenía dónde pararme, estaba reducida a mis propios límites. Por eso lo espero todo del viaje. Primero, el de los diez días; más tarde, el viaje de un mes, el de tres, el de seis... Caballero, tengo la impresión que lograremos el viaje de los doce meses. Podríamos hacerlo juntos. Por supuesto, Henry, tú también. Sabes que te lo he prometido. Viajaremos separados al mismo tiempo que viajemos juntos. Cada uno en su barco...

—O en su avión... —le dije mirando fijamente a sus

ojos—. Si uno paga, puede escoger el medio de transporte.

—¡Oh, Henry! ¿estás oyendo al caballero? Cualquiera diría que nunca ha viajado. Si sólo sabemos que viajamos, pero no sabemos que estamos viajando, mucho menos podremos saber en qué viajamos.

—Bueno, Cora, —dijo Henry, volviendo a besarle la mano— cálmate no te conviene agitarte. No olvides que tienes necesidad de todas tus fuerzas para ese viaje. Si lo permites nos despediremos ahora.

Tengo tanta repugnancia en contar estos hechos como en haberlos vivido. Para un escritor esto sería juego de niños; para mí es una obra de romanos. A los escritores de este siglo las hadas en su cuna otorgaron un don común: horrorizar a sus semejantes, demostrando de paso que sus semejantes eran seres horrorosos. Cumplieron al pie de la letra tan horrible cometido, pero se negaron de plano a comentar el último y supremo horror que ha sido el abandono de la Tierra. ¿Quién los leería? Esta raza ensoberbecida se lavó las manos y también se alejó. Acaso haya sido lo mejor, porque si estos seres, dotados en su cuna con el don del horror se hubieran dispuesto a narrar la génesis, desarrollo y triunfo de la conspiración, sus relatos tendrían el nocivo poder de la seducción. Los nuevos escritores proseguirían horrorizando a sus semejantes. Si alguien llegara a leer estas páginas, (en verdad, ¿quedará alguno, la Tierra volverá a ser lo que ha sido?) en las que se adelanta que quien las ha escrito no es un hombre del oficio sino un iletrado joyero, concederá poca o ninguna importancia a cuanto se narra en ellas. Por supuesto, aceptará los hechos, mas con sonrisa de entendido pensará que han sido deformados por alguien que, sabiendo mucho de joyas, sabía muy poco de las dosis exactas para plasmarlos.

Henry caminaba silencioso. Comprendí que viajaba de antemano por los mares de su cabeza. Hasta un tonto como yo sabe respetar tal silencio. Yo también, en la medida de mis recursos mentales, me rompía la cabeza tratando de razonar la absurda escena vivida en casa de Cora. Para empezar, la joya había brillado por su ausencia. Henry me había llevado al palacio de Cora con el solo objeto de mostrarme una piedra antigua, y he ahí que me prohibió con mirada imperiosa cualquier alusión. Como tengo el suficiente mal gusto para poder pasarme de discreto, le dije todas estas consideraciones. Se rió a carcajadas.

—Eres un gran joyero, pero un detestable psicólogo. No me negarás que Cora es todo una piedra antigua con un valor meramente sentimental.

Francamente, quedé desilusionado. Prefería la joya tangible y no un simbolismo. ¡Tonto de Henry! Pues claro que no soy un psicólogo, ni tengo por qué pescar al segundo que esa loca de Cora, echada en su sillón de brocado, es la réplica humana (¿humana?) de una piedra preciosa pasada de moda. Cuánto más normal y a tono con mi condición de joyero haber tenido en mis manos y bajo mi lupa una piedra real y verdadera. Sus facetas, reflejos, irisaciones hubieran sido el goce voluptuoso de mis sentidos; su valor histórico y sentimental, despertando mi codicia, me habría sumido en cálculos atrevidos, habría vivido el trance emocionante de la puja, la voz destemplada del rematador, las lívidas miradas de los postores, para llegar, finalmente, a la posesión de la piedra. ¿No era esto lo que esperaba de nosotros Gastón Rosenfeld? Si ahora pudiera verme, del brazo de Henry, caminando por esas calles, confundido y aterrado, metiendo en un mismo saco a Cora, a Ramón y al caballero distinguido, pensaría que nada quedaba por hacer con el espíritu de emulación. Por un momento me pareció que una nube de polvo, hecha con los huesos de toda esa gentuza, caía sobre el Delphi hasta oscurecerlo.

Allí mismo decidí plantar a Henry. Allí mismo lo iba a dejar con su joya simbólica y su viaje imaginario. Como no sea entre locos, jamás he sabido de nadie que viaje y no viaje al mismo tiempo, que se quede en tierra y que esté sobre el barco... Mejor será —me dije— no proseguir con averiguaciones que lo convierten a uno en un manojo de nervios. El mundo no se va a acabar porque el gordito Henry me diga que Cora Lasa vive encogida o porque Ramón me muestre un club donde diez mil idiotas lo pasan jugando canasta. Será un mundo de encogidos y de canasteadores, mas no por ello dejará de ser un mundo como otro cualquiera. Cuantas veces he vuelto a estas reflexiones en lo más furioso de la conspiración, aunque, ¡ay! ya superfluas. A medida que la gente se alejaba de la Tierra, yo me decía: "Con los Cora Lasa y los Ramón Pérez las cosas andaban mal, pero al menos, andaban sobre la Tierra...". De pronto, Henry me sacó de mis pensamientos.

—¿Te gustaría hacer ese viaje?

Por fin llegaba el momento de darle una buena sacudida. Ahora iba a saber este snob lo que es un joyero defraudado.

—Siempre que no sea con locos como ustedes... Estamos muy crecidítos para permitirnos niñadas. Cora Lasa puede matar el tiempo fantaseando, pero no le permito que me meta en su juego. Prometiste enseñarme una joya verdadera y sólo me mostraste un asco de mujer, una loca de remate. Henry, no te arriendo la ganancia, vas por muy mal camino.

Henry se quedó tan fresco como una lechuga. Debí parecerle un pastor reformado predicando en una iglesia de provincia. Hacía grandes esfuerzos para no soltar la risa.

—Veo que es preciso darte una explicación. No sé si estás realmente enojado o te haces el ofendido, pero de un modo o de otro, vas a tenerla. Eso sí, no me vengas después con nuevas críticas. Piénsalo bien, piensa si quieres enterarte, o si prefieres volver a tus joyitas...

—Puedes hablar. En un día de locura, una más me tiene sin cuidado.

—Buen retórico el viejo zorro. Pues ahí va. Se trata de una locura basada en una lógica implacable.

Me echó el brazo por encima, puso la boca en mi oído:

—¿Sabes qué es la hibernación artificial?

Me quedé hecho una pieza. Por fin acerté a decirle que era uno de tantos métodos terapéuticos de la psiquiatría.

—Ya veo que no sabes jota sobre hibernación. Las joyas te roban todo el tiempo. Además, dentro de poco nadie las comprará. En este mundo nuevo que nace día a día, lo suntuario y lo accesorio no contarán para nada. Pues la hibernación es esto: el viajero, metido en un bloque de hielo, se desplaza, no en el espacio, sino en el tiempo. Es un modo de existir sin saberlo.

—¡Santo Dios: —balbuceé aterrado— a esto hemos llegado!

—Qué quieres, —dijo Henry con cínica convicción— la gente tiene el derecho de defenderse, la gente suprime aquello que la mata, la gente no quiere problemas, quiere vivir sin problemas. Después de todo, no veo por qué dramatizas las cosas. Es un modo de existir como otro cualquiera.

—Prefiero la muerte, —dije mirándolo con desprecio de joyero.

—Te equivocas de plano. La gente quiere vivir, tiene un sagrado horror de la podredumbre. No, los gusanos no han sido creados para ellos. Sabrás que defienden el pedazo de existencia con el mismo amor que la madre defiende a su hijo...

—Bonito modo de defender la existencia. Qué queda a un hombre si le quitas el placer de la mesa, de la cama, la vida de relación, los dolores, en una palabra, la presión humana.

—Sin proponérmelo, llevado por mi santa indignación, había puesto el dedo en la llaga. Sí, las presiones, aullando como lobos famélicos. En ese momento comprendí que el demonio de la conspiración habitaba la ciudad, y que sólo faltaba que los focos de aquella se pusieran en contacto para que la catástrofe se abatiera sobre todos. Mi temor me hacía adelantar el curso de sucesos que sólo tuvieron ocurrencia un año después.

—No entiendo, Henry: ¿qué pueden esperar de la vida si se meten en un bloque de hielo?

—Bueno, —dijo Henry— les queda el bloque de hielo. No precisamente todas esas cosas que tú dices, sino su bloque de hielo. No veo que uno resulte menos humano porque viva metido en un témpano. En cuanto a mí, te diré que el bloque, por su misma naturaleza congeladora, no me seduce mayormente. No podría hacer las dos cosas que mayor placer me producen: la conversación y los cocktails.

Creí tenerlo agarrado por las barbas. Le dije:

—Me das la razón. El bloque de hielo corta las comunicaciones. ¿De qué sirve entonces?

—Pues sirve para eso, para cortar las comunicaciones. He ahí el objetivo perseguido por una Cora Lasa, por un Edmundo Neni, y por tantos y tantos, que en estos momentos navegan plácidamente en sus respectivos témpanos.

—Lindo modo de vivir, —dije furioso—. Los viajeros saben que no están muertos, pero al mismo tiempo ninguno de ellos sabe que está vivo. Remedio peor que la enfermedad. Eso han querido, eso tienen.

—Por el contrario, creo que han puesto el dedo en la llaga... Toma, por ejemplo, a Cora: acaba de decirnos que no se soporta más a sí misma. Cora Lasa padece una terrible enfermedad que se llama Cora Lasa. En vano ensaya toda clase de remedios. Y el mal progresa día a día. De pronto se entera que congelarse es escapar al terrible flagelo. Entonces se mete en un témpano, y viviendo sin sentirlo y sin saberlo, disfruta de las horas que el tiempo le ha asignado en este valle de lágrimas.

—Henry, es espantoso oírte decir todo eso. Es la filosofía de la tumba. Ese bloque de hielo es un sepulcro anticipado. Cora haría mejor recurriendo al suicidio. Sería mucho más humano.

—Bueno, querido, —y me dió palmaditas en el hombro— el hecho que Cora recurra al bloque de hielo y no al pistoletazo, prueba que las cosas de este mundo son en extremo complicadas. Hay un hecho consumado: Cora Lasa ha elegido un sucedáneo de la tumba. Acatemos su decisión. Es hija de su tiempo.

Terminó el lindo speech con una sonora carcajada. Eran las seis de la tarde. El sol poniente se enredaba en los topes de los rascacielos. Miré la cabeza de Henry nimbada por esa luz crepuscular. Pensé que la santidad de nuestra época consistiría en precipitar a los mortales en las llamas del infierno. Cada mortal era un santo empeñado en perderse y condenarse —aunque de acuerdo con el sentir de Henry, perderse equivalía a salvarse. Acabé por no entender nada. Entre los hechos y nuestra comprensión de ellos, media un abismo pavoroso. Henry y yo, siempre envueltos por ese sol, fuente de luz y calor, nos refugiábamos en un silencio de muerte. El lo rompió para decirme si no quería completar triunfalmente la jornada haciendo una breve visita al establecimiento del doctor Gil.

—Será muy divertido —añadió— que conozcas a los que no pueden conocerte. Podrás contemplar al magnífico Edmundo en el octavo día de su viaje. El capitán de la nave, mi gran amigo el doctor Gil, es un viejo lobo de mar; bien entendido, de ese mar... temporal. Hasta el presente no ha perdido un solo barco ni un solo viajero.

Quisiera comunicar al lector con toda exactitud la impresión recibida. No bien puse los pies en el establecimiento del doctor Gil, sentí claramente que era una casa dedicada al Tiempo. No vi vestíbulo, no vi salón de espera. Caímos de lleno en el océano temporal. Océano con capacidad para doscientos bloques de hielo. Todos estaban ocupados. Henry me mostró a

Edmundo. Lo habían colocado en el compartimiento más bajo de aquella extraña flota. No estaba precisamente incrustado, metido en un bloque, o al menos así me lo pareció. Por lo que el cristal me permitía apreciar, Edmundo, desnudo y azul, estaba sentado sobre un témpano. Este Edmundo, reducido al menor espacio posible, navegando plácidamente por las aguas del Tiempo (al menos, eso afirmaba el doctor Gil) debió de haber fracasado en toda la línea para apartarse de modo tan tajante de la sociedad de los hombres. Viéndolo así, desnudo y azul, callado y monstruoso, comprendí que el aburrimiento, los fracasos del alma, la soledad en compañía lo habían llevado a la estéril solución del bajo cero. Por primera vez, la muerte y la vida se daban la mano, comían en el mismo plato. Suponiendo que le dirigiera la palabra, Edmundo no me respondería, pero, al mismo tiempo, mis palabras no estarían dirigidas a un cadáver. Edmundo era más inquietante y enigmático que un cadáver.

El doctor Gil, buen psiquiatra y mejor congelador, metió el dedo en mi asco, revolvió en él con mano experta:

—Se da cuenta, —dijo—. Edmundo ha logrado triunfar de la muerte y de la vida...

Me vio tan atribulado que intentó neutralizar mi profundo asco. Me dio una larga explicación sobre el proceso de la congelación humana. Le dije que frente a los hechos consumados cualquier explicación científica resultaba superflua. Quedó desconcertado con mi salida. El tenía su asco especial, y yo, sin proponérmelo, acababa de meter mi dedo.

Pero es el caso que no sabía si culpar o no al doctor. Me veía frente al viejo problema del huevo y de la gallina... ¿Quién precedió a quién? ¿El invento de este doctorcito era el resultado de la desesperación humana, o la desesperación humana era el resultado de su invento?

Por supuesto, el doctor pensaba que yo era un candidato al témpano. Me hizo una invitación formal. Me dijo que yo era un tipo muy congelable: Me palpó en varios sitios. Levantó una pata de mi pantalón, hundió el dedo en la carne, me flexionó las rodillas. Acabó por decirme que podría comenzar con el viaje de los treinta días. Todo eso era el pueril entusiasmo del científico. El doctor Gil no era un malvado, era un niño. Sí, ya sé, los hombres sólo hacemos niñadas. La del doctor Gil consistía en fabricar juguetes congelados con las ilusiones muertas de sus pacientes. Aunque Edmundo no estuviera muerto tampoco estaba vivo. Y eso era por obra y gracia del niño Gil. Pero, al mismo tiempo, ¿qué era el doctor Gil por obra y gracia del niño Edmundo?

Como también yo era un niño, decidí meterle miedo con el coco. Le dije que estaba infringiendo las leyes de la salud pública.

—No infrinjo nada, señor mío. Pago mis impuestos al fisco. En cuanto a la salud pública, debo decirle que esto no es un sanatorio. Aquí no hay tales enfermos. Mucho menos acorto la vida de los viajeros. Congelarse no quiere decir suicidarse. Es vivir de un modo distinto.

—Suicidio moral, —y mi frase sonó bien ridícula—.

—No congelarse sí sería suicidio moral —contestó el doctor—. La moral es letra muerta si los deseos toman la palabra. Para Usted las consecuencias son más fuertes que los deseos. Francamente, lo compadezco.

Todo el joyero me brotó de los poros. Saqué el encendedor y apliqué la llama a la palma de mi mano. La carne empezó a chamuscarse.

—Prefiero, doctor Gil, ser tostado a fuego lento...

Pero el doctor me reservaba una estocada maestra. Con plácida sonrisa me dijo:

—No puede negar que es un niño.

Entonces, ¿tostarse para no congelarse era más pueril que congelarse para no tostarse? ¿Un niño moral y el otro inmoral, pero niños los dos? Me sentí francamente confundido. Tan confundido, disperso y roto, que salí de allí en pedazos. Poco a poco reuní mis "fragmentos" y me alejé calle abajo.

Me metí en el primer café que encontré. Llamé por teléfono a Alberto. Con voz dramática le conté mis andanzas de la tarde.

—¿En qué mundo vives? —me contestó—. Eso es del dominio público. ¿El Club 86? También del dominio público. Querido, leo los diarios. La gente es así... ¿Y qué quieres que haga? También hay asesinos, salteadores, exhibicionistas sexuales, desenterradores de cadáveres, espías... Todo el mundo lee esas noticias truculentas pero eso no les impide que corran a la cocina a freír sus papas... ¿Ya freíste las tuyas?

A las diez me encontré con mi mujer. No fuimos al cine. En cambio, la llevé derecho a la cama y le hice el amor como en los buenos tiempos. Trataba de demostrarme a mí mismo que no éramos dos bloques de hielo. Terminados los transportes amorosos (ella estaba muy sorprendida de mi acometividad) le hablé largo y tendido:

—¿Te gustaría viajar, querida?

—Me gustaría —me contestó, escéptica.

—Te hablo en serio. Nos pagan el viaje. Si te parece, ahora mismo llamo por teléfono diciendo que aceptamos. —Ponen una condición.

—¿Nada más que una condición? —dijo con ironía.

—Deberemos congelarnos.

Aunque no le estaba gastando una broma, como no tiene sentido del humor, se dio por ofendida. Además, por ser mujer salió del dormitorio dando un fuerte portazo. La alcancé en el pasillo. Me dijo que estaba bien harta de mis bromas.

—Pero no, Julia, no hay tal broma. Hablo en serio. Y ahora hablaré doblemente en serio. Hay por ahí unos ricos locos, aburridos de la vida... No, aguarda, de la vida no, aburridos de sí mismos...

—Que abran la llave del gas —me contestó, expeditiva.

—Pero, Julia, si adoran la vida, no quieren perderla, sólo que no pueden más con ellos mismos. Ocurre que un doctor los mete en un bloque de hielo. Allí se mantienen vivos y al mismo tiempo muertos...

Mi mujer tiene poca imaginación. Se aburre con las novelas policiales. Son dosis demasiado altas para ella. Se perdonará, pues, su asombro, el que expresó poniendo las manos en la cabeza.

—Esos cochinos ricos... Están podridos de pies a cabeza. Si tuvieran que trabajar como nosotros... Dime, ¿es que van a Francia metidos en un bloque de hielo? ¡Linda manera de viajar!

Le expliqué lo que ya ustedes saben. Cayó en nuevos asombros. Pero su respuesta me dejó más asombrado:

—Si es cierto que nos invitan, nada perdemos con probar. A lo mejor le cogemos el gusto al viajecito.

¿Me quiso hacer una broma? ¿Hablaba en serio? Le pregunté.

—Muy en serio. Si un rico puede meterse en un témpano, ¿por qué no me metería yo? En cambio, ellos se echarían a temblar si tuvieran que lavar los montones de ropa que yo lavo.

—¿Te das cuenta de la enormidad que estás diciendo?

—Tú sabes que soy de las que caen donde la ponen... Tanto me da una cosa como la otra.

—Julia, reflexiona. No se viaja a ninguna parte. Estás congelada, estás dormida, estás semimuerta, estás sola... Tú eres una mujer sana de cuerpo y de espíritu. Eso se queda para los cochinos ricos.

—Congelados o no congelados, comoquiera que nos pongan tendremos que llorar...

Y como se moría de sueño, como bostezaba escandalosamente, apagó la luz. Entonces sentí un frío tan lascinante que me eché arriba todas las cobijas.

La marcha de la conspiración, que nos llevó, como he dicho, al alejamiento de la Tierra, podría ser comparada a la marcha de la peste que asuela a una ciudad. Al principio aparece, en un lugar perdido del diario, el primer caso de peste. La gente se entera, pero a los cinco minutos olvida la noticia. El inmenso número de los sanos resta toda importancia a ese "suelto" del diario, que no por pequeño resulta menos pavoroso. Aunque hay peste la vida de la ciudad se desarrolla normalmente. Hay peste y, al mismo tiempo, no la hay. Pasados unos cuantos días los diarios informan de cinco nuevos casos; de doce a la semana; de veinte a los diez días. La gente lee con mayor atención, pero el número de los sanos sigue triunfando con abrumadora mayoría. No obstante, la gente comienza a inquietarse, pero al mismo tiempo es una inquietud que no acaba por tomar consistencia. Es una inquietud en grado mínimo, cosa sin mayor importancia. Por una de esas arbitrariedades, muy propias del mal, pasan días y días sin que se produzcan nuevos brotes. La gente se dice: "Controlada la peste, brote sin mayores consecuencias, tomadas enérgicas medidas, podemos dormir a pierna suelta"... Pero he ahí que de golpe nos levantamos una mañana para leer en el diario: "Recrudecimiento inesperado, cien nuevos apestados, ochenta fallecidos, veinte en estado comatoso"... Ahora la clarinada sí ha sido atronadora. Deberíamos sentirnos aterrados, pero no, pues qué extraños y singulares somos: no es terror lo que nos produce la noticia, sino irritación. Nos irrita tener que suprimir de golpe nuestra magnífica tranquilidad de espíritu. Llueva peste sobre la ciudad, que nos fulmine finalmente. Lo que nos ha sacado de nuestras casillas es ese anuncio que acaban de meternos por los ojos, y que ha logrado, maldito de él, dar definitiva consistencia a nuestra inquietud.

Había pasado un mes entre mi visita al establecimiento del doctor Gil, y el suceso que me dispongo a narrar. Fue un mes tan plácido, tan normal, que yo, semejante a esos apestados, acabé por olvidar al caballero distinguido, a Ramón y su Club de Canasta, los bloques de hielo y las filípicas de Gastón Rosenfeld...

Todo eso estaba ya empaquetado y almacenado en el desván de los sueños diurnos, listo para mezclarse con los sueños nocturnos... Curso normal de los acontecimientos, gente que sube por una calle y baja por otra; esmeralda vendida, brillante tasado, oferta y demanda, llamada telefónico, andar a las corridas, lengua afuera, Julia encantadora, algunas lluvias, continúan los calores, pero todo explicable, todo claro, previsto, armonioso...

Y de golpe... Hagan el favor de leer, como lo leí yo, aquí lo tienen, lo he guardado para ustedes, queridos lectores, que jamás conoceré, este suelto de un diario de la mañana:

FRACASO DE UNA SUBASTA: **En la tarde de ayer fue sacado a pública subasta el famoso brillante Delphi, propiedad de la muy conocida firma Lowental Hnos. Esta célebre piedra fue ofertada al público sobre una base de cien mil dólares. Para asombro de los subastadores ninguno de los presentes postores que colmaba el salón elevó su voz para pujar por la piedra en cuestión. Los hermanos Lowental no encuentran razón plausible ante tamaña indiferencia por parte del distinguido público. No obstante este primer fracaso, el Delphi irá de nuevo a subasta en el día de la fecha. Hora: las cinco de la tarde".**

¡Locos de remate! —grité, tirando el diario— ¡Locos de remate! Julia salió de la cocina, me preguntó qué pasaba. —Entérate: nadie quiere comprar el Delphi.

De nuevo agarré el diario y volví a leer la noticia.

—¿Te das cuenta? ¡Nada menos que el Delphi! Por el Delphi se puede pujar hasta dos millones. No entiendo nada, es como para darse de cabezazos contra las paredes. Van, y no pujan; van, y la base se queda en los cien mil dólares iniciales; van, y ninguno abre la boca. ¡Ajá!: vivos, y al mismo tiempo, muertos. Como la Cora Lasa y compañía... ¡Qué asco!

Sencillamente: estaba irritado. Volvíamos a las andadas. Con brío redoblado, con siniestros propósitos. Un ladrillo más, un ladrillo suelto. ¿Qué importancia puede tener un ladrillo suelto? Por supuesto, ninguna, pero ocurre que este ladrillo, sin nosotros saberlo, se pega a otro ladrillo, y después a un tercero, a un cuarto, a un millar... ¿Adónde iremos a parar?

Sergio Rosenfeld me llamó a su despacho. El viejo pirata estaba muy excitado. Tanto, que por primera vez en su vida, me ofreció uno de sus cigarrillos turcos.

—Por supuesto, —me dijo— no vamos a ofertar nada por el Delphi. Desde ayer el Delphi es un elefante blanco. Por otra parte, no va a ser el único elefante blanco. Muy pronto tendremos una linda manada. La de Lowental y la de nosotros. Sepa que soy muy pesimista al respecto, no creo que ocurra ningún milagro en la subasta de esta tarde. De todos modos, vaya a ver qué pasa. A lo mejor nos regalan la piedra. Claro, sólo tendríamos un pedazo de vidrio.

No se cabía en el gran salón de exhibición de Lowental Hnos. Me encontré con Henry. Estaba animadísimo. —Vine ayer y he vuelto hoy —me dijo. No puedes imaginar las caras de esos hermanos. Parecían las de los condenados a muerte. Pero yo lo predije, ¿te acuerdas?: "Dentro de poco nadie comprará joyas". En el mundo de la congelación lo suntuario no cuenta para nada". Y tú, ¿piensas pujar por el Delphi?

En ese momento Felipe Lowental (el mayor de los dos hermanos) requirió la atención del público:

—En pocos minutos más se va a proceder a la subasta de El Delphi. (No hizo la menor alusión al fracaso de la tarde anterior.) Quisiera recordar a los aquí reunidos la historia de esta piedra. El Delphi fue encontrado en el Nepal hacia 1850. Diez años después Napoleón III lo adquiría para obsequiarlo a la Emperatriz. A la caída del Imperio, Eugenia de Montijo decidió deshacerse de la joya. Lord Palmerston lo adquirió para la reina Victoria. Esta soberana lo legó a su hijo Eduardo VII, quien un buen día lo puso en el dedo de la Bella Otero como homenaje a su belleza. Bastante tiempo después de esta magnífica donación el Delphi le fue robado a esta cortesana en un viaje entre París y Niza. Un mes más tarde la policía lo recobraba, en una noche tumultosa, en el Rocher de Cancale. Ha pertenecido a dos ilustres damas: la duquesa de la Rochefoucauld y Lady Suffolk. Y así ha seguido pasando de mano en mano hasta llegar a las nuestras. Esperamos que en la puja de esta tarde otras muchas se tiendan en la esperanza de aprisionar piedra tan incomparable.

El público reaccionó como si le hubieran contado un chiste. Risas, pañuelos metidos en la boca, caras vueltas hacia la pared. Miré el Delphi. Se me antojó un bloque de hielo, o algo más deleznable, todo menos el brillante de precio incalculable del que Felipe Lowental acababa de contarnos la apasionante carrera. Sin duda, esa gente buscaba otra cosa que "El Encanto de un Vals" o las historias del Rocher de Cancale. ¿Adónde, Dios mío, había ido a parar todo eso? La Emperatriz Eugenia, la reina Victoria, Eduardo VII, la Bella Otero eran sombras impotentes. Pero, ¿esta gente de ahora tenía fibras sensibles? Tenían sus fibras especiales, ésas que se hacen con témpanos y carámbanos. Se oyó la aguda, destemplada, trágica voz del rematador:

—¡Base, cien mil dólares! ¿Quién la sube?

Volvía a empezar la humillación del Delphi. Se repetía la pesadilla de la tarde anterior. Y no ser yo uno de esos millonarios para gritar con voz estentórea: —¡Medio millón!—. A mi lado estaba Gorriti, el rey de las sardinas en lata. Lo miré implorante. El rematador volvió a gritar: "¿Quién da más que cien mil dólares?". Con un gesto de cabeza, Felipe Lowental invitó a la señora Colón para que abriera la puja, pero la vieja bruja, larga como un piano de cola, no dijo esta boca es mía. Pensé en un juicio de Dios. Por primera vez un brillante era puesto en la picota. Ahora las nuevas joyas serían pedazos de hielo, tallados, engarzados en huesos humanos y en pedazos de carne congelada. Es preciso despedirse, los adioses, no volveremos a vernos, es tarde, mis labios no podrían besarte, hielo en hielo, paso a paso, con pasos de vivo pero congelado...

Volví a mirar a Felipe Lowental. Tenía ahora una cara de destacto que era la antítesis viviente de su cara cotidiana de un tacto exquisito. Como se dice, Lowental comenzaba a perder pie. No lograba explicarse que todos esos caballeros, esas damas se hubieran tomado el trabajo de venir a una subasta precisamente para no llevarse el Delphi. Creía conocer bien a "sus ricos", no podía comprender que ellos "se molestaran" para hacer sólo simple acto de presencia. Además, pensaba, las estupideces de los ricos son de otro género: Dodó no hará ese viaje en el Queen Mary porque Memé podría llevar un vestido igual... Pero en cuanto a una subasta, ¡ah, no!, a una subasta los ricos sólo van a pujar. Y aunque Lowental, siguiendo un orden mental de consolaciones gratuitas, reforzaba y volvía a reforzar con nuevos razonamientos su opinión sobre los ricos, no por ello su cara se iba haciendo más y más agresiva, conminadora y emplazadora. Hasta que estalló, hasta que saliendo de sus casillas y más allá de sus casillas, ofreció el triste espectáculo de un gentleman que ha perdido la chaveta:

—Pujan o no pujan.

Dicho en tono tan chocante, con las venas del cuello hinchadas y gruesas gotas de sudor resbalando por su cara que toda la selecta concurrencia se puso inconscientemente, visto la imposibilidad en que se encontraban de interesarse por el Delphi, a producir esos ruidos característicos con que convocan al excremento los que padecen de estreñimiento crónico.

Traté de acercarme a Lowental, pero la densa muralla humana me lo impidió. Hubiera querido decirle que esa gente estaba allí por un resto de automatismo. Me daba perfecta cuenta —no se requería ser un genio para adivinarlo— que esos ricos habían hecho acto de presencia en el mismo sentido que un monarca destronado sigue cumpliendo con el ceremonial.

Lowental mismo terminó por darse cuenta de que había perdido la chaveta. ¡Caramba! ¿Podía no perderla? Lowental tenía su marcha, salirse de esta marcha significaba caer en el desconcierto. Su vida había transcurrido dentro de un orden: el orden de los grandes joyeros, que tratan con la alta sociedad, que a menudo reciben visitas principescas, o sencillamente, son "llamados al castillo". Si Lowental sabía doblar el espinazo, si Lowental intrigaba en el mundo de los joyeros para que su colección fuera la primera entre las primeras, no hay duda alguna de que todo eso estaba en razón directa con la vanidad de sus ricos clientes, con la insolencia de sus maneras, con el espíritu de emulación suntuaria propio de esta raza, y, sobre todo, con sus fabulosos capitales, que ellos defenderían con uñas y dientes. Mas si de golpe los ricos se desentendían de todo, si iban a la subasta del Delphi, decididos a no pujar ¿qué otra cosa podía hacer el pobre de Lowental si no desconcertarse?

Lowental, sacando fuerzas de flaqueza, trató de concentrarse. Tomando el rábano por las hojas, estimó ingenuamente que si aquellas damas y caballeros no abandonaban el salón, era precisamente porque tenían un real interés en la joya. Sólo cuestión de tiempo, sólo esperar a que sus bocas doradas empezaran la puja. Decidió tentarlos bajando la base:

—Base cincuenta mil dólares, ¿Quién la sube?

Nadie subió ni bajó tampoco. Todo ese mundo estaba ya "en otra cosa". La cara de Henry dejaba ver una sonrisa demoníaca, su cara era una especie de reparación que se le debiera y se le pagara con espectáculo tan deprimente. Si Henry había perdido sus riquezas, entonces valía la pena que las riquezas de los demás fueran letra muerta. Me dijo:

—El pobre Lowental... No pierde las esperanzas, pero, ¿qué esperanzas? Ya verá cuando baje hasta un dólar que no hay nada que hacer con las esperanzas. Si yo perdí las mías, justo es...

La voz atronadora, la convulsa voz de Lowental interrumpió las envenenadas palabras de Henry:

—Base, cien dólares. ¿Quién la sube?

De golpe, el Delphi bajaba a los infiernos. Bajaba, y lo que es peor, sin posible subida a los cielos. El impacto fue tremendo. Aquellos ricos abrieron tamaños ojos. El Delphi les importaba un bledo, pero baja tan escandalosa producía en ellos el mismo efecto de la corriente eléctrica sobre un cadáver. Algo así como un grito de estupefacción salió de sus pechos, pero en seguida volvieron a la rigidez cadavérica. En cambio, yo, que no pertenecía a esa cofradía de podridos, yo, joyero neto, yo, parecido a un héroe legendario, salté a la arena, y grité con voz de Sténtor:

—¡La tomo!

Por un segundo la cara de Lowental se inundó de felicidad. Me miró como si le hubiera salvado la vida. ¡Por fin, alguien, un ser humano, rompía el silencio de muerte! Pero qué ser humano —pensaba Lowental, mirándome de arriba abajo—, un miserable gusano, un empleaducho, quinta categoría, con cien dólares pringosos en el bolsillo... Como para reventar de risa y darle dos buenas bofetadas. Pero los nuevos tiempos también entraban de golpe en su casa, y había que recibirlos. Se puso a tono, se deshizo en sonrisas, miró a la concurrencia esperando que las bocas se abrieran en cataratas de cifras astronómicas. Ya el hielo estaba roto, ahora sólo cuestión de segundos: el inmenso iceberg empezará a abrirse, a rajarse, con alegres detonaciones, hasta bajar en río impetuoso de verdes billetes de banco.

—¡Cien! ¿Quién da más que cien?

El público callaba, Lowental se desgañitaba, el barco escoraba... Perdone el lector, pero debo, la ocasión lo exige, citar aquí la frase de rigor: "El barco se fue a pique en un abrir y cerrar de ojos"... El martillero dio los tres golpes consabidos, y el Delphi me fue adjudicado. Lowental, arrastrado por sus cincuenta años de joyero, se consideró en el deber de felicitarme. Enrojecí hasta la raíz del cabello, balbuceé unas palabras. De pronto me vi con el Delphi en las manos.

—Es suyo, —me dijo Lowental— que le traiga buena suerte.

O O O

De vuelta a casa, tuve un altercado con mi mujer. Dijo que sólo un tonto como yo tiraba cien dólares. "¿Qué quieres que hagamos con ese pedazo de vidrio?". Miren al vivo, nadie te dará por el Delphi ni cinco centavos. Pensar que cien dólares llenan la casa de comida, y este imbécil los gasta en un pedazo de vidrio".

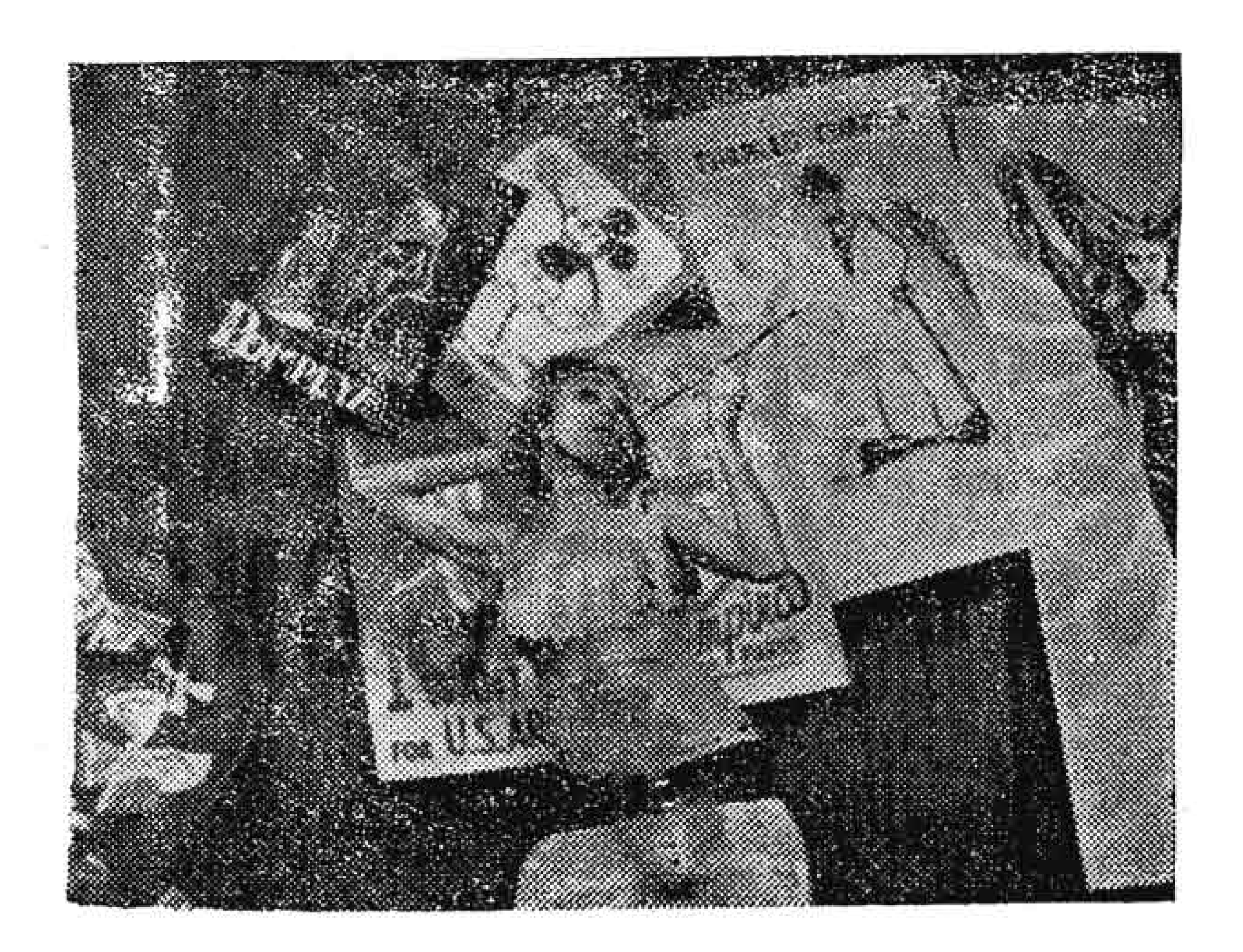
Tomó el brillante, abrió la puerta del baño.

—¿Qué pretendes hacer? —y traté de arrebatarle la piedra.

—Ya ves —me contestó, dándome un empellón. Darle su lugar, que se lo lleven las aguas corrientes, apesta más que el excremento de un bilioso.

Alcancé a ver cómo el Delphi, arrastrado por el remolino estrepitoso del inodoro, iba a perderse en las profundidades de los miles de cloacas de la ciudad.

ALGO SOBRE EL TEATRO



DE NICOLAS DORR



Nicolás Dorr Opina:

> **"El Palacio de los Cartones" toma como tiempo el año 1925, una época absurda en un mundo absurdo, representante de la vida norteamericana. En la obra este mundo es el palacio... un falso palacio de cartones con un falso rey: MacDollar. MacDollar destruye, embruja, ordena, hipnotiza, MacDollar transforma al hombre en perro (El dollar bestializa al hombre). Tiburcia, un personaje patético, decide destruir esta situación: ella ha de hacer algo que la saque de entre tanta "sofocación" de entre tanto infierno".**

Bien, podríamos objetar con motivo de sus catorce años, que el autor de "Las Pericas" y "El Palacio de los Cartones" carece de profesionalismo, y agregar que no obstante ello, con el tiempo y un ganchito, se convertirá en la suprema realidad del teatro cubano. Pero no obstante vivir en medio de la relatividad creadora, no hay por qué proteger al teatro de Nicolás Dorr dentro del escudo protector de la infancia. Después de todo, aun nuestros más connotados y adultos autores se asfixian aún dentro del panorama general de nuestro relativismo teatral. De ahí que Dorr pueda pasearse entre los más viejos con paso airoso.

En definitiva, el escudo protector del teatro de Dorr no es la edad, sino en cierto modo el absurdo, por la sencilla razón que el absurdo le permite suplir con brillantez, color, imaginación, y no sé cuantas otras cualidades más, la supuesta falta de oficio. El absurdo le permite una construcción más libre, menos rígida; mientras que muchos autores cubanos, desconociendo su poca habilidad para estructurar a plenitud todo un teatro realista, se lanzan por la difícil, dudosa senda de algún trasnochado ibsenismo. Hay que anotar que el ejercicio en ibsenismo que realiza Miller por ejemplo en "Todos son mis hijos", no ha sido ni lejanamente ejecutado con certeza por ningún autor cubano vivo o muerto, y que cuando no hay una caída obvia y abismal, a lo largo del primero y segundo actos, el autor se las arregla para que ésta aparezca en el tercero. Nicolás Dorr ha sabido cubrir las lagunas de sus estructuras dramáticas con más inteligencia e intuición, para que en medio del desconcierto total que producen sus obras, sea su agudo sentido del teatro lo que a la larga se imponga. Como sus obras progresan libremente Dorr puede utilizar intuitivamente cualquier clase de efecto que le permita resolver diestramente alguna situación que se le escapa de las manos. Tal ocurre, por ejemplo, cuando aplica los elementos musicales, particularmente en el caso de la Mujer del Cubito en "El Palacio de los Cartones" o la danza de Las Pericas en "Las Pericas". Creo que la intervención de elementos como éstos son en Dorr más inconscientes que deliberados, pero hay que decir paradójicamente que para no tener oficio tiene bastante.

Por su parte, Dorr agrega:

> **"Mientras, se bailará, se cantará, nos enloqueceremos y veremos a la pobre Tiburcia y su apreciada chaqueta atravesar este mundo. MacDollar triunfará al final, Tiburcia morirá y la apreciada chaqueta quedará en su silla esperando tal vez que el tierno Lomoyagua se cubra con ella y rompa el encanto".**

Hay que anotar que la línea argumental de "El Palacio de los Cartones" se aleja en gran modo de "Las Pericas". En esta última Dorr mantiene mayor coherencia dramática a través del personaje de Rosita y su hijo Armando y la lucha constante frente a las voraces Pericas. Por el contrario, en "El Palacio de los Cartones" el conflicto en torno a la chaqueta que todos quieren poseer o que es motivo de discordia, no anuda con la suficiente coherencia dramática. Por ese motivo las preferencias sobre "Las Pericas", que tiene más de estructura habitual, son mayores; mientras crece el desconcierto alrededor de la última obra de Dorr. Según mi opinión, talento, brillantez, sentido del teatro, imaginación, color, humor, entretenimiento, música, locura, etc., etc., etc., son elementos que dan validez suficiente a cualquier pieza teatral, pero como para muchos no es suficiente hay que estarle buscando otras virtudes a las obras de Dorr. En primer lugar, "Las Pericas" es dentro de su coherencia parcial, lo suficientemente incoherente para acercarse a "El Palacio de los Cartones". Porque lo básico en sus personajes es que desconocemos los brutales hilos que los mueven, como aguijoneados extrañamente por un submundo que se escapa a las explicaciones de este mundo nuestro. En su última pieza este elemento que se escapa a la órbita humana llega al máximo, aunque en "Las Pericas" hay momentos en que también llega al máximo —como en el alucinante monólogo de Panchita. ¿Qué más mensaje que ver a estos seres que saltan, chillan, brincan, cantan, lloran, ríen, se odian, se besan, se pegan, se quieren, se detestan, muerden, gimen, ladran, parlotean, tal y como nosotros hacemos día a día en las calles y en las casas? Nuestra falta de visión para vernos así, en el espejo, no excluye que Dorr haya tenido la suficiente destreza para observarnos, sin decirnos por supuesto quién nos clava los alfileres y nos hace saltar en el asiento, al no ser que se trate de la no menos aguijoneada Mujer del Cubito con su regadera.

A continuación, Dorr señala:

> **"La mujer del cubito la utilizo como un elemento de espectáculo absurdo, ella representa el vivo ejemplo del caótico "Palacio de los Cartones", el palacio MacDollar... No dejo de reconocer que la pieza resulta por momentos infantil, respondiendo claramente al tiempo que fue escrita".**

Dorr no pretende, por supuesto, dar una explicación a lo inexplicable y una solución a lo insoluble. Ni siquiera la chaqueta, ni el problema del arroz con frijoles de Armando, logra capitalizar el reducto último, final, de su teatro, donde son los actos incoherentes la temática definitiva, inapelable. Entre el destino final de la cantina y la justicia de una chaqueta para quien se la merece, lo importante del teatro de Dorr está en el reducto secreto que, desde un punto desconocido, impulsa a sus personajes a sus alocados actos. Es indiscutible que en ambas obras está presente la injusticia y el deseo de reivindicación —el arroz con frijoles, los propietarios, el gráfico MacDollar

pero lo esencial no está en tales aspectos, sino en la fuerza misma que los hace girar. Por eso, cuando en última instancia nos preguntamos qué quiso decir, hay que dirigirse a ese punto impor[illegible]ble para descubrirlo.

Pero, ¿le hace falta a Nicolás Dorr decir algo? En la mayor parte de los casos su amplio sentido del humor resulta suficiente para justificar cada una de sus secuencias. Claro que hay momentos en que ese sentido decae un poco de nivel, y como Dorr no se caracteriza por una sólida línea argumental, la pieza se resiente algo y gana en densidad. Afortunadamente, Dorr sabe a los pocos momentos inyectarle alguna nueva savia que vivifica de inmediato la escena. Con perfecto sentido chaplinesco, Dorr sabe tomar cualquier incidente vital y lo transforma ante nuestros ojos, de modo inesperado, en motivo de risa. Dentro de toda una serie de incidentes, el autor sabe colocar casi con total independencia y autonomía, algún chiste que es en sí mismo de indiscutible validez. Por favor, no le pidamos razón de ser al chiste si a la larga nos hace reír. Es por eso común ver que espectadores que podrían divertirse oyendo que al único que le hace falta una piel de visón es al visón, se contraigan en la butaca tratando de encontrarle un porqué a un incidente válido en sí mismo, con la suficiente gracia para tener vida propia. De igual modo, Dorr utiliza su influencia lorquiana para transformarla en un grotesco particularmente efectivo.

Considerando en mayor o menor amplitud los posibles defectos del teatro de Nicolás Dorr, lo que sí resulta innegable es que Dorr construye algo que no siempre logran edificar nuestros autores: TEATRO

Y al final, Nicolás Dorr termina diciendo:

"Pienso tomar esta obra y reestructurar algunos personajes, encauzar algunas escenas a un clímax mayor, específicamente en la escena MacDollar. Muchas de estas ideas me surgieron durante los ensayos".



EL PALACIO DE LOS CARTONES

Pieza en un acto de NICOLAS DORR

"El Palacio de los Cartones" fue estrenada en la Sala Arlequín el día 9 de octubre de 1961 en una presentación de los "Lunes de Teatro Cubano", bajo la dirección de Nelson Dorr.

PERSONAJES: (por orden en que hablan)
TIBURCIA
NATALIA
POLICARPO
LOMOEYAGUA

ESCENA: una habitación construída con anuncios de diferentes productos (cigarrillos, refrescos, gomas de automóviles, chiclet, etc.), también anuncios de películas fastuosas.

EPOCA: 1925.

(TIBURCIA SE ENCUENTRA SENTADA, EN UNA SILLA AFRICANA DE ALTO RESPALDO, TERMINANDO SU CHAQUETA. NATALIA FRENTE A LA COQUETICA SE PEINA Y SE PONE UN PLUMERITO DE PLUMAS MULTICOLORES EN LA FRENTE. TIBURCIA TIENE PUESTA EN LA FRENTE UNA CINTA CON PERLAS COLGANTES).

TIBURCIA.— (CANTA):

"Qué chaqueta más linda
me estoy haciendo.
Qué chaqueta más linda
me estoy haciendo.
Con rosas de oro bordada,
con rosas de oro bordada
la estoy haciendo,
la estoy haciendo".

(A NATALIA) No es maravillosa mi chaqueta, Natalia queridísima.

NATALIA.— Sí, mi amor, cualquier cosa.

TIBURCIA.— Ay, ¿cómo que cualquier cosa? Debes saber que esta chaqueta es bellísima. Con grandes bordados tipo princesa. Es mi gran sueño y hoy la estrenaré, me siento contentísima. Al fin terminé mi chaqueta, llevo años haciéndola, pero estoy complacida. Es una obra de arte, algo original, me siento superior de sólo contemplarla, le da a una aire de gran dama.

NATALIA.— Ay, anormal, eso es un ripio, una basura, un trapo de limpiar el piso, [illegible] bazofia.

TIBURCIA.— Mentira. Cómo puedes decir eso, mi hermanita. Mi chaqueta es lindísima. Una chaqueta por muy humilde que sea es siempre algo superior y mi chaqueta lo es... no me vengas a decir que tienes envidia.

NATALIA.— Ay, ¿envidia yo? Acémila.

TIBURCIA.— Pero, Natalitica...

NATALIA.— Acémila, acémila.

TIBURCIA.— Te desprecio, te desprecio. No sabes nada de nada. No te das cuenta que tiene mérito hacer algo original, algo distinto para poder resaltar de entre tanta sofocación.

NATALIA.— Ay, retórica. Esa chaqueta está extrañísima. Y nada más que se le puede ocurrir hacerla a una atrofiada como tú. Trapera.

TIBURCIA.— Ay, que no son trapos, son bellos encajes con rosas incrustadas, hojas de esmeralda, pájaros dorados y grandes lazos de raso.

NATALIA.— Trucutú.

TIBURCIA.— No te escucho, no te escucho. La incultura es muy mala consejera, nos hace ver ridiculeces donde hay obras de arte. Por eso escucha. (CANTA):

"La incultura es una cosa
que nadie debe tener
pues lo más lindo que hay
es aplicarse y saber.
Destierra la incultura
y a todas las cosas feas
dales pronto sepultura".

NATALIA.— Ay, retórica-poética. Con todo lo que me digas ese trapo mal envuelto está extraño... y de contra con olorcito. Ay, (RIE).

TIBURCIA.— Chaquetera. Así no llegarás a ningún lado.

NATALIA.— ¿Qué dices, Flaqui?

TIBURCIA.— Grosera, ordinaria, descompuesta, y zafia. Nadie te querrá jamás. ¿Quién va a aguantarte tan quisquillosa y mal hablada? Aprende conmigo, que por ser dulce y culta tengo el tierno Lomoeyagua loquito por mí.

NATALIA.— Total yo prefiero estar solitaria y con la boca engurruñada antes que tener a una cosa como ésa de marinovio.

TIBURCIA.— No te permito.

NATALIA.— Ese animal que por lo extraño que es no se ha podido clasificar todavía en el parque Zoológico, pero yo me atrevo a opinar que es un escarabajo.

TIBURCIA.— Ay, descompuesta. (TIRA UN ZAPATO).

NATALIA.— (RECIBE EL GOLPE) Ay, ahora verás, ahora verás... Despídete de tu chaquetica, monada.

TIBURCIA.— (TEMBLANDO) Perdóname, mi hermanita. Yo no lo volveré a hacer. Perdóname... te lo pido de rodillas.

NATALIA.— (CONMOVIDA) Esté bien... te perdono.

TIBURCIA.— (SE ABRAZA A LAS PIERNAS DE LA HERMANA) Gracias, gracias.

(NATALIA COMIENZA A PASAR LAS MANOS POR LOS CABELLOS DE SU HERMANITA PERO DE PRONTO CAMBIA DE ACTITUD Y LE DA UN GOLPE POR LA CABEZA, SE RIE HACIENDO LA MALA; TIBURCIA LANZA UN GRITO Y LLORA DESCONSOLADAMENTE, NATALIA SE ENTERNECE Y SE ARRODILLA JUNTO A LA OTRA Y COMIENZA A LLORAR A SU VEZ).

LAS DOS.— Ay, cuándo llegarán estos hombres.

NATALIA.— (VA A L AVENTANA) ¿Nos lo habrán tumbao? Imposible, mi policarpo me idolatra, y yo a él lo mismo, nosotros sí que somos una pareja ideal, **él con su bigotico al aire y yo con mi pelo a la moda.** (TIBURCIA SE RIE) En cambio tu Lomoeyagua no hay más que verlo, es todo un poema a la borrachería andante.

TIBURCIA.— Pero el caso es que no le falta ningún diente.

NATALIA.— Sabes que el diente que me falta no lo perdí por descuidada sino por el trompón que me dió mi antiguo novio.

TIBURCIA.— ¿Para qué te burlabas de él?

NATALIA.— Un boxeador siempre causa risa, nené.

TIBURCIA.— No me digas.

NATALIA.— Claro, ¿no te causaría risa un hombre que te abrazase con unos guantes de boxeo y que te besase con un protector en la boca? Por eso siempre me reía, hasta que un día no lo aguantó más y me cogió de Punching bag. Abusador, pero no me arrepiento de haberlo acusado, dos años de cárcel le echaron.

TIBURCIA.— Y no tienes miedo que cuando salga te arranque los dientes que te quedan.

NATALIA.— Ninguno.

TIBURCIA.— Yo creo que deberías escon-

derte en un subterráneo antigolpes.
NATALIA.— ¿Esconderme yo? ¿Por qué? Policarpo me defenderá.
TIBURCIA.— No me digas que tu novio es tan fuerte. Y yo que creía que padecía de raquitismo crónico.
NATALIA.— Pues, no, flaqui. (TIBURCIA SE SIENTE ENOJADA) **Mi novio es tan fuerte como inmoral.** Sabes que ayer me hizo una proposición deshonesta. Quería inspeccionarme sin darme el anillo.
TIBURCIA.— (CON INTENCION) Ay, ¿y qué hiciste tú, Monina?
NATALIA.— La pregunta me ofende, queridísima, Flaqui.
TIBURCIA.— ¿Entonces no aceptaste, Muñeca?
NATALIA.— No.
TIBURCIA.— Ah, ¿y te pidió perdón?
NATALIA.— Claro, Chiquitica.
TIBURCIA.— ¿Y tú lo perdonaste?
NATALIA.— Cómo no voy a perdonar **al hijo del gandero Mc Dolar. Al millonario del bigote errante.** Sería estúpido no perdonarle. **Pronto seré una Mc Dólar. Natalia Mc Dólar.**
TIBURCIA.— (LA APLAUDE) Muy bien, muy bien. ¿Pero ya has averiguado si es verdaderamente hijo del millonario, queridísima Monina?
NATALIA.— Sí, Chiquitica. Aunque no hacía falta averiguarlo, **con sólo mirarlo a los ojos se da cuenta una que es un muchacho de muy buena familia.**
TIBURCIA.— Pero, Lagarta, ¿cómo comprobaste que es el hijo del ganadero?
NATALIA.— Globito de Cantoya, porque ayer lo vi paseándose con una vaca. Lo saludé, pero ni me vio. Llevaba mucha prisa, seguramente que estaba en asuntos de negocios. (TIBURCIA AGUANTA LA RISA) Es una perfección de hombre. Lo que no podrían decir muchas que yo conozcó.
TIBURCIA.— Me parece que eso va conmigo. Y si es así me parece que estás completamente despistada. Mi Lomoeyagua es una perfección.
NATALIA.— ¿Pero no es un poco mezquino?
TIBURCIA.— Ay, eso sí. El otro día le dije que para el invierno que viene necesitaba un abrigo de visón. ¿Y sabes lo que respondió? Que la única criatura que necesitaba en el mundo un abrigo de visón, era el visón.
NATALIA.— (RIE) Ay, si me lo dice a mí. Pobre de él, le doy tal golpe que le viro la cara al revés, y si me responde el golpe, entonces le doy tal patada voladora que al otro día tú lees en los periódicos: "Mc Dólar el primer hombre a la luna".
TIBURCIA.— Qué fuerte eres.
NATALIA.— **Mi Policarpo al principio también era bastante mezquino, pero a fuerza de buenos manotazos se le ha ido quitando. Figúrate que el día que nos conocimos me convida a ir al cine. Pues cuando viene a buscarme me dice: "¿Señorita, sabe Ud. la diferencia que existe entre un taxi y una guagua?" Yo siguiéndole el juego le digo: Ay, no, gentil caballero. Entonces él todo cínico me dice: "Perfecto, probaremos la guagua".**
TIBURCIA.— Ay, pues mi Lomoeyagua le gana al tuyo. El hace unas monedas especiales para dárselas a los mendigos. Ay, (SUSPIRA) Ya no ha seguido haciéndolo, le amenacé con pelearme.
NATALIA.— Pues yo no lo amenazo. Yo le doy una retreta de galletas, dos trompones, y después le doy una patada...
TIBURCIA.— Sí, sí, ya lo sé. Y lo envías a la luna. Pues yo no opino así. A los hombres se les debe tratar con dulzura. Yo a mi Lomoeyagua siempre lo trato muy bien. Los hombres necesitan mujeres finas y dulces.
NATALIA.— Los hombres lo que necesitan son otras cositas.
TIBURCIA.— Mal hablada. Si sigo viviendo al lado tuyo me voy a tener que cortar las orejas.
NATALIA.— Ay, no te soporto, retórica.
TIBURCIA.— (CANTA):

"Monina, si quieres triunfar
correcto debes hablar
nada de palabras sucias
ni obscenas debes decir
que con feas palabrotas
a ningún lugar podrás ir".

NATALIA.— (GRITA) Ay, quiero un collar, quiero un collar, quiero un collar, dame un collar, Flaqui.
TIBURCIA.— No te escucho.
NATALIA.— Lo necesito, linda. También préstame, querubín, la sortija que te regaló Lomoeyagua. Anda, muñequita de biscuit.
TIBURCIA.— (HALAGADA) Bueno, bueno, el collar sí, pero la sortija no. Es un regalo de Lomoeyagua, y él no quiere que lo preste a nadie.
NATALIA.— (FUERA DE SI) Claro, basurita. Por miedo a que descubran que es robada.
TIBURCIA.— Eso es mentira.
NATALIA.— (CANTA):

"Qué mal olor tiene esta gorda
creo que es una garrapata.
Qué mal olor,
qué mal olor,
fósforo y alcohol".

TIBURCIA.— Te desprecio, te desprecio. Puedes decir lo que quieras que no prestaré mi sortija. Mi sortija y mi chaqueta. Estaré maravillosa.
NATALIA.— El fondo de botella y el ripio de limpiar los orines de los gatos.
TIBURCIA.— Envidiosa. Sabes muy bien que la sortija es cara y que la chaqueta lo es más aún. Todo de acuerdo con el gran día que es hoy. A medianoche se cumplirán cien años de haberse construído el Palacio.
NATALIA.— El centenario del "Palacio de los Cartones".
TIBURCIA.— Siempre lo destruyes todo. Por qué me tienes que recordar los cartones. Ya te arrepentirás cuando en la fiesta yo sea la sensación. Ya sabrán todos que estamos juntos pero no revueltos.
NATALIA.— Ay, me mataré, me mataré. Sientes vergüenza de ser mi hermanita. (LLORA)
TIBURCIA.— (CONMOVIDA) Ay, no digas eso. Para que veas que no es cierto te prestaré mi chaqueta cuando tú quieras.
NATALIA.— (LLORANDO ABRAZADA A SU HERMANITA) Ay, mi hermanita Tiburcia, me arrepiento de todo lo que te he dicho. Tu chaqueta es bellísima. La maravilla del siglo.
TIBURCIA.— (EN LAS NUBES) Con bellos encajes con rosas incrustadas, hojas de esmeraldas, pájaros dorados y grandes lazos de raso.
NATALIA.— (CANTA):

"Mi querida hermana me convenció
y la bella chaqueta ya me gustó.
Cuello de reina y mangas de princesa
es esta chaqueta de sutil belleza".
(BAILAN JUNTAS)
Déjame verla en mis hombros
un instante nada más.
Déjame saciar mi asombro".
(TIBURCIA SE LA QUITA Y SE LA PONE A SU HERMANA NATALIA)

LAS DOS.— (CANTAN):

"Aguja e hilo
la chaqueta es mi delirio
aguja e hilo
me la tengo que probar
Un, dos, tres,
la reina seré,
linda chaqueta botón y flor
lazos y hojas es un primor".

NATALIA.— (CANTA):

"Con sueños dormidos
la construyó
original, preciosa y ejemplar
pero... yo me atrevo a opinar:
Que está divina
para la letrina,
que es una locura
para la basura,
una mamarrachería
y un bultico
que se esconde
en el trasero
que está en desuso
que se lava poco
y se ensucia mucho".
(TIRA LA CHAQUETA AL SUELO Y LA PISA)

(TIBURCIA TOMA SU CHAQUETA Y NATALIA SE LA ARREBATA; LAS DOS TIRAN DE LA CHAQUETA)
TIBURCIA.— Ay, mi chaqueta, mi preciosa chaqueta. Descompuesta, zafia. Da-me mi chaqueta.
NATALIA.— Bazofia. Trapo sucio para la papelera. A quemar microbios. Candela, candela, candela.
TIBURCIA.— Asesina, asesina. Lomoeyagua, ayúdame, Lomoeyagua.
NATALIA.— Ayúdame Policarpo, candela, candela, Policarpo, Policarpo.
TIBURCIA.— Lomoeyagua, Lomoeyagua, Lomoeyagua.
NATALIA.— Policarpo, Policarpo, Policarpo. (ENTRAN LOMOEYAGUA Y POLICARPO CANTANDO, LAS MUJERES CORREN A LA VENTANA)
LAS DOS.— (CANTAN):

"Por las calles vamos
somos los borrachos,
que cantamos.
Vivan los borrachos.
Nos gusta el alcohol
y a cualquiera le cantamos
una bella canción".
Vivan los borrachos".

TIBURCIA.— (VA HACIA LOMOEYAGUA) Ay, ay, ay. Lomoeyagua, mi chaqueta, mi maravillosa chaqueta, me la rompió. Ay, mi única chaqueta.
NATALIA.— Ay, Policarpo, se volvió loca. Ayúdame a quemar el trapo sucio, maloliente. Nos quiere poner en ridículo a todos.
TIBURCIA.— Atrevida y cínica, aunque fuera una basura, y claro que no lo es, es mía y la tienes que respetar, Monina.
NATALIA.— Ay, te voy a enseñar, Chiquitica. Suéltame que me la como. Flaqui.
POLICARPO.— ¿Pero qué es esto? Pelea de mujeres descompuestas. Compónganse. Compóngase.
LOMOEYAGUA.— Compónganse. Compónganse.
POLICARPO.— Silencio. Discípulo tome la palabra.
NATALIA.— Chiquitica.
TIBURCIA.— Monina.
POLICARPO.— Basta. Compónganse.
LOMOEYAGUA.— (CANTA):

"La descomposición del estómago
es la única admitida
pues las peleas descompuestas
no son nunca bien recibidas".

NATALIA.— Ay, anórmal.
LOMOEYAGUA.— Oígame, señorita, más respeto.
TIBURCIA.— Ay, mi amor, rey de mis noches, defiéndeme.
LOMOEYAGUA.— A ver, Tiburcia. Flor del lucero, melocotón de año nuevo. Llegaremos al baile de los primeros.
POLICARPO.— Párese ahí. ¿Qué se habrán creído? Nosotros delante, vamos Natalia. Vamos al baile.
LOMOEYAGUA.— Al baile.
POLICARPO.— Al baile.
NATALIA.— Al baile.
LOS TRES.— (A) Al baile, al baile. **Para** el baile nos vamos un, dos, tres, al derecho o al revés, el primero (a) seré. **Al** baile.
TIBURCIA.— (SE INTERPONE) No, no pueden ir a ninguna parte. No lo permitiré. (A LOMOEYAGUA) ¿No te das cuenta mi amor? Esta mala hermana, esta Monina, me ha roto mi preciosa, mi única, mi incomparable chaqueta.
LOMOEYAGUA.— No llores, Tiburcia.
TIBURCIA.— Sin ella no puedo ir al baile. No se lo perdonaré jamás. Ay, (SE LANZA EN BRAZOS DE LOMOEYAGUA)
POLICARPO.— Silencio. Vamos a ver. Formaremos un Tribunal y por partes expongan sus problemas. (ME SIENTA EN LA SILLA AFRICANA) Tome Ud. la palabra, señorita Tiburcia.
NATALIA.— Ay, pero qué es esto. Mi amor no pierdas el tiempo.
POLICARPO.— Silencio. Que estoy concentrándome. Hay que esperar a que se calmen los elementales.
LOMOEYAGUA.— Los elementales, los elementales. Shssss.
POLICARPO.— Adelante. Ya está despejada la pista mental.
LOMOEYAGUA.— Vamos exponle tu caso. Te hablará la voz del Miseyere.
TIBURCIA.— (ARRODILLANDOSE) Ya lo

he dicho todo. Esta inculta y envidiosa me ha roto mi chaqueta.
NATALIA.— (ARRODILLANDOSE) Eso es mentira. Encantado Miseyere. Esa chaqueta, no es otra cosa sino el trapo sucio de limpiar los orines de la gata desintegrada.
TIBURCIA.— Eso es mentira.
LOMOEYAGUA.— Tiburcia tiene razón.
NATALIA.— Ud. se me calla, parpadocaido.
TIBURCIA.— Atrevida. Respeta a mi novio.
LOMOEYAGUA.— Tiburcia tiene razón.
NATALIA.— Ud. se me calla, parpadocaido.
LOMOEYAGUA.— Tiburcia tiene razón.
NATALIA.— Pero qué caída de ojos. Ay, se le caen, se le caen.
TIBURCIA.— Esto es ofensivo. No la soporto más. Monina.
LOMOEYAGUA.— Tiburcia tiene razón.
NATALIA.— Ud. se me calla, bestia alcohólica. Mira, eléctrica, eres una cosa mala y un...
POLICARPO.— Basta.
LOMOEYAGUA.— Los elementales.
POLICARPO.— Cállate, Lomoeyagua. Cállate, Tiburcia. Cállate, Natalia. Habla, Policarpo. Sí, yo puedo hablar, me levanto, porque estoy acreditado para ello, yo tengo certificado de gran Miseyere, lista en blanco y registro de circulación. Todo esto me acredita a hablar.
LOS TRES.— Miseyere, Miseyere, Miseyere.
POLICARPO.— A callar. Yo soy Mesías. Maestro de maestros. Mesías, Mesías, Mesías.
LOMOEYAGUA.— Yo también. (SE SITUA A SU LADO).
POLICARPO.— Apártese loco. Ud. solamente es mi discípulo. (LE EXTIENDE LA MANO) Bese Ud., está sagrada. (LOMOEYAGUA LE BESA LA MANO) Y ahora verán mi herida... el navajazo pectoral, consagrado tres veces. Miren. (SE ABRE LA CAMISA PERO EN EL PECHO NO TIENE NADA) Ah, perdón, no es verdad, no fue en el pecho, fue en la ingle. (VA A QUITARSE EL PANTALON)
TIBURCIA.— Le creo, le creo.
NATALIA.— Atrévete. (LE ABRE LOS OJOS) Subiendo, subiendo.
LOMOEYAGUA.— Todos te creemos, Miseyere.
POLICARPO.— Claro, cómo no van a creerme.
LOMOEYAGUA.— Es cierto.
POLICARPO.— Yo soy Mesías. Maestro de maestros. Gran Miseyere. ¿No es verdad, mi discípulo?
LOMOEYAGUA.— Es cierto, es cierto, es cierto...
POLICARPO.— Oigame, ¿qué atrevimiento es ese?
LOMOEYAGUA.— Es cierto, es cierto. (POLICARPO LO MIRA PROFUNDAMENTE) Ay, me silencia con la mirada.
TIBURCIA.— Ay, ay, ay, mi chaqueta, arréglenmela, arréglenmela. No puedo vivir sin mi preciosa, sin mi regia chaqueta de reina.
POLICARPO.— Cállese, descompuesta. Y míreme.
TIBURCIA.— (CON TERROR) No.
POLICARPO.— (SE APROXIMA) Ah, tienes miedo.
TIBURCIA.— Ay, Lomoeyagua, sálvame. No, no, no.
LOMOEYAGUA.— No, no la tomarás. Lo impediré. (SE PONE EN MEDIO)
POLICARPO.— Ah, te rebelas.
POLICARPO.— (MIRANDOLO INTENSAMENTE) Mírame, mírame.
LOMOEYAGUA.— No, no, los rayos... Los rayos...
NATALIA.— Poder, poder, poder... (RISA SINIESTRA)
TIBURCIA.— No, a él no. Perdónalo.
LOMOEYAGUA.— Los rayos, me vencen... me dominan... Los rayos.
POLICARPO.— (CON UNA RISITA DIABOLICA) Mírame... discípulo bestial.
LOMOEYAGUA.— Los rayos ultravioletas me persiguen... Ay, (QUEDA HIPNOTIZADO; POLICARPO DA UNOS PASES MAGICOS Y CONVIERTE A LOMOEYAGUA EN UN PERRO FEROZ)
POLICARPO.— Ya está. Lo dominé. A ver discípulo bestial... toma tu forma primitiva... Al suelo "Lomo". (LOMOEYAGUA SE TUMBA COMO UN PERRO)
TIBURCIA.— Auxilio, asesino. No lo permitiré.
NATALIA.— (LA DETIENE) Cállate, estúpida. Es un milagro.
TIBURCIA.— Milagro, milagro, milagro. (LLORA)
POLICARPO.— Silencio (A LOMOEYAGUA) A ver, perrito sarnoso, ráscate la barriguita. (ESTE LO HACE) A ver ahora, duérmete. (LO HACE) Ahora tienes pesadillas. (GRUÑE)
TIBURCIA.— Sufre, sufre. Qué horror. ¿Qué puedo hacer? Ah, lo cubriré con mi chaqueta mágica y lo desencantaré. (LO VA A HACER)
NATALIA.— ¿Qué vas a hacer, torpe? Policarpo, ayúdame.
POLICARPO.— Ah, ¿tú también te rebelas? Ahora verás. (A LOMOEYAGUA) Cógela, "Lomo", cógela y destrúyele el paracaídas. (LOMOEYAGUA AHULLA Y SE LANZA TRAS TIBURCIA)
TIBURCIA.— Ay, ay, ay, (LUCHAN CON LA CHAQUETA LOMO Y TIBURCIA; ENTRA POR LA DERECHA UNA MUJER CANTANDO, TRAE EN LAS MANOS UN CUBITO CON UNA MATICA MUY CHIQUITICA CON UNAS HOJITAS MUY VERDECITAS; TODOS CORREN A LA VENTANA)
LA MUJER DEL CUBITO.— Ñeñe, ñeñeñe, ñe, ñeñe, ñeñeñe, ñe; (ETC.) (SALE DESPUES DE CRUZAR EL ESCENARIO)
POLICARPO.— ¿Quién es ella?
NATALIA.— La mujer del cubito.
TIBURCIA.— Va a regar su plantita.
LOMOEYAGUA.— ¿Para qué?
TIBURCIA.— Es hora de comer.
LOMOEYAGUA.— Ah. (SE RIE) Lo mira. (POLICARPO MIRA A LOMOEYAGUA PROFUNDAMENTE: TENSION; LOMOEYAGUA SE TRANSFORNA EN... "LOMO")
TIBURCIA.— Ay, ("LOMO" SE ABALANZA SOBRE ELLA. TERROR)
POLICARPO.— Basta. (HACE UN GESTO Y LOMOEYAGUA VUELVE A SU FORMA NATURAL)
LOMOEYAGUA.— Ay, los rayos, los rayos. (EN UN GRITO) Tiburcia.
TIBURCIA.— Lomoeyagua, mi príncipe errante al fin nos encontramos de nuevo. (ESCENA DE AMOR)
NATALIA.— (APLAUDIENDO) Milagro, milagro. (BESA A POLICARPO. OTRA ESCENA DE AMOR MENOS CANDOROSA) Ay, mi sultán, rey de los magos.
POLICARPO.— (A LOMOEYAGUA) ¿Cómo estás, discípulo atrevido, aprendiz de Mesías, párvulo indefenso, después de haber pasado la prueba infrahumana?
LOMOEYAGUA.— (SE ARRODILLA) Ay, los elementales, los elementales. Ha sido una prueba terrible. (SE QUEJA)
TIBURCIA.— Pobrecito. (SE QUEJA TAMBIEN)
POLICARPO.— Ha sido necesario. Así no dudarás de la lista en blanco y del certificado de gran Miseyere. Aprende, discípulo, (SE ACERCA A LOMOEYAGUA) Y ahora te recojo de nuevo en mis brazos protectores.
LOMOEYAGUA.— (SE ABRAZAN) Maestro. (TIBURCIA Y NATALIA APLAUDEN)
NATALIA.— A la fiesta.
TODOS.— A la fiesta. Nos caemos.
TIBURCIA.— Ayyyyy... mi chaqueta. Ay, qué desamparada estoy. Han destruido mi chaqueta. Ya no valgo nada. Yo me quiero morir.
NATALIA.— Me recoge. Ay, se descompuso. Poli, haz algo por ella.
LOMOEYAGUA.—Ay, mi Tiburcia, no sufras.
POLICARPO.— Lomoeyagua.
LOMOEYAGUA.— (SE PARA EN SECO) Ay, los rayos. (SE ESCONDE TRAS TIBURCIA)
POLICARPO. —Lomoeyagua, compón la chaqueta.
TIBURCIA.— Lomoeyagua no es esclavo de nadie. El no la compondrá.
LOMOEYAGUA.— Es cierto.
POLICARPO.— Ah, es cierto, ¿no?
NATALIA.— Poli, no permitirás.
POLICARPO.— (LE HACE UNA SEÑAL DE SILENCIO) Vamos a ver, pondré un acertijo. Si lo contestas acertadamente no la coserás.
NATALIA.— ¿Y quién la coserá?
POLICARPO.— Tú. (LOMO Y TIBURCIA SE ALEGRAN) ¿De acuerdo?
LOMOEYAGUA.— Es cierto.
POLICARPO.— A ver, ¿qué es un escote? (LO PRONUNCIA ASI: SHCOTTE)
LOMOEYAGUA.— Son... son... (TIBURCIA SE LE APROXIMA)
POLICARPO.— Shssss, para allá, señorita. No se permiten sopladitos.
LOMOEYAGUA.— Son unos picos redondos.
POLICARPO.— (TRIBUNAL) Desaprobado. (NATALIA APLAUDE) Discípulo bestial, el escote es lo que usan las mujeres en sus vestidos que lo mismo sirve para pescar a un hombre que para pescar un resfriado.
LOMOEYAGUA.— Es cierto.
TIBURCIA.— No se vale. Traición.
POLICARPO.— A callar. (A LOMOEYAGUA) Puesto que no supiste responder ya sabes lo que te toca... a coser.
LOMOEYAGUA.— Me humillas.
POLICARPO.— Chitón. Y coja la chaqueta, rápido.
LOMOEYAGUA.— (HACIENDO LO INDICADO) Ay, me humillas, me humillas. (LLORA)
TIBURCIA.— (CANTA):

"No digas eso, amor mío
nada te puede humillar
que hacer una cosa bella
nunca podrá deshonrar,
cósela con bello gusto
pon todo tu arte en ella
y cuando hayas terminado
obtendrás un premio justo".

POLICARPO.— A coser, a coser. (LOMOEYAGUA SE PONE A COSER JUNTO CON TIBURCIA) Bueno ahora que todo está arreglado al fin, vamos venga, Natalia, flor de querequeté, y siéntese aquí. (LE INDICA LAS RODILLAS) Vamos. Los mira. (NATALIA SE SIENTA EN SUS RODILLAS) Y ahora verá el regalo que le he traído, para que se lo ponga hoy en la fiesta y para que lo lleve toda su vida.
NATALIA.— Ay, mi cielo, qué sutil eres.
POLICARPO.— Cierre los ojos. (NATALIA LO HACE) Ahora... (SACA UNA CAJITA) Abralos.
NATALIA.— Ay, el anillo de compromiso.
POLICARPO.— Me ha costado un dineral, así es que no lo estés tocando mucho. Tuve que vender una de las mejores vacas para comprártelo.
NATALIA.— (MIRA BIEN LA SORTIJA) Pues no se diría que te hayas arruinado, Mc Dólar, porque el anillo es más bien chiquito.
POLICARPO.— (TOSE) Es que cuando lo compré era más grande, pero como esta es la quinta vez que le mando a limar el nombre.
NATALIA.— Ay, te mataré, te mataré. Mc Dólar.
POLICARPO.— (DETENIENDOLA Y ABRAZANDOLA; CANTA):

"Damisela, damisela,
no se ponga Ud. tan brava,
y salga de la ventana
que quiero verle la muela.
Dama, risito de flor,
ramito de bello aroma
a la ventana se asoma
cuando escucha mi canción.
Si pasas por el balcón
y cerca de la enramada
acércate a la ventana
y verás mi corazón".
(TODOS APLAUDEN)

NATALIA.— Vamos al baile.
POLICARPO.— Vamos al baile.
LOMOEYAGUA.— Vamos al baile.
TIBURCIA.— Vamos al baile.
TODOS.— Al baile, al baile, al baile. (HACEN UNA RUEDA)
POLICARPO.— (LE EXTIENDE LA MANO A LOMOEYAGUA) Una limosnita.
LOMOEYAGUA.— (EL MISMO JUEGO A TIBURCIA) Una limosnita.
TIBURCIA.— (EL MISMO JUEGO A NATALIA) Una limosnita.
NATALIA.— (EL MISMO JUEGO A LOS TRES) Una limosnita.
TODOS.— Somos limosneros.

POLICARPO.— No. Yo no soy limosnero. Yo soy Mesías. Y necesito saber inmediatamente qué clase de personalidades irán a ese baile conmemorativo. No me es posible codearme con cualquier clase de chambuchina.
LOMOEYAGUA.— Ni yo tampoco, porque soy discípulo.
TIBURCIA.— Pues no hay peligro: irá lo mejor de por aquí. Cheo y su hija mongólica, Africa y sus medias noches...
NATALIA.— Cacha y su hija y su marinovio, Jazmín mustio con Pasiflora y flor de vaca...
TIBURCIA.— Pancho y Ramona, el cojo y la doctora...
NATALIA.— Bigote Ramírez y Guala la que se atasajeó...
TIBURCIA.— Cena la... (HACE SONAR LOS DEDOS)
NATALIA.— Candelaria como candela y la que pestañea pierde...
TIBURCIA.—Sirvería la barajera, el loquito, bijirita...
NATALIA.— La bizconeada y los marsianitos de Santa Fe...
TIBURCIA.— Y también... claro... no podía faltar... Cubito.
NATALIA.— ¿No se podría hacer algo por que ella no fuera?
TIBURCIA.— Imposible. Ella no faltará de ninguna manera.
NATALIA.— Lo hará sin duda después de...
TIBURCIA.— Después de comer, claro está. (LOMO RIE)
NATALIA.— Sí, también irá Cubito. Lo miro.
POLICARPO Y LOMOEYAGUA.— Viva la ralea.
TIBURCIA.— No se dejen impresionar. Irá lo mejor... claro con excepción...
NATALIA.— De Cubito.
TIBURCIA.— Si no fuera por ese problema que tiene. Es una lástima.
NATALIA.— Sí, indiscutiblemente.
TIBURCIA.— (SUSPIRA) No se pudo evitar. Aunque se pasaron rigurosas invitaciones.
NATALIA.— Requisito indispensable: presentación junto con la invitación, la hoja de antecedentes penales.
TIBURCIA.— No hay nada que temer entonces. Será una espléndida fiesta. Será el baile más precioso que se haya celebrado en el Palacio...
NATALIA.— De los Cartones.. (RIE) Qué fiesta. (LOS DOS APLAUDEN)
TIBURCIA.— Y yo estrenaré mi chaqueta. (TAMBOR. COMIENZA LA MUSICA; EN LAS PARTES HABLADAS SUBRAYARA RITMICAMENTE LOS VERSO)
NATALIA.— (HABLADO):
La linda chaqueta
de mi hermana
yo la tiraría
por la ventana.
TIBURCIA. —(HABLANDO):
Te gusta, te gusta
mi bella chaqueta
observa que es hecha
de una sola pieza.
NATALIA.— (HABLANDO):
Eso estaba viendo
y asombrada quedó
el bordado que tiene
es de uñas con pelo.
POLICARPO.— (HABLANDO):
Pido la palabra:
Tripita de bofe
y una garrapata
y de un alacrán
una de sus patas.
LOMOEYAGUA.— (HABLANDO):
Es cierto.
Pipi de esmeralda
de gata francesa
es lo que se huele
en esta chaqueta.
TIBURCIA.— Ay, no sé si la insultan
Ay, no sé si la alaban
sólo les diré
que vale muy cara.
TODOS.— (CANTAN):
Colorín, colorín, colorín
bailaremos hasta el fin.
TIBURCIA.— (HABLA):
La noche será raso de rosa,
hoja de esmeralda
lentejuela verde
que a lo lejos salta.
NATALIA.—
Las estrellas
son inmensos cocuyos
que nunca descansan.
POLICARPO Y LOMOEYAGUA.— (CANTAN):
La noche es bella
como un camaleón
que los días de fuego
sale del panteón.
NATALIA.— (HABLA):
Hermana querida,
déjame ponerme esa hermosura
que por su extrañeza
se plancha y se arruga.
TIBURCIA.— (HABLA):
No está terminada
me falta un toque
quiero de zafiros
un inmenso broche.
POLICARPO Y LOMOEYAGUA.— (CANTAN):
Ay, por el pie del alacrán
préstale a Natalia
la apreciada prenda
mira que se muere
por un instante ponérsela.
NATALIA.—
La doble vía en el cerebro
me tengo pronto que hacer
para que la linda chaqueta
me pueda en seguida poner
TIBURCIA.— (HABLA):
Los halagos me pierden
y la prestaré
pero sólo un instante
te la dejaré.
POLICARPO Y LOMOEYAGUA.— (CANTAN):
Visión, visionaria
la chaqueta se nombra.
Dígame en seguida
¿la deja o la compra?
NATALIA.—
Le diré en seguida
la compro o la dejo
pero déjame verla
antes en el espejo.
TIBURCIA.— (HABLA):
Ahora verán
qué chaqueta más lind.
llena de cocuyos
que saltan y brincan.
(NATALIA SE PONE LA CHAQUETA)
TODOS.— (CANTAN):
Qué maravilla,
qué maravilla
la piel es de rana
y por eso brilla.
NATALIA.— (HABLA):
Esta chaqueta
tiene entresuelo
con veinte palomos
y veinte conejos.
LOMOEYAGUA.— (HABLA):
Incrustaciones
de verde esmeralda
POLICARPO.— (HABLA):
Entre nariz y ojo
su esqueleto danza.
TIBURCIA.— (CANTA):
No es porque la hice yo
pero la chaqueta es un primor
me llevó cien años
su conclusión
por eso la quiero con el corazón.
NATALIA, POLICARPO Y LOMOEYAGUA.— Divina, divina, divina.
TODOS.— (CANTAN):
Colorín, colorín, colorín,
bailaremos hasta el fin.
(SE VAN)
TIBURCIA.— (HALANDO LA CHAQUETA):
Dame la chaqueta.
suéltala ya.
NATALIA.— Ay, marfil de colmillos.
POLICARPO.— De un gran elefante.
LOMOEYAGUA.— Por eso está siempre
LOS TRES.— Tan brillante. (RIEN)
POLICARPO.—
Pero es de un color
que está en desuso.
LOMOEYAGUA.—
Con tripas de pato
está hecha la cuerda.
NATALIA.—
Olorcito rico.
Olorcito grato.
POLICARPO.—
Costura enjaulada
con muchos retazos.
LOMOEYAGUA.—
Lentejuelas verdes
que brincan y saltan
LOS TRES.—
Párenme en la esquina
para contemplarla.
TIBURCIA.— (CANTA):
Chaqueta preciosa
con gasas de seda
no suspires tonta
seré yo tu dueña.
TODOS.— (CANTAN):
Colorín, colorín, colorín,
bailaremos hasta el fin. (SALEN)
NATALIA.—
Pi, pi, pi, ri, bi.
Párate ahí.
TIBURCIA.—
Pi, pi, pi, ri, bí.
Todos mis halagos son para ti.
NATALIA.—
Pi, pi, pi, ri, ba.
Con la chaqueta no se va.
LOMOEYAUGA.—
Pi, pi, pi, ri, bá.
La chaqueta que linda está.
POLICARPO.—
Pi, pi, pi, ri, bú.
Yo soy más lindo que tú.
TIBURCIA.—
Pi, pi, pi, ri, bó.
La dueña soy yo.
NATALIA.—
Pi, pi, pi, ri, bi.
Dénmela a mi.
LOMOEYAGUA.—
Pi, pi, pi, ri, bá.
Déjenla ya.
POLICARPO.—
Pi, pi, pi, ri, bú.
Suelta la chaqueta, carajú.
NATALIA.—
Pi, pi, pi, ri, bó.
Suéltala se acabó.
TIBURCIA.— No, no, no.
NATALIA.—
Pi, pi, pi, ri, bi.
Déjala ahí.
POLICARPO.—
Pi, pi, pi, ri, bú.
Suéltala, carajú.
LOMOEYAGUA.—
Pi, pi, pi, ri, bá.
Déjenla ya.
TIBURCIA.— Ay,
NATALIA, LOMOEYAGUA. POLICARPO.—
Pi, pi, pi, ri, bó.
La chaqueta se rompió.
TIBURCIA.—
Pi, pi, pi, ri, bó.
Me muero yo.
(MUERE)
NATALIA, POLICARPO, LOMOEYAGUA.— .
Pi, pi, pi, ri, bá.
Pi, pi, pi, ri, bé.
Pi, pi, pi, ri, bi.
Pi, pi, pi, ri, bó.
Pi, pi, pi, ri, bú.
TIBURCIA.— Ay.
NATALIA.— Pin.
POLICARPO.— Pan.
LOMOEYAGUA.— Pun. (CAE DE RODILLAS JUNTO A TIBURCIA MUERTA Y LLORA)
NATALIA Y POLICARPO.—
Se murió en el salón,
se murió de sopetón.
(CANTAN)
Colorín, colorín, colorín,
bailaremos hasta el fin.
Colorín, colorín, colorín,
bailaremos hasta el fin.
Colorín, colorín, colorín.
(NATALIA Y POLICARPO SE VAN BAILANDO A LA FIESTA DEL PALACIO DE LOS CARTONES).
(TELON)

a partir de cero

A PARTIR DE CERO es, como saben nuestros lectores, sección fija de LUNES. Ahora bien, aparece o desaparece de acuerdo con la programación del magazine. De cualquier modo, y a pesar de su falta de periodicidad, A PARTIR DE CERO ofrece siempre el interés de dar a conocer a jóvenes escritores que no han tenido oportunidad de publicar sus trabajos.

En este número LUNES presenta a dos escritoras: Olga Andreu y Evora Tamayo, que aquí aparecen con dos relatos en extremo interesantes.

El primero, titulado de SEIS A DOS, escrito por Olga Andreu es una descripción dramática y verídica de los días de la dictadura de Batista, mezclada al mismo tiempo con la vida privada del narrador; vida que no es otra cosa que el reflejo de esterilidad de la vida de la República por ese entonces.

En cuanto al relato de Evora Tamayo —UN CUENTO DE NAVIDAD— que personifica en el sacrificio de un cerdo la crueldad de ciertos hombres y y el fatalismo y desesperación en que desemboca una sociedad de victimarios y de víctimas, es, sin duda, una narración humorística muy bien lograda. No es nada fácil mantener con rigor el estilo paródico y el clima de sátira propio del presente relato. Evora Tamayo, a pesar dé sus pocos años, lo logra. Pero dejemos al lector que abra juicio.

Un cuento de NAVIDAD

POR EVORA TAMAYO

—¿Quién lo vio morir?
—Yo, dijo la mosca,
con mis ojitos
yo lo vi morir.

(Cantos de Mamá Oca)

Era una mañana deliciosa aquella en que nací. Mi madre, una puerca flaca y barrigona, me tuvo con nueve cochinos más. Yo fui el más gordito y tranquilo. Todos decían que era un cochino soñador. Siempre los creí.

Me sentía distinto a mis hermanos. Recuerdo que cuando estaba saliendo del vientre de mi puerca madre quedé extasiado mirando a mi alrededor. ¡Qué bello era todo! Mi madre estaba a un lado del corral, encima de unas pajas secas, tibias, que invitaban a calentarse; pero yo, puerco y romántico por nacimiento, quedé embelesado en la dulce contemplación del paisaje que parecía nacer de nuestro corral.

La dura realidad me trajo de nuevo al chiquero. Fue cuando uno de mis hermanos quedó asfixiado por mi cochina torpeza de quedar entre el mundo y el vientre de mi puerca madre en pura contemplación.

El empujón que me dió mi próximo hermano me hizo dar dos vueltas lejos de mamá, que echando espuma por la boca sabía lo que era ser madre y haber vivido con un verraco cuatro meses antes.

Al cabo de las cinco horas que duró el parto salimos todos. Algunos de nosotros éramos idénticos a papá verraco; otros a mamá cochina; yo era como mi padre y mi mayor ilusión fue siempre ser como él: un verraco. En realidad todos éramos encantadores y pasamos días inolvidables en aquellos campos.

Mamá era muy celosa y no dejaba que nadie se nos acercara. Sólo papá podía acariciarnos con su hocico largo y lleno de pelos que parecían alambres. Eran muy agradables sus caricias; las de mamá también me gustaban mucho. Además, la quería porque nos alimentaba.

El alimento era para mis hermanos lo más importante; para mí, no. Muchas veces, mientras los demás halaban el vientre de mamá, yo me echaba en medio de un jardincito de flores silvestres que disimuladamente cuidaba. Nadie se enteró jamás de lo que lloré, con lágrimas de verdadero verraco sufrido, cuando descubrieron mis hermanos mi silencioso retiro y la emprendieron a cochinas patadas con las flores. Nunca me sentí más humillado, cuando al quejarme por aquella torpeza, mis hermanos me miraron con lástima.

En el corral donde habitábamos había un fanguero. ¡Qué repulsión, qué asco! Me era insoportable pensar que algún día **aquello** sería mi bautizo, mi baño, y mi servicio, todo en uno; y cuando tales pensamientos acudían a mi cerebro vomitaba como un puerco.

Pero el día de nuestro primer baño llegó más pronto de lo que esperaba. Otros cerdos habían usado ya aquel fanguero y nos hicieron muchos cuentos de ciertos gusanos, lombrices y parásitos que vivían allí. Eso no impidió que mis hermanos chapuzaran eufóricos. Temblé al pensar en las revolcadas que la tradición imponía en el fangal. Afortunadamente llovió ese día como nunca, lo cual me permitió tomar mi bautizo en la forma que deseaba mi pulcritud: dejando que las suaves gotas de agua cayeran sobre mi peludo cuerpo. Mis hermanos, sin hacer caso de la lluvia, se zambullían en el fango gozando de la sucia caricia.

A medida que pasaban los días iba enflaqueciendo, pues casi no tomaba leche. Mi condición de cochino introvertido me impedía hablar claramente con mamá. El caso era que, a la hora de alimentarse, mis hermanos me empujaban hasta el último lugar del vientre de mamá, allí donde su olor de cochina se hacía más penetrante y que yo no soportaba. Opté entonces por comer cuando todos terminaban, así que me alimentaba de sobras.

Después de los tres meses de nacidos ya éramos viejos en el corral. Yo era muy selecto con mis amistades y no me trataba más que con mis amos, con una oveja del patio, con el gallo veterano (como se hacía llamar) y con las abejas de la colmena medio vacía cerca de mi destruido jardincito. Las abejas eran sin duda las criaturas más adorables de aquel lugar. A los demás no podía ni mirarlos.

De nuestros vecinos los más abundantes y vulgares eran las gallinas, horribles criaturas que pasaban el día en plena tarea de prostitución. Tan pronto ponían un huevo no cesaban de cacarearlo a los cuatro vientos. Mostrar sin pudor el fruto del pecado era algo que exasperaba. Con estos animales, que se entregaban todas a un mismo gallo, me era imposible el trato por muy educado que fuera. Yo tenía un concepto, quizás antiguo, del amor. La fidelidad y dedicación por un ser amado sería el puntal donde radicaría mi amor por alguien en el futuro.

Todavía existían seres más repulsivos que las gallinas: una

pareja de chivos, animales destructores, que todo cuanto veían devoraban insaciables. Además, ese olor a chivato que despedían los hacía más desagradables aún. Y cruel destino el mío, tuve que hacerme amigo de ellos para que no arrancaran algunas de las flores de mi jardín que sobrevivieron a la estupidez de mis hermanos.

Con las abejas era diferente. Ellas, al llevar el polen, multiplicaban las flores. Con valor suicida incaban su aguijón en la piel de aquellos demonios. Por mi parte esperaba que algún día, si las abejas no acababan con ellos, los amos los hicieran enchilado

A la yegua y al caballo de la finca no tuve oportunidad de tratarlos. Ellos siempre andaban paseando con los amos. Parecían buenos animales.

En cuanto a la vaca y al toro, tampoco eran mis amigos. Reconocía que eran trabajadores; pero esos tarros que salían de sus cabezas no los soportaba mi vista.

No quiero dejar de mencionar al perro. Lo envidiaba en silencio, pues era el mejor amigo del amo; pero siempre nos ladraba a mí y a mis hermanos.

Les parecerá monótona la vida que hacía por aquel tiempo observando a mis coterráneos. Sin embargo, fue entretenida y cómoda para mí hasta que un suceso que por el momento no creí importante vino a cambiar mi plácido existir.

Esto sucedió del siguiente modo. A papá verraco le mandaron una bella cochina de pura sangre bastante gordita, de hocico corto y extremidades muy bien formadas y de piel color marrón que semejaba la tierra húmeda del arroyo. Parecía inteligente y trataba a papá con visible desprecio.

Yo hice amistad con ella a escondidas de mamá, que deseaba verla convertida en manteca y chicharrón.

La nueva vecina vivía en un corral aparte, lejos del nuestro, pues se temía que mamá la fuera a maltratar. A mí me preocupaba el asunto, no por mamá, sino porque la vecina era joven y vigorosa.

Mi nueva amiga —pues me hice amigo de ella— se llamaba Tere en honor a la hija de su dueño que nació el mismo día que ella. Hicimos buena amistad, que me valió para enterarme de muchas cosas, entre ellas, el motivo de su llegada. Y cómo lloró la pobre Tere cuando me contó ese motivo: la fatalidad de no haber machos en su finca para tener cría.

Yo traté de consolarla y parece que tuve gran éxito. Me dió una patadita muy dulce y pasó su hociquito por mi vientre. En un arrebato de pasión juré que jamás dejaría que alguien me tocara donde ella lo había hecho; pero ella me aseguró que, a pesar de mi juramento, por mi vida pasarían muchas otras lechonas.

Desde aquel instante viví consagrado a ella; y así, en volcánico idilio, seguimos por espacio de una semana: había encontrado un ideal. Como lo nuestro era ilegal tuvimos que extremar las precauciones para vernos. Fue aquí donde la amistad del gallo nos ayudó a cuidarnos de papá y, por supuesto, de mamá.

Antes de seguir quiero presentarles al gallo. Era un animal viejo y mundano que conocía muchos patios, muchos pollos y más gallinas. Había sobrevivido a varias crisis de hambre de los amos sin dejarse capturar para sopa. Me contó que en tiempos pasados fue muy hermoso, de gran cresta erguida, de fuertes patas y puntiagudas espuelas. Su pico era envidiado a muchos kilómetros a la redonda por su fortaleza para picar a las gallinas cuando las cogía, o a los rivales cuando atacaba. Ahora ofrecía un aspecto lastimoso. La cresta conservaba su color rojo, pero las espuelas le dolían y su canto partido y afónico dejaba escapar más gallos que el mismísimo Mario Lanza.

Mi amigo, conocedor de mi secreto, prometió cantar cada vez que se acercara el verraco de mi padre, cosa en la cual no fiaba yo mucho debido a su innegable afonía. Cuando papá llegaba al corral de mi cochinita yo huía y mi amiga le daba de lado, aunque esto, en fin, no curase mis celos.

Los días fueron pasando. Mis hermanos crecían de prisa y sin ambiciones. Pasaban los días jugando en el inmundo chiquero, corriendo de un lado a otro y comiendo siempre. Ya mamá no nos daba el alimento, pero nos llevaba donde la hierba era fresca y la tierra blanda para hacer hoyos.

Mis relaciones con Tere fueron haciéndose más difíciles cada día.

Todo sucedió una mañana lluviosa del mes de julio. Para esa noche mi amiga y yo planeamos nuestra primera noche de amor. A las seis de la tarde, mi amigo el gallo, antes de irse a dormir en la mata de ciruelo que hay al lado de nuestro corral, me avisó que mi marranita me esperaba. Me indicaría, con tres cantos seguidos, el momento de escapar de mi corral al de ella. También prometió no dormirse y avisarnos en caso de peligro.

El tiempo pareció detenerse. Los nervios traicionaban mi cuerpo, y de puro gusto los pelos de mi lomo se erizaban al pensar que por primera vez en mi vida nos íbamos a encontrar mi marranita y yo en una noche tibia y con luna.

Este estado de ánimo no podía ocultarse fácilmente; y mi cuarto hermano, que hacía algún tiempo me venía observando, adivinó mi aventura y se lo dijo a mamá. Cuando menos lo esperaba me vi ante mi madre y su cochino marido.

En ese instante oí los tres cantos de mi amigo el gallo. Traté de eludir la conversación, pero mi hermano no permitió mi escapada. A todas estas mi madre se quejaba como si yo le fuera adúltero.

—¿Quién me iba a decir esto? Mi propio hijo traicionándome.

Y comenzó a llorar con tanta intensidad que hasta yo lloré de mi supuesta canallada.

Papá me miraba con curiosidad; a veces con odio. Al fin habló.

—Tienes que castigar a este atrevido. Mire que mirar a esa lechona.

—¡Qué, la quieres para ti?— saltó mamá tratando de dominarse.

Comprendí que esa pelea no me pertenecía, así que miré a mi hermano con desprecio y salí del corral. El gallo seguía cantando aún después de haber oscurecido totalmente y sonaba afónico. Los minutos que antes sentía lentos en pasar me parecían raudos ahora trayendo consigo la noche, tan tibia y con tantas estrellas.

Decidí acostarme y regresé al corral. Mamá se echó cerca de mí observándome en silencio. De pronto aquella mirada despertó en mí una oscura intuición. Volví la cabeza hacia el lecho de papá. Estaba vacío. Comprendí entonces la expresión en la cara de mamá: hubiera querido que fuese yo el ausente. Esperé entonces a que se durmiera.

Hice acopio del poco valor que tenía y me levanté sin hacer ruido. La luna no había salido aún. Mis hermanos dormían en hilera y tuve que rodearlos. Sufrí tanto por mi poca habilidad en estos menesteres que una vergüenza súbita me hizo subir la sangre a la cabeza.

Salí de aquella cámara de tortura que era el corral y corrí libre por el gran patio que se abría afuera. De pronto tropecé con la colmena. Todas las abejas dormían. Las envidié en silencio al comprender que carecían de conflictos emotivos similares a los míos. Seguí corriendo alejándome de mi casa y al propio tiempo de mi lechona. A poco me encontré con la oveja, que al sentir ruido se despertó.

—¿A dónde vas? —preguntó con su acostumbrada calma estirando los miembros.

—Sólo quería dar una vuelta para refrescarme —mentí a propósito.

—Es mejor que vuelvas junto a tu madre —y volvió a recostar su cabeza en la hierba. El sueño pareció envolver el lugar.

Me alejé sin rumbo fijo. De pronto, a sólo dos pasos de mí, me encontré con papá y mi adorada lechona.

No sintieron mi llegada. Sus cuerpos y sus sentidos, fuertemente enlazados, los ausentaban de este mundo. Retrocedí torpemente y casi corriendo llegué al lado de mamá. Me acosté cerca de ella y esperé a que llegara el día.

Papá regresó con el Sol. Lucía cansado, pero muy contento. Supe entonces lo que era la envidia y comencé a odiar a todos; pero a ella me era imposible odiarla. Sólo que jamás la volvería a ver.

Debido a mi naturaleza tranquila nadie se percató de mi silencio. Sólo mis amigos se enteraron de lo sucedido. Sin embargo, nunca oirían un "oink" de mí.

A pesar del propósito de alejarme de la marrana no pude contenerme y a la tarde siguiente pasé cerca de ella. La escuché cantar: "Qué noche la de anoche". Ni odiarla pude entonces, tanto la amaba.

Pasó una semana. Papá se escapaba casi todas las noches cuando mamá era vencida por el sueño. Por él me enteré que mi lechona se iría, y sin poder contenerme, me fui a verla a pesar de los consejos del gallo de que la olvidara.

Estuvimos hablando mucho rato. Recuerdo su gracia y su dulzura; recuerdo cómo cayó de bruces ante mí pidiendo que la perdonara. Comprendí, según me explicó, que leyes superiores a nosotros vigilaban para que se cumplieran mandamientos tan poderosos como la "perpetuación de la especie". Bajé la cabeza y lloré. Terrible destino: las leyes de este mundo sólo me hacían sufrir. Antes de marcharse me dijo que sus hijos se me parecerían, pues su pensamiento estaba puesto en mí cuando los engendró. Al fin de mi vida supe que este había sido el día más feliz que conociera. Su ausencia nos perturbó un poco a papá y a mí. A papá, a pesar del olvido, le quedó en su cabeza el estribillo "qué noche la de anoche".

Al llegar la Navidad estábamos convertidos en hermosos y apetitosos lechones. Contagiados por la alegría de nuestros amos nos dispusimos a celebrar la llegada del niño Jesús. El más alborozado era yo. Apasionado y sentimental por naturaleza me daba a los goces y sufrimientos con todo el corazón. Y los días pasaron y llegaron las fiestas más hermosas que se puedan celebrar en este planeta.

22 de diciembre, temperatura fría; tan fría que me costó trabajo salir del rincón del corral. Día clarísimo, la hierba verde lucía brillante por el rocío de la madrugada; los racimos de naranjas caían al suelo en una alfombra de azahares; un sol rojizo y tibio calentaba cada ramita de aquel oasis. Mirando este espectáculo me sentí pletórico de dicha y amé como nunca la belleza de aquel follaje suave y salvaje.

Corrí hacia el patio. De un salto gané el camino que va a la casa. Contemplé el árbol de Navidad. Las bolas colgaban cual grandes naranjas, rojas, amarillas, y aquella azul y la otra verde, y las había que parecían ciruelas; y allá muy alto vi una estrella azul, de intenso azul, como las que fueron testigos de mi mal de amor varias semanas atrás. Siempre que veía las estrellas recordaba a mi lechona. Aquellas noches, cuando esperaba impaciente a que el gallo cantara, me parecía que las estrellas detenían su titilar para oir su canto; y las miraba hasta muy tarde en que dormido y con los ojos de mi alma las veía acercarse y chocar conmigo trayéndome el perfume de mi puerquita.

Después de esta contemplación (y meditación) ante el árbol de Navidad corrí, con alegría de verraco sentimental, hacia el corral para narrar las bellezas del árbol a mi madre. Cuando llegué estaba charlando sombríamente con mis hermanos.

Al verme callaron. Mis hermanos me miraron con lástima.

bajaron la cabeza y salieron del corral en silencio. Cuando salieron, mi madre me acarició las orejas con el hocico sin hablarme. Deseoso de romper aquel extraño silencio comencé a contar mis experiencias en casa del amo y lo feliz que era. A esto mamá contestó:

—¡Qué verraco eres, hijo mío! Mi deber de madre me hace desgraciada en este momento, pero es necesario terminar de una vez.

Terminó con voz ahogada por el llanto:

—Hijo de mi cochina vida, vas a morir. Esta lechona llora por ti y por todos los que caerán en la celebración de las Navidades.

No la comprendí. Me sentía feliz a pesar de sus palabras y pensé que ella trataba de ensuciar mi felicidad como una verdadera cochina. La dejé sin preguntarle nada y me fui.

El día comenzaba de maravillas. Todo el mundo en la casa se ocupaba de mí. Los amos fueron a verme y los noté contentos al comprobar que me encontraron en forma, lo contrario a mis hermanos demasiado gordos y cebados por desmedida glotonería.

Dormí esa noche espléndidamente. El amanecer del 23 no fue tan bello como el día anterior. La neblina ocultaba el Sol y un frío intenso nos aguantaba en la cama. Miré a mis hermanos y sorprendí la misma mirada compasiva del día anterior. No los miré más y salí al patio a pesar del frío. Corrí hasta la casa del amo; miré el árbol con la estrella y las bolas de colores; pasé tan cerca del árbol maravilloso que las campanitas chocaron entre sí y sus tañidos me estremecieron de placer. Entonces vi a mi amigo el gallo. Lo saludé con afecto, pero no se dio por aludido. Tenía las plumas mojadas y una pata recogida.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Son unos hipócritas los humanos— respondió picoteando las palabras.

—No lo creas, son gente muy buena. ¿Has visto su árbol de maravillas?

—Hace diez años que lo veo y no me gusta. Un día, contemplándolo, pensé cómo luciría en el tope. Cuando lo volví a pensar ya estaba encaramado en él. La caída del árbol hizo que muchas de esas malditas bolas se rompieran, de lo cual me alegré.

—¿Cómo pudiste hacer semejante cosa, amigo? Yo lo rocé y sabes que me habló como si fuera un pájaro. Dijo: din din, din din.

—No me hables de ese árbol, pues no cambia a los hombres. Siguen siendo malos, fríos, hipócritas, y crueles.

—No pueden serlo cuando tienen cosas tan bonitas.

—Te haces el ignorante. Debía darte vergüenza decir que son buenos cuando tu raza no les alcanza para tenerse en pie y buscan a mis hermanos y a todo cuanto sea carne y se pueda meter el diente. Son perros carniceros, listos siempre para caer sobre el bocado. Hasta los he visto comerse los unos a los otros.

Quedé impresionado, pero me aferré a que eso no podía ser del todo cierto y formulé algunos argumentos en defensa del hombre.

—Son feroces carniceros, eso es lo que son— repetía el gallo con su ronca voz de tenor afónico. En cambio nosotros no le hacemos daño a nadie, sólo comemos hierbas y granos.

Al fin usé mi mejor argumento:

—Los amos son buenos, prueba de ello es que me fueron a ver hoy. ¿Sabes que lo han hecho con mucha frecuencia en estos últimos días?

—Lo que vienen es a medirte con los dientes. No seas tonto, huye mientras tengas tiempo.

Tomamos por entre la hierba húmeda de rocío. El gallo, en afán de reto, expandió el pecho, respiró hondo y cantó. Su grito, más que de dolor, era de guerra y de impotencia.

—No puedo soportar el verte morir así. ¿Sabes lo que estoy pensando? Conozco ciertas hierbas que si las comes ahora podrían envenenar a esas gentes mañana. Al menos les ocasionarían terribles dolores. Ven, te llevaré hasta el arroyo para que las comas.

—¿Saben mal? —le pregunté intrigado y con cierta morbosidad desconocida en mí.

—Déjate de escrúpulos y melindres ahora —contestó el gallo con asco moral provocado por mí—. Sí, es puro veneno. Será nuestra venganza.

—He buscado siempre un ideal por el cual morir —contesté, no para él que no comprendía, sino para mí—. Primero en el amor y ahora en ese árbol que calificas de maldito y a cuyos pies se encuentra un niño rosado y santo que alza sus manitas queriendo abarcarnos a todos, inclusive a ti.

El gallo quedó pensativo. De súbito una idea estalló en su cerebro.

—Un niño tierno —agregué—, recién nacido, que no comerá de mí ya que mi carne es indigesta.

—¡Efectivamente! —saltó el gallo—. No comerá de ti, por lo tanto, seré yo el sacrificado: porque si él no puede comer carne de puerco, es posible que le hagan un buen caldo de gallo. Malditos, malditos. Me capturarán, pues ya soy muy viejo para poder huir.

El gallo estaba en el frenesí del horror. El pensamiento de que pudieran hacerlo caldo era demasiado para soportarlo.

Seguimos caminando en silencio. El gallo trataba de encontrar una forma de redondear su muerte. Su vejez le informaba por su cascada garganta que esta vez no podría huir de los amos. Su vejez también le informaba que, de poder escapar de los amos, le sería imposible hacerlo del Ama absoluta y su guadañazo.

Sabía yo lo que estaba pensando; sabía que no se resignaría a morir para que otro se beneficiase con su muerte. No era un idealista como yo.

Llegamos al arroyo. Las turbias aguas se fundían con los yerbajos de la orilla.

—Aquí están las hierbas que te dije, cómelas y fastídialos —me decía.

Hablaba siguiendo un impulso inicial. Ya mi caso había dejado de interesarle; era el suyo el que le importaba ahora. En ese instante —me preguntaba—, ¿seguiría sintiendo por mí su antigua amistad? ¿Se borra todo lazo efectivo ante la muerte, la gran INDIFERENTE?

Pero esto no me preocupó demasiado, le comprendía y deseaba ayudarle.

Al fin dio forma a sus pensamientos.

—Yo también voy a comer las hierbas venenosas. Lo que es de mí ese niño no se alimenta; y si lo hace, peor para él.

No era cínico o despiadado el gallo; hablaba con la seguridad que da la venganza. Comenzó a picotear la rojiza hierba y entonces comprendí la enormidad del doble crimen que planeaba: en sí mismo y en el bello niño.

—Sólo evitarás que siga comiendo si tú lo haces —diciendo esto me miró con malicia.

Quedé petrificado ante la maldad de mi amigo. Me encontraba ante una situación que no alcanzaba mi juicio.

El gallo me miraba decidido esperando una respuesta. Rápidamente me planteé el problema: o la comía yo y con esto envenenaría a la familia salvando al niño, o la comía él consumando la muerte del pequeño.

El gallo era un caso perdido. De individuos como él estaban llenos todos los patios del mundo.

Comencé a comer. El gallo me escogía las briznas de hierba como si para aquel acto hubiera esperado toda su vida. Las hierbas eran amargas y parecía que en su interior se escondía la maldad del gallo.

—Con eso puedes estar seguro que no quedará ninguno de nuestros amos en pie. Ni uno, ni uno, ni uno... —repetía el gallo, y con risa de cloqueo agregaba: Todos morirán, todos morirán, todos morirán...

—No sigas diciendo eso o moriré aquí mismo de pesar —gemí.

—No harás tal cosa. Tienes que lucir bien, saludable. El amo vendrá a buscarte muy pronto. Vámonos para la casa, con lo que has ingerido tienes de sobra. Todos morirán —el cloqueo del gallo parecía de borracho.

Volvimos a la casa. Dejé al gallo en lo alto de su ciruelo y seguí hasta el pozo donde en un latón ennegrecido se hervía el agua con que habrían de pelarme.

Me tiré en el lado seco del pozo, desde el cual se podía observar el árbol, el niño, y todo el movimiento de la casa en víspera de Navidad. El veneno me hacía temblar, la vista se me nublaba y grandes deseos de vomitar me hacían arquear el lomo. Al rato pasaron a fuertes dolores que resistía pensando que el cuchillo que afilaban en la cocina era una bendición.

Instintivamente busqué al gallo. Lo vi todavía en la copa del árbol; me pareció que se tambaleaba y que caía a tierra. Con mucho trabajo llegué arrastrándome hasta el ciruelo. Allí, con las patas estiradas, yacía el gallo. Sus amarillos ojos mirando uno al cielo y otro a la tierra. No tuve tiempo de sentir compasión por él. Hacia mí venía el amo llamándome con cariño y escondiendo en la espalda el enorme cuchillo carnicero, así que corrí entre mil dolores diferentes que salían de mi barriga y de mi corazón paralizándome los miembros. Sin embargo corría como un desesperado.

—Cobarde, traidor —gritaba el amo perdiendo la paciencia al tratar de alcanzarme.

—Trae los perros, Amalia —gritó por fin, y soltaron a Caribe, mi enemigo jurado, que veloz en su carrera me alcanzó rápidamente.

Con humildad y dolor quedé en el suelo sin hacer ya resistencia esperando las callosas manos.

Nos miramos. Vi sus ojos, vacíos de toda expresión afectuosa, proyectarse sobre mí, grandes como huevos y estúpidos como los de una rana. Me llevó entre sus piernas y tiró de mi hocico hacia atrás. Fijé la mirada en el cielo azul (qué hermoso era) y sentí el frío metal atravesar mi corazón de verraco sufrido.

Sentí que el perro lamía las hierbas enrojecidas con mi sangre. Todo se hizo borroso. Pensé en el gallo y en las hormigas que ya estarían sobre su cuerpo. Con mis últimas energías busqué al niño. Muy pronto la nada se extendería sobre él también, ya que todos iban a morir.

De repente comencé a flotar como si fuese un globo hacia el verde árbol. Una vez allí, miré hacia el sitio donde fui sacrificado (asesinado) y vi mi cuerpo desangrándose en convulsiones. Una sensación de malestar me invadió y la confusión se apoderó de mí. El hecho de haber salido flotando de mi cuerpo me hacía, más que cerdo, mariposa. ¡Qué confusión! ¡Qué mundo tan absurdo! No entendía nada.

Una mosca volaba en círculos sobre mi cuerpo y me pareció que lo examinaba como si fuese a dar testimonio de algo. Por fin se decidió a posarse sobre mi hocico. Una vez allí, penetró por un orificio como en su propia casa. Estas fueron mis primeras y últimas navidades.

Y colorín colorado este cuento de Navidad se ha terminado.

Finfinfinfinfinfin...



de 6 a 2

Aquella tarde salí del Banco pensando cosas inútiles. ¿Habré nacido realmente para llenar tarjetas de aperturas de cuentas corrientes en que el cliente apellidado Aróstegui de la Torre declare ante el renglón de ocupación: propietario? ¿O es que acaso en esta sociedad en que yo vivo no es un orgullo poder preguntar a este señor dónde vive, cómo se llaman sus padres, dónde nació? Mientras, trato de sobreponer un pensamiento sobre otro: ahora cogeré la guagua, pediré transferencia, me bajaré en L, trataré de cruzar sin esperar el letrero de PASE mientras el policía del semáforo mire a cualquier muchacha que esté bien y que cruce, luego cogeré otra guagua reteniendo el trozo perforado de la transferencia, cuidando de que intente darme el asiento: no, gracias, me bajo en seguida. Y después caminaré una cuadra hasta llegar a casa.

Pero llegar a casa es agradable. En casa tengo un tocadiscos. Después que trabajo en el Banco vengo y me acuesto en la estera y me pongo a fumar mientras oigo a Vivaldi. ¿De verdad Vivaldi habría compuesto los 12 concerti grossi si hubiera sabido que iba a oírlo gente tan vacía como yo? A veces pienso que hasta que la vida de uno no tenga una razón de ser debía estar prohibido oír a Vivaldi, ver una cosa del Giotto o poder leer a Proust. Oigo que la niña llora. Siento que no me interesa tener que prepararle la leche a un niño. Pero entonces no debió nacer. Me levanto y mientras hiervo la leche la voy a ver. Sé que volveré a crecer cuando crezca la niña. Y si vuelvo a crecer no será para trabajar el fin de mes con los estados de cuentas, cuidando que no se produzcan sobregiros y llenando de números los ledgers para que el cliente pueda verificar. Esa serie de cosas serán incoherentes también para mí. Quiero crecer otra vez para hacer algo útil. ¿Será útil ser prostituta?

¿Por qué no admitirán las madres las hijas prostitutas? ¿Pero sí se casan por dinero, sí? La manejadora de la niña es muy dulce, la oigo: Señora, hoy la niña en el parque dijo mamá.

Terminé la leche y me voy a bañar. Una muchacha no debe estar ni sucia, ni despeinada, ni de mal humor; por lo menos eso dice mi mamá. Las preocupaciones profundas de mi mamá.

Mientras abro la ducha, pongo la alfombra y busco el jabón, pienso en algún pretexto para salir. Mientras coloco la ropa recuerdo una frase de Arévalo de "La fábula del tiburón..." "somos un continente africanizado". Y eso es una justificación. El pretexto es para salir con un muchacho mulato al que yo creo amar. ¿Qué significa amarlo a él? Romper con mi madre, con el trabajo y con mi vacuidad. ¡El pretexto, ya! La reunión de Bancarios en la CTC: estamos citados para aprobar un día de haber para un viaje de Delegados al Congreso de la ORIT. Bueno; en fin, para que vaya Mujal. No voy a ir y nada va a pasar, de todas formas lo van a descontar.

Mientras como la ensalada fría pienso a dónde ir. No sé, pero será un sitio obscuro. Nos pondremos a bailar. Lo hacemos mal pero será fantástico lo que me va a contar mientras me abraza:

—No sé, Olga, no se va a producir la unidad. A pesar de las bombas la gente sigue yendo al cine. ¿Sabes que cogieron "una serie de gente" ayer? Sentí anoche como a las doce cuando sacaban varios muchachos de la cuarta estación. La que queda frente a casa. Y dicen que por la mañana aparecieron tirados dos frente al Malecón. No sé, piensa ahora en nosotros dos. Es fantástico poder estar aquí. Delicioso los dos solos, ¿eh? —y nos sentaremos a mirar cómo toca el tipo del tres. A las nueve me visto. En el automóvil me siento mejor.

—Vamos a Regla, anda.

—¿Y si no quiero?

—Me pego a él. —¿Cómo no vas a querer?

Es delicioso poder hablar toda una noche con alguien que se siente tan mal como yo.

—¡Fantástico, Regla!, ¿verdad?

—Pero los pobres no me dejan disfrutar— mientras camino veo gente acostada en la acera. No me contesta.

—Me hace sentir mal tanta miseria. He estado pensando que tengo que encontrar una forma de luchar. De verdad no lo puedo soportar.

—Pero Olga, tú sí puedes luchar. Hazlo con la gente del 26. Veo un hombre registrando un latón. Pero no tengo valor. Si me ordenan poner una bomba no lo voy a hacer. No puedo responsabilizarme con la muerte. Estoy convencida de que el terrorismo, es negativo, eso no es solución.

Me besa. —Eres fantástica. No creo que vuelva a sentir si no es con una mujer como tú. ¿Te acuerdas la noche que nos perdimos en el Mariel y pasé la noche contigo y no te toqué?

Me acerco. —Hiciste mal. Yo merecía otra cosa—. Me acerco más.

Al final de la noche tenemos ganas de estar juntos. Hacer el amor es una forma de encontrarse.

El regreso es nuevamente el vacío.

—¿Te sientes bien? ¿Podré llamarte mañana para hablar contigo o será lo de siempre?

—Quisiera que pasaran unos días. Después que estamos juntos no deseo verte más. Me haces daño.

Regreso a casa. Cargo la niña mientras está dormida. Siempre soy yo la que le hace tomar la leche de la media noche. No es justo que la manejadora se pase el día con ella y luego se levante a las 2. Consideraciones burguesas de yo-mamá.

Mientras sostengo la niña dormida le beso las manos. Es deliciosa la niña chiquita.

Me acuesto al lado de mi esposo pensando cómo se podrá llenar la vida, cómo se podrá existir.

Por Olga Andreu

12 KILOMETROS POR GALON

Hace meses le daba vueltas a la idea de dar una vuelta. Una vuelta en redondo y nada más. Cada noche me acostaba pensando: mañana le robo la máquina a mi esposo y doy la vuelta. Comenzaré por la calle 22 e iré a todo lo largo del Malecón hasta la Avenida de Paula. Allí no habrá más remedio que regresar para que sea una vuelta. Pero si no hay derecha allí, pensaba, no será exactamente una vuelta.

Aquel día por la mañana me levanté temprano y fui en la guagua a comprobar que hubiera derecha en esa esquina. Izquierda hubiera sido lo mismo a los efectos de la vuelta, pero estaba el agua de la bahía, y eso imposibilitaba la cosa. Además, no surgió una preocupación semejante porque había derecha.

Pero había un problema: para manejar la máquina hacía falta una llave que él llevaba siempre encima. También las máquinas se arrancan con contactos provocados artificialmente, pero es probable que un hombre tan escrupuloso anotara los resultados del cuenta-millas y percibiera una diferencia notable, y como yo era incapaz de dar un disgusto a mi esposo, deseché la idea.

Cada noche, mientras yacía a su lado, planeaba cómo tomarlo sin que esto ocasionara una disputa entre nosotros. Es cierto que lo único que me negaba era el derecho a manejar su automóvil. Y yo quería conservar esa cosa de comprensión que caracteriza nuestro matrimonio. Pero de noche sería fantástico. Quitaría la capota, encendería el radio, y correría, correría... bueno, hasta 12 kilómetros por galón, que es lo más que hace el carro.

Aquella tarde, desde mi máquina de calcular IBM, a la que no se le puede quitar la capota, oí que dos compañeros de trabajo hablaban de distancias, pick up y cuenta-millas de sus respectivos carros. Cuando llegaron a los trucos de zafar la pizarra del cuenta-millas y hacerlo retroceder a su antojo para venderlo como poco corrido, descubrí que ya no tendría por qué darle un disgusto a mi esposo. Esa noche, tan pronto se durmió, robé la llave, cogí la máquina y toqué el claxon en los bajos de la casa de un hombre increíble que me topé mucho antes de haberme casado.

Cuando entró en el auto tenía una expresión tan dulce, que lo besé llena de gozo.

Me lo había pedido tantas veces. Quería poseerme casi a la intemperie en el automóvil que tanto cuidaba mi marido. Y allí, a la vuelta de la Alameda, desde donde se divisa toda la bahía, tenía que ser delicioso.

NOTICIA SOBRE BRUNO SHULZ

Bruno Schulz nació en la Galitzia austriaca, en 1893. Hizo sus estudios en Viena. Pasó a ser ciudadano polaco a causa de la incorporación a Polonia de su ciudad natal (Drohobycz) después de 1918. Tempranamente atraído por la pintura, Schulz enseñaría dibujo mientras vivió en su pequeña ciudad. Allí su padre, Jacobo Schulz tenía una tienda de paños.

Por pura casualidad hace su entrada en la literatura: escribía, bajo forma de cartas que enviaba a un amigo, las impresiones de su vida solitaria y de las cosas que le ocurrían a sus parientes y a sus conciudadanos. Estas cartas pronto se organizaron en relatos, pero el tímido maestro de dibujo de Drohobycz jamás se hubiera atrevido a publicarlas sin la protección y ayuda de un escritor célebre: Sofía Nalkowska que había tenido ocasión de leerlas. De este modo aparecieron, en 1934, Las Tiendecitas de canela. *Estos relatos le aseguraron una suerte de celebridad. No por ello su vida cambió pero sí pudo hacer algunos viajes cortos: a Lwow, a Varsovia, a París. En 1937 publica* El Sanatorio de los Enterradores; *escribe una novela,* El Mesías de la que no ha quedado rastro.

Sobreviene la Segunda Guerra Mundial; sus efectos se hacen sentir en Polonia y Bruno Schulz es arrastrado en este trágico torbellino. En 1941 es encerrado con sus correligionarios, en el ghetto de Drohobycz. Resiste el hambre, pero es asesinado en la calle de un balazo en la nuca por un guardia de asalto a fines de 1942.

Su amigo Arturo Sandauer cuenta la impresión que le causó Schulz en su primera visita a la casa de éste: "Por la cocina, donde trajinaban unas viejas pasé a un cuarto de grandes dimensiones lleno de libros. Allí me esperaba una especie de enano raquítico, con una cabezota bamboleante, con ojos afiebrados". Este retrato es poco halagador, pero revela al hombre de genio.

Leyendo a Schulz se piensa en seguida en Kafka. La comparación se impone. Los mismos orígenes étnicos, la misma dependencia a una religión tradicionalmente autoritaria, la misma cultura alemana, la misma existencia borrosa, los mismos complejos del Padre y del fracaso, la misma soledad y la misma tentativa desesperada para huir de ella. Por otra parte, Schulz tenía conciencia de estas afinidades. El las ha señalado en el prólogo a su traducción del Proceso que, en 1936, introdujo a Kafka en Polonia.

Sin embargo, Schulz difiere de Kafka por un arte totalmente diferente. Su sentido de lo fantástico no es el mismo: es más familiar, podríamos decir, hasta cuando se hace cósmico y con alusiones más precisas a los grandes mitos bíblicos; también se diferencia de Kafka en el estilo: más simbólico y más artístico, es decir, más confiado en los recursos de un lenguaje que lo fascina y con el que encanta a sus lectores.

la VISITACION

POR BRUNO SCHULZ

— I —

Ya desde aquel entonces nuestra ciudad tendía a sumergirse en la grisácea crónica del crepúsculo, a recubrirse en sus bordes de una lepra oscura, de un moho de plumón y de un musgo color de hierro.

El día, apenas desembarazado de las neblinas pardas de la mañana oscilaba en un bajo mediodía color de ámbar, por un instante se hacía transparente y dorado como un vaso de cerveza para perderse en seguida en las bóvedas innumerables de vastas noches coloreadas.

Vivíamos en la Plaza del Mercado, en una de esas casas oscuras, de fachadas vacías y ciegas, imposibles de identificar. Era esto causa de continuados errores. Una vez que nos equivocábamos de puerta o por descuido tomábamos otra escalera, se entraba en un laberinto de viviendas desconocidas, de portales, de insospechados corredores que hacían olvidar poco a poco el designio inicial y sólo al cabo de varios días, después de extrañas y tortuosas aventuras, nos acordábamos con remordimiento, en el alba gris, de la casa paterna.

Atestado de armarios, de profundos canapés, de empañados espejos y de plantas de adorno artificiales, nuestro gran apartamento se venía abajo por la indolencia de mi madre que pasaba el día en la tienda y también por culpa de la bella Adela, de hermosas piernas, y que sabiéndose poco vigilada mataba el tiempo en interminables acicalamientos, dejando por donde quiera huellas de su coquetería en forma de mechones de cabellos, de peines olvidados, de zapatos y de corsés que poblaban negligentemente el piso.

No se sabía el número exacto de cuartos ya que se desconocía cuantos de ellos estaban subalquilados. A veces por azar nos pasaba que abríamos uno de esos cuartos y lo encontrábamos vacío; hacía rato que el inquilino lo había dejado y, en las gavetas, cerradas desde meses, hacíamos extraños descubrimientos.

Los empleados vivían en los cuartos del entresuelo y, a menudo por la noche, nos molestaban sus lamentos ocasionados por sus terrores nocturnos. En invierno y cuando todavía era de noche, mi padre bajaba a esos cuartos helados y oscuros disipando con su palmatoria los rebaños de sombras: iba a despertar a los roncadores de su sueño de piedra.

En los rincones se ocultaban, inmóviles, enormes cucarachas que parecían más gigantescas por la sombra proyectada por la luz de la palmatoria, luz que continuaba agigantándolas cuando uno de estos cuerpos informes y chatos de pronto echaba a correr con una marcha vacilante de artrópodo.

Por esta época la salud de mi padre empezó a declinar. Sucedía, que en las primeras semanas de este invierno precoz, mi padre pasaba días enteros echado en su cama, rodeado de frascos, de medicamentos y de libros de cuentas que le traían de la tienda. El acre olor de la enfermedad se depositaba en el

fondo del cuarto en tanto que las colgaduras de papel pintado destacaban con mayor nitidez sus ramazones de arabescos.

Por la noche, cuando mi madre volvía de la tienda, mi padre se animaba, se ponía excitado y con ganas de armar pelea: echaba en cara a mi madre sus negligencias en lo referente a las cuentas. Le salían los colores a la cara y se acaloraba hasta la inconciencia. Me acuerdo que una vez, habiéndose despertado a una hora avanzada de la noche, lo vi correr descalzo y en camisa de noche, de uno al otro extremo del gran sofá de cuero, manifestando de este modo su nerviosidad ante mi madre desamparada.

Pero, el resto de los días, se le veía tranquilo y recogido en sí mismo, sumergido en la lectura de sus cuentas y perdido por completo en la complicación de los cálculos.

Vuelvo a verlo a la luz aceitosa de la lámpara, acomodado entre los cojines, bajo el baldaquino de la cama taraceada, y vuelvo a ver su sombra colosal proyectada en la pared a sus espaldas balanceándose en una sombría y silenciosa meditación.

A veces levantaba la cabeza por encima de sus cuentas como para respirar un poco, abría la boca, chasqueaba con fastidio su lengua seca y pelada y miraba en torno suyo como si buscara algo.

Entonces salía subrepticiamente de la cama y corría hacia el rincón del cuarto, bajo la pared, donde se encontraba su instrumento de confianza. Era una especie de clepsidra o gran retorta de vidrio, dividida en onzas y llena de un líquido negruzco. Mi padre se unía a este instrumento con la ayuda de un largo tubo de caucho parecido a un cordón umbilical; soldado así a ese lamentable artefacto, se inmovilizaba en el recogimiento. Su mirada se hacía más y más sombría mientras que en su cara lívida aparecía una expresión de dolor o acaso de culpable voluptuosidad.

Después volvían los días de trabajo silencioso, cortados por monólogos solitarios. Cuando estaba así sentado bajo la luz de la lámpara de petróleo, entre los cojines de la gran cama —y el cuarto se poblaba de sombras que se transfundían con la noche inmensa detrás de los vidrios— él sentía, sin mirar, que el espacio circundante lo envolvía de una multitud viviente de pulsaciones, de ruidos y de rozamientos. Escuchaba, sin mirar, urdirse toda una conjura de guiños de ojos entre los arabescos del papel pintado. Parecíanle, de pronto, orejas que escuchaban y bocas que sonreían.

Entonces fingía enfrascarse más en su trabajo; contaba, sumaba, volvía a contar, temiendo traicionar esa cólera que subía desde él, tratando de dominar la tentación de echarse súbitamente hacia atrás, de atrapar con toda la mano un puñado de esos ramilletes de orejas y de bocas que la noche había hecho surgir de su seno y que, sin tregua, hacían brotar nuevos retoños y nuevas plantas de su ombligo de tinieblas. Mi padre sólo recobraba la calma a esa hora en que habiendo terminado la noche, el papel pintado se desvanecía, perdía sus flores y sus hojas, dejando ver a través de sus ramas desnudadas, la aurora lejana.

Entonces, entre el gorjeo de los pájaros de papel pintado, en el alba amarilla de invierno, se hundía por unas horas en un sueño negro y denso.

Durante esos días y esas semanas en que parecía sumergido profundamente en las complicaciones de sus cuentas corrientes, su pensamiento exploraba secretamente el laberinto de sus entrañas. Retenía entonces el aliento y tendía la oreja. Y cuando su mirada volvía, empalidecida y turbada de esos limbos, parecía reconfortarlo con una sonrisa. Aún no les daba crédito y rechazaba como abusivas las hipótesis que lo acosaban.

Por el día eran sombrías meditaciones, largos monólogos en voz baja, cortados por intervalos humorísticos y alegres agarradas. Mas, por la noche, esas voces se hacían más exigentes. La exigencia se hacía imperiosa y expresa y lo oíamos hablar con Dios, ya suplicando, conjurando o rechazando sus pretensiones insistentes.

Hasta que una noche esa voz se levantó, inexorable, exigiendo que él le diera testimonio por su boca y por sus entrañas. Y escuchamos al espíritu entrar en él; lo sentimos levantarse, largo, descarnado, engrandecido por toda su cólera de profeta, ahogándose con palabras admonitorias que descargaba a manera de ametralladora. Sentimos el estruendo del combate y los gemidos de mi padre, titán con la cadera rota, que osaba aún desafiar a los dioses.

Nunca he visto a los profetas del Antiguo Testamento, pero a la vista de este hombre, fulminado por la cólera de Dios, acurrucado encima de un gran orinal de porcelana, recubierto por el viento de sus hombros, por la nube de su gesticulación que sólo dominaba su voz rocallosa y como extraña, comprendí la cólera divina de esos ancianos venerables.

Ese lenguaje era amenazador como el del rayo. Los gestos desordenados de los brazos desgarraban el cielo y, en sus agujeros, aparecía la cara de Jehová, hinchada por la cólera y vomitando injurias... Sin mirar, yo veía a ese Demiurgo vindicativo, acostado sobre las tinieblas como en un monte Sinaí, empuñar con sus palmas poderosas la cornisa de la ventana, y pegar su cara colosal a los vidrios más altos contra los que aplastaba su nariz atrozmente carnosa.

Escuchaba su voz en las interrupciones de la tirada profética de mi padre, escuchaba los gruñidos de sus labios hinchados que hacían temblar los vidrios y se mezclaban a las amenazas, a las lamentaciones y a los insultos que fulminaba mi padre.

A veces las dos voces iban hasta el susurro y su querella recordaba el parloteo monótono del viento en las chimeneas nocturnas, después estallaban de nuevo en un gran jaleo, en una tempestad de sollozos y de injurias. De pronto, la ventana se abrió en un hiato negro y un trozo de oscuridad hizo irrupción en el cuarto.

A la luz de un relámpago vi a mi padre en camisa de noche y jurando como un condenado, arrojar con ímpetu poderoso el contenido del orinal en las tinieblas que zumbaban a su altura como un gran caracol.

— II —

Mi padre desmejoraba, se marchitaba visiblemente.

Acomodado en los cojines, con la cabeza salvajemente erizada de mechones de cabellos grises, conversaba consigo mismo, en voz baja, sumido hasta el cuello en sus misteriosas especulaciones. Parecería que su personalidad se hubiera escindido en numerosos yo diferentes y hostiles, pues discutía encarnizadamente con interlocutores imaginarios, sosteniendo entrevistas apasionadas, esforzándose por convencerlos y suplicándoles uno a uno, después, como si presidiera una asamblea de accionistas, conciliándoselos con gran refuerzo de dulzura y de habilidad. Pero, en cada ocasión, esas asambleas tormentosas, en las que se ponía mucho apasionamiento, se disolvían en medio de maldiciones y de injurias.

Después sobrevenía un período de calma, de sosiego y de serenidad.

De nuevo los grandes libros de caja hicieron su aparición sobre la cama, colmaron la mesa y el piso, y a la pálida luz de la lámpara, una paz benedicta reinó por encima de las sábanas blancas y de la cabeza inclinada de mi padre.

Pero cuando, tarde en la noche, mi madre volvía de la tienda, mi padre se animaba, la llamaba a su cuarto y le mostraba con orgullo las bellas calcomanías con las que había adornado el gran libro de caja.

Por esta época hicimos, casi simultáneamente, la misma observación, a saber, que mi padre se achicaba día por día igual a una nuez que se seca en el interior de su corteza.

Ese lento achicamiento no se hacía acompañar, por el contrario, de un debilitamiento general. El estado de su salud, su humor y su facundia parecían ir mejorando.

Ahora lo acometían pequeños accesos de risa, se torcía literalmente o bien se ponía a golpear en la madera de la cama contestándose él mismo "entre" en diferentes tonos durante horas enteras y sin cansarse jamás. De vez en cuando bajaba de la cama, subía al ropero y se ponía a ordenar las cosas viejas llenas de moho y de polvo.

Colocaba a menudo dos sillas, espaldar frente a espaldar, y apoyándose en ellos se balanceaba de atrás hacia adelante buscando con ojos fulgurantes un signo de aprobación en nuestras caras inexpresivas. Parecía haberse reconciliado perfectamente con Dios. A veces, por la noche, el Demiurgo barbudo volvía a aplastar su cara fosforescente contra los vidrios del dormitorio, pero se limitaba ahora a contemplar con benevolencia la silueta adormecida de mi padre cuyos ronquidos parecían vagabundear a lo lejos, en el universo desconocido del sueño.

Durante los mediodías crepusculares de ese otoño, mi padre se sepultaba a menudo en los rincones más polvorientos de las trasteras como si buscara algo febrilmente en ellas.

Y sucedía con frecuencia que a las doce, cuando nos sentábamos a la mesa, mi padre faltaba. Entonces mi madre tenía que llamarlo repetidas veces: "¡Jacobo, Jacobo!" y golpeaba con la cuchara sobre la mesa para que por fin se dignara emerger de un armario, lleno de polvo y de telarañas, con la mirada vaga, preocupado por problemas sólo de él conocidos.

Solía trepar hasta la cornisa de la ventana y allí se colgaba, simétricamente al gran buitre disecado que colgaba de la pared en el lado opuesto. Se mantenía inmóvil en esta postura durante horas, con la mirada turbia y una maliciosa sonrisa en los labios, para súbitamente, a la entrada de un nuevo visitante en el cuarto, batir las manos como alas y cantar como un gallo.

Poco a poco dejamos de prestar atención a esos caprichos a los cuales él se aferraba cada día más. Liberado, al parecer, de todas las necesidades corporales, no tomando alimento alguno durante semanas enteras, se sumergía día a día más profundamente en sus asuntos extraños y complicados que no llegábamos a entender. Inaccesible a nuestras súplicas como a nuestras protestas, contestaba por fragmentos de un monólogo interior cuyo curso nada podía interrumpir. Perpetuamente atareado y sobreexcitado, con malos colores en las mejillas, ya no se dignaba ni a vernos ni a escucharnos.

Nos acostumbramos poco a poco a su presencia inofensiva, a su salmodiar silencioso, a ese balbuceo infantil volcado en su interior y que se situaba de algún modo al margen del tiempo de nosotros. Por esta época desaparecía días enteros, se perdía en los rincones del apartamento, de tal modo que no se le podía encontrar.

Llegó el momento en que esas desapariciones dejaron de impresionarnos y, cuando después de cierto lapso de tiempo, él reaparecía con algunas pulgadas de menos, y más enflaquecido, el acontecimiento no nos causaba ningún interés. Cesamos, puramente y simplemente de tomarlo en cuenta, a tal punto mi padre se había alejado de todo cuanto era humano y real. Nudo tras nudo, él se separaba de nosotros, punto tras punto borraba los lazos que lo unían a la comunidad de los hombres.

Lo que aún quedaba de él, ese poco de envoltura carnal y ese puñado de caprichos extravagantes, muy bien podría desaparecer un día u otro sin que nadie lo notara, igual al montoncito de desechos grises echados en un rincón y que Adela bajaba todas las mañanas en la lata de la basura.

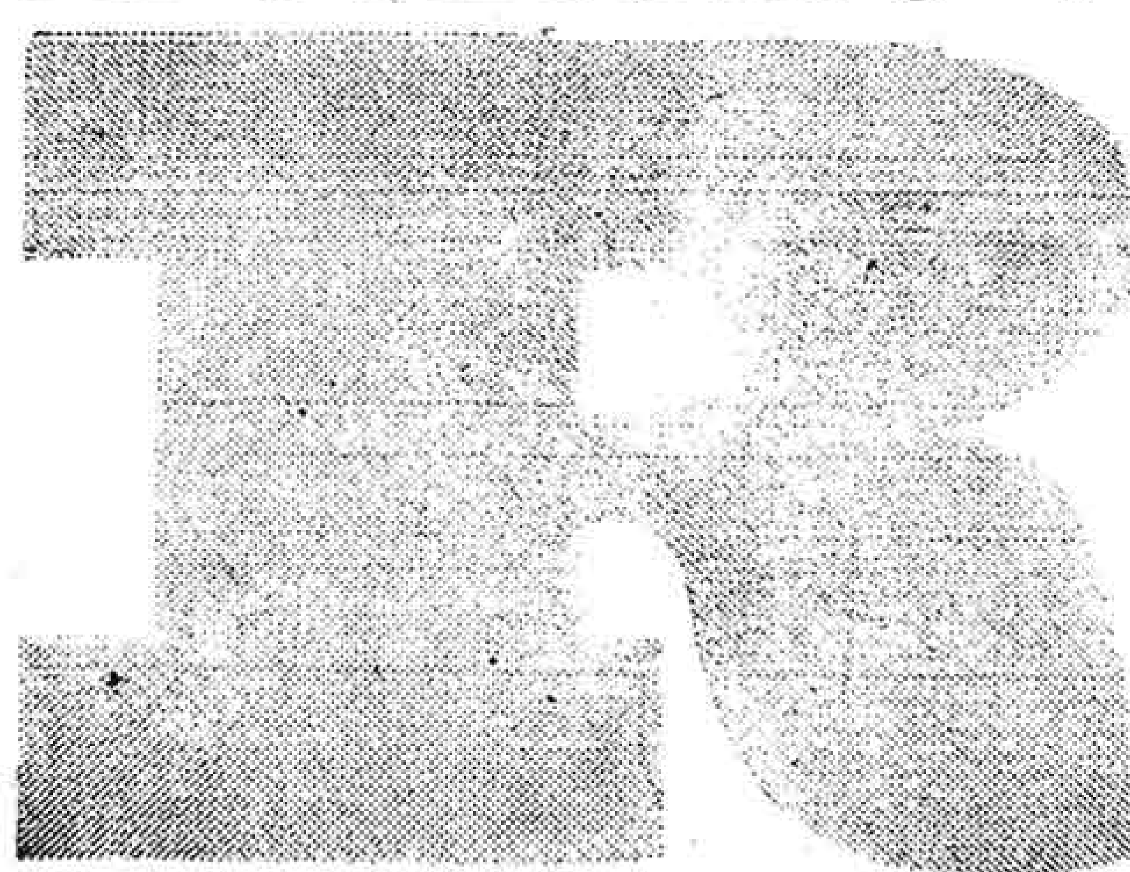
Traducción de Virgilio Piñera.

DEFENDER LA REVOLUCIÓN ES DEFENDER LA CULTURA

OPORTUNIDAD A LOS NUEVOS ESCRITORES



UN CONCURSO Y SUS BASES



"Ediciones R" convoca a un concurso literario en el que podrán tomar parte aquellos escritores que hasta el presente no han sido editados. Con este concurso se estimula el trabajo silencioso de cientos de escritores desconocidos y se les da una oportunidad de aparecer en la letra impresa, al mismo tiempo que se ensancha el horizonte de nuestras ediciones.

BASES

1 Pueden concursar todos los escritores que no hayan publicado un libro hasta el momento de la presente convocatoria.

2 Los géneros elegidos son: novela, cuento, ensayo.

3 El género ensayo se circunscribirá al ensayo de tipo histórico con sus variantes: biografía, interpretación de la historia y de la filosofía y sociología de la historia.

4 Dicho ensayo versará exclusivamente sobre nuestra historia.

5 La extensión de los trabajos no será menor de cien paginas mecanografiadas a dos espacios ni mayor de trescientas.

6 El plazo de admisión de los trabajos quedará cerrado el día 31 de diciembre del presente año.

7 El fallo del jurado se dará a conocer el día 31 de enero de 1962.

8 Los concursantes enviarán los trabajos firmados con sus respectivos nombres y apellidos y la correspondiente dirección postal.

9 Los trabajos serán enviados a: Concurso literario "Ediciones R", Periódico Revolución, Gral. Suárez entre C. de R. Boyeros y Ayestarán.

10 El premio consistirá en la publicación de las obras.